FRANCISCO A. SICARDI

PERDIDA

BUENOS AIRES

JUAN ROLDÁN, Librero-Editor

418 - Florida - 418

1911

FRANCISCO A. SICARDI

PERDIDA

BUENOS AIRES

JUAN ROLDÁN, Librero-Editor

418 - Florida - 418

1911

A Lucila D'Amico de Lezica

Homenaje

PERDIDA

—No te cases con este hombre—empezó el hermano, vigoroso joven de treinta años.

Lidya no contestó.

—Viene de mala casta, te lo digo—insistió el joven. —Son jugadores y asesinos.

Ella se estremeció de dolor y de miedo.

—¿Has dicho asesinos?—preguntó.

—Y lo repito; pero es inútil, Lidya. Tú te casarás. Lo amas y lo temes. Estás dominada. Mi valor y mi cariño no te dieron fe; pero si alguna vez los necesitas, no olvides que ésta es la casa de tus padres...

El hermano abandonó la sala entristecido.

* * *

Se casaron. Algunos días después de la boda—hacia media noche—entra el marido en la casa del brazo de una mujerzuela. Lidya no soporta la afrenta, y su mano blanca se desploma sobre la mejilla de la impura. En-

tonces él la arrastra del cabello por las alfombras hasta que queda desmayada. Cuando vuelve en sí, en medio de un silencio profundo, se pone á escuchar. Zumban en la calle á largos intervalos los tranvías eléctricos; ruedan sordamente al trote los coches sobre el asfalto, mientras por el aire obscuro mueren melancólicamente los tañidos del reloj, desde el campanario cercano. De repente, del comedor llega el rumor de alegres carcajadas y el tintinear de copas al chocarse. Es el evohé estridente de la orgía y la insolencia del escarnio. La mujer se horripila. No quiere que el alma canalla de aquel comedor penetre en su espíritu, huye escaleras abajo... y á la calle. Arrimada á la pared pasa veloz al lado del rectángulo tenebroso de puertas y ventanas cerradas, cruza como una sombra bajo el fulgor de los globos eléctricos y luego, rápida, desaparece en la tiniebla.

Entra en la casa paterna, abrigada y buena como una caricia inefable. En un sofá de la sala, bajo los retratos de sus muertos, entre los recuerdos por su corazón queridos, muy tarde se duerme, cuando la madrugada despierta á la ciudad entre las sinfonías alegres del amanecer.

* * *

El sol alto ilumina su frente. El hermano se ha inclinado para besarla.

—Has hecho bien en venir, Lidya.

—No me iré más; pero tú, ten cuidado. Ese hombre

es un miserable. Un día me dijo sacando el revólver: tengo aquí dos balas para tu hermano. ¡Ten cuidado!

Se encuentran una tarde en una calle rumorosa y, en medio del estrépito, deflagran dos estampidos. Se sacuden las aceras; algunas vidrieras saltan en fragmentos y el hermano cae al suelo, entre el humo, con el tórax hecho pedazos...

* * *

Lidya viste luto muchos años. En el alma guarda una amargura infinita, casi un asco á la vida; como si un frío de muerte se hubiera infiltrado en sus carnes. Desde este día no reza más. Sus ojos han perdido la bondad. De sus manos se apodera un hielo húmedo y una lividez de cadáver. El rencor con su diente de culebra le ha mordido el corazón. Del marido nada sabe. Algún tiempo después, sale éste de la cárcel para despeñarse por los lupanares. Allí, entre la fauna lasciva y sucia del beso venal, no le falta dinero. Aterroriza. De cuando en cuando ensangrienta una boca de prostituta y lo arrastran al calabozo. Luego se despeña otra vez. Ya no tiene alma. Vive en esos tugurios, como si fuera un bestial instinto...

* * *

Dos hermanas de caridad llamaron una tarde á la casa de la mujer enlutada.

—Yo no tengo nada que hacer en el hospital. No conozco á nadie allí—les dijo.

—Es un moribundo, señora. Quiere hablar con usted—contestaron las hermanas.

—¿Cómo se llama?—preguntó Lidya de mal talante.

Ellas dijeron un nombre.

—No sé quién es. Alguien desea que yo lo maldiga—agregó Lidya con voz áspera.—Vamos.

Parecía un espectro. Las hermanas se santiguaron. Rezaban asustadas el rosario.

* * *

Están en la sala del hospital. Las camas blanquean en la penumbra vespertina y se oyen quejidos y ayes de dolor.

—Este es—exlamaron las hermanas indicando...

—No lo conozco—contestó Lidya con repugnancia.—Es un monstruo. No tiene nariz. Sus labios están carcomidos, las mejillas y los párpados en gangrena. Es una úlcera este hombre. Hiede á sepulcro. ¿Para contemplar á este miserable me han hecho venir?

—No, Lidya. Soy yo—dijo el bandido incorporán-

dose y cayendo de nuevo.—Dame plata para curarme. Todos me abandonan...—y su aliento sabía á podrido...

Ella lo miró un rato sin conmoverse.

—Ahora sé quién eres—replicó.—¡Asqueroso!

Y al dejar la sala repitió: «¡Asqueroso!» En este momento la noche insomne y hedionda del hospital desciende sobre los quejidos del enfermo. Lívida y fría se retira Lidya á través de las veredas que empiezan á iluminarse. Los faroles se encienden; brillan los negocios; la luz sale á raudales hasta el medio de la calle; muchos carruajes se cruzan y se atropellan entre la multitud apurada hacia la paz de las casas, hacia el amor de las familias. Solamente para ella no hay paz, porque ha perdido la bondad de sus ojos y el último trozo de alma se desvaneció en el brutal epíteto: ¡Asqueroso! No ha perdonado. ¡También Lidya no es ya sino un doloroso instinto! ¡Pobre solitaria!

Al acercarse á su casa, ve sobre el umbral acurrucada á una niña cubierta de harapos.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí?—preguntó Lidya.

—Soy ciega—contestó la niña.—Tengo hambre.

—Entra—replicó Lidya.—Por allí...

La entregó á los sirvientes.

Luego se sentó en la sala. Allí, frente al retrato de los padres, entre todas aquellas memorias, ella nada sintió. Era como una extranjera. ¡Dentro de aquella habitación estaba escrita la historia de su niñez y de su juventud; pero nada de aquello tenía elocuencia! ¡Lidya era como una extranjera! El roce de algunos pasos

sobre la alfombra, en medio del sordo fragor de los carros, la despertó del ensueño frío y triste...

—Muchas gracias, señora—dijo la ciega.—He comido. Ahora me voy.

Es una niña como de diez y seis años, muy pálida, con los ojos grandes y azules y las pupilas dilatadas, en una frente echada hacia atrás, como si fuera del cielo. Su cabellera de oro cae en desorden sobre sus espaldas endebles, y su perfil es delicado y perfecto. La cara es macilenta, á ratos una mancha rojiza pinta su mejilla el cuerpo es esbelto y alto, derecho como un nardo. En esa hermosura celestial y marchita la miseria y el abandono grabaron huellas profundas. Toca la bandurria y canta; lleva el instrumento á la bandolera, ador nado con cintas de seda.

—¿Quiénes son tus padres? ¿tienes casa tú?—preguntó Lidya.

—No. Todos los umbrales son buenos para dormir—dijo la ciega.—Gracias por la comida. Dios se lo pague.

—¿Tú sabes acaso quién es Dios?

—¿Dios? No. No sé; pero cuando tengo frío y me dan una ropita, creo que Dios me la da. Es bueno Dios, ¿no es cierto? Y si me dan pan y vino también creo. Un día me dijeron que vivía en el Sol. Desde entonces yo lo veo en mis manos, en la cara y en todo el cuerpo...

—Dios es bueno, porque me calienta el cuerpo...

Lidya la miró de pies á cabeza con curiosidad.

— ¿Y tú ves al Sol?—preguntó.

—Sí, lo veo. Y á usted también.

—¿A mí? ¿Tú?

—Perdone. Déjeme—contestó la ciega.—Déme sus manos. A ver.

La ciega las puso en las suyas; luego le rozó la mejilla.

—Sí, la veo—exclamó alborozada.—Usted es buena, muy buena. ¡Qué contenta estoy!

—¿Yo buena? ¿Seré buena yo?—interrumpió bruscamente la mujer.

—Sí. Como el Sol, como el Sol.

—¿Cómo te llamas tú?—dijo Lidya.

—Perdida.

—¿Y qué nombre es ese?

—¡Ah! no sé, no sé—repitió con vivacidad la ciega. —Los muchachos juegan conmigo y me dicen: «Perdida, ¿me ves tú? ¿me ves?» «Sí, sí». «¿Quieres bailar con nosotros, Perdida?».—«Sí, sí»—contesto.—«Pero no hay órgano». «Yo toco la bandurria. Yo voy á cantar, muchachos». Yo sé cantar, señora. Escuche.

Y bailó, cantando y tocando la bandurria con una adorable sonrisa y la frente erguida muy alta, como si fuera del cielo...

—¿Y sabe por qué me dicen Perdida?—interrumpió de repente deteniéndose.—Yo ando así por todas partes, tanteando las paredes y las puertas... De repente no sé dónde estoy y me paro mirando alrededor y les pregunto á los que pasan: «Señor, ¿dónde estoy? ¿dónde estoy?»—«Muchacha, estás perdida»—me contestan.—«Estás perdida».—Yo tengo la culpa. Es muy malo este nombre, señora, ¿no es cierto? La estoy incomodando. Me voy. Adiós, adiós.

—Es de noche, Perdida. Encontrarás algún borracho miserable y te hará daño.

La voz de Lidya era áspera, casi estridente. Había mucho rencor en sus palabras.

—Yo veo bien—contestó la ciega—y á usted una mancha en el alma. ¿Por qué se ha puesto obscura su alma? Tenía mucha luz usted. Quiero besar su mano antes de irme. Démela. ¿Por qué tiembla su mano, señora? ¿por qué tiembla?

—¿Conoces á tus padres, Perdida?

¿Por qué preguntaba eso? ¿No dominaba por ventura el odio contra todos los seres humanos? No había perdonado al galeote. Ya no quería tener afectos. ¡Y á ese Gastón que la adoraba en silencio y á quien Lidya sentía cerca de su persona á cada rato, á éste lo odiaba más y para siempre, para siempre! ¿Y por qué le repitió á Perdida la pregunta?

—¿Conoces á tus padres, tú?

¿Qué le importa á ella? En la calle, la ciega habría sido violada tal vez en aquella hora nocturna. Habría una deshonra más. ¿Y qué le importaba á ella? Esas víctimas debía arrojar á la hoguera para saciar su sed de venganzas. Sus martirios no debían quedar impunes.

—Yo no conozco á mis padres—contestó la ciega.—Advertí cierto día que estaba en una casa grande. Había mucho ruido. Es seguro que yo había dormido muchos años. Usted debe saberlo. En los primeros años, los chicos viven como dormidos ¿no es cierto? pero yo desperté un día... Conversaban en el patio. ¡Qué gri-

tería! Había hombres y mujeres, lavaban y sacudían la ropa. Tocaban la guitarra en algunos cuartos y á veces había peleas. Yo dormía en un aposento de muy mal olor, y allí dormía también un borracho y una mala mujer. Me pegaban. Muchas noches las pasé en el patio, muy contenta, porque á la mañana veía al sol muy temprano, cuando los gallos cantan y se oyen las cornetas de los tranvías y los pájaros vuelan en las ramas como si estuvieran de fiesta... Y yo le decía: «Vení pronto, Sol. Tengo frío y sos mi amigo... Yo te veo. Yo te veo...» Los muchachos me gritaban: «¡No ves nada, no ves nada. Estás ciega!»—«Mentira, mentira»—les contestaba yo.—«¿Y cómo es? ¿Cómo es?»—me preguntaban.—«Muy grande y muy lindo. Yo lo toco en todo mi cuerpo, en las paredes, en el patio, es muy grande. Donde está no hay frío...» Y se reían de mí, señora. Dígame: ¿Usted también cree que yo no veo al sol?

La ciega hablaba rápida, como incoherente, como si delirase.

—¿Y ninguna de aquellas mujeres te acariciaba y te daba besos allí?—preguntó Lidya.

—No, señora, no. Los muchachos sí. Me decían: «Perdida, sos nuestra. No te vayas, toma un pedazo de carne. Toma un pedazo de pan. Vamos á pasear, Perdida. Somos amigos». Y salíamos, no sé cuántos, lejos del puerto, muy lejos, donde hay olor á alfalfa, á gramilla y á cina-cina. Por esto sabía yo que estábamos lejos, y porque no había ruidos. No se oían sino los golpes de nuestros pies desnudos en las carreras locas y el chillar de los gorriones. ¡Qué bandadas y qué alegría!

Mientras que la ciudad, señora, no quiere á los pájaros y los echa. Es malvada porque no quiere á los chicos, porque los mata...

—¿Y quién te enseñó á pensar así?—interrumpió Lidya con asombro.

—¿Quiere usted saberlo? Bueno. Pues fué el señor Gastón.

Lidya contrajo los labios con desagrado. La ciega continuó hablando.

—Sí, el señor Gastón—replicó.—Usted lo conoce. Es un médico. Me asistió en el hospital. Yo tenía fiebre con delirio... sí, con delirio. Así decían ellos... Es muy lindo eso. Yo oía todo... unas músicas del cielo que cantaban los santos... músicas de pájaros, del viento y de los árboles... Y á veces oía ronquidos de borrachos y la rabia de los que peleaban... Un día yo estaba mejor y lo vi á él. Así, señora, así. Levanté la mano muy alta y le toqué la cara. Tenía los ojos tristes.

—¿Los ojos tristes? ¡Tú me estás engañando!—exclamó Lidya mirando á la ciega con recelo.

—No. Déjeme contarle. Su mejilla estaba húmeda y me dijo: «Pobre Perdida, cuando salgas de aquí, si tienes hambre ó sueño, vente á casa. Allí está mi madre. No te quedes sola en la ciudad. Esta es la madrastra de los chicos; los mata. No te quedes sola». Y esta noche fuí á aquella casa. Todo estaba cerrado. Me parecía que rezaban adentro. Estuve un rato. Salió un hombre. Le pregunté por él.—«Se ha muerto la madre hace pocos días»—me contestó. ¿Comprende usted ahora por qué tenía los ojos tristes? ¿Y qué iba á hacer yo? El Dante

está herido y Tano en la cárcel. Me sentí sola, sola... Entonces caminé mucho, tropezando con la gente, atravesando con miedo las bocacalles. Me empujaban. Me retaban. «¡Guaranga! ¡Guaranga! Mire por donde pasa». «Es ciega, es ciega», decían otros. Una pandilla de muchachos me seguía tirándome el vestido y me lo han hecho tiras. Yo disparé á la carrera y caí rendida y extenuada sobre el umbral de la puerta. Tengo mucho calor... ¿No ve mis manos?...

* * *

La ciega se calló. En aquel momento un canario, cuya jaula dorada colgaba del techo artesonado, empezó á piar en voz baja. Perecía un sonido que viniera de muy lejos en aquella gran casa tan solitaria. Lidya siente que las manos de la ciega están calientes y secas. Alguna cosa malsana serpea á través de los dedos pálidos y enflaquecidos. Y así es, en efecto. La fiebre está muy cerca de la miseria. Devora las plantas raquíticas apenas crecidas en la sombra fría de los conventillos. Más todavía. El alma insubstancial y pura, nacida para los recónditos é inefables amores de las mañanas adolescentes, se quiebra antes de haber vivido, en las ponzoñas del tugurio, y se contamina al lado de las vidas irritadas por las indigencias nunca acabadas. Muchas mueren temprano de muerte física, salvadas tal vez así de posibles naufragios, en marcha hacia las auroras que

no tienen noches cerca de lo Eterno Increado; las más de muerte moral arrebatadas en el vicio inconsciente ó desgarradas por las zarpas de los truhanes, para ser carne de prostíbulos y pulpas de osarios innominados. Lidya piensa estas cosas sin conmoverse. ¿Cuánto durará el decoro de la pobre ciega? ¡Ay de los que están solos! Y ella, ¿no lo estaba, por ventura? ¿No era un estéril desierto, con los cariños rotos para siempre? ¿no era una muerta, un túmulo sin luz y una desesperación sin resurrecciones? Mientras Lidya sueña en estos dolores, la ciega, teniéndola de la mano, camina hacia la jaula en línea recta, sin vacilaciones, con los ojos abiertos y serenos. El fulgor de una lámpara eléctrica brilla en sus pupilas dilatadas, que permanacen indiferentes, silenciosas, mientras con la nuca hacia atrás doblada, sigue Perdida su andar de sonámbula... Al llegar á la jaula el canario vuela asustado, dando con su cuerpecito contra los alambres.

—Tiene miedo—dijo la ciega.—Ha de ser porque no me conoce ó porque soy muy fea.

—No, no—contestó Lidya sonriendo.—Al contrario.

—Y usted, señora. A ver si es linda;—y le pasó la mano por la cara.—Sí, sí,—agregó.—Es muy bonita.

Lidya volvió á sonreirse.

—Pero es muy seria—prosiguió en seguida la cieguecita.—Ahora se ríe. ¿Y por qué? ¡Si usted es tan buena! Los buenos son alegres. ¿Y usted por qué no lo es? No debe usted de ser dichosa, ¿verdad?

—Tal vez tengas razón, Perdida—contestó Lidya.

—Será porque los hombres le han hecho mal...

—¿Qué estás hablando, Perdida? ¡Vamos, calla! ¿Quién te ha dicho tales cosas?—replicó fastidiada Lidya.

—Se lo voy á contar. El señor Gastón me dijo un día, tomándome el pulso: «Tú eres feliz. Los hombres no te han hecho mal nunca». «Y cuando los hombres no son felices, ¿por qué será?» «Porque alguna mujer les ha hecho daño»,—me contestó. Luego, alguno ha sido malo con usted... Me olvidaba lo mejor. El la conoce á usted.

—¿El? ¿Quién es él?—preguntó Lidya impaciente.

—El médico.—«Si tienes hambre—me dijo,—ven á mi casa. Si no me encuentras, busca á la señora Lidya... Es un corazón grande y desventurado». ¿Qué quiere decir desventurado, señora?

Lidya palideció. Se creía sola sobre la tierra. Eso era lo mejor. Debían dejarla con sus rencores, con sus odios, hasta el fin de la vida; pero ese Gastón se atravesaba en su camino. ¡Ay de él!

—¿Por qué no habla, señora? Desventurada es una gran desgraciada; ¿verdad? A usted le han hecho mal los hombres—agregó Perdida sin detenerse.

—No te inquietes por mí, Perdida. Sigue hablando. Cuéntame toda tu vida. ¿Quién te enseñó á tocar la bandurria?

—El Dante, señora. ¿Lo conoce usted? Tano y él me defendieron, sacándome del lado del borracho. Cuando Tano dejaba el trabajo en el puerto, lo pasaba conmigo. Me quiere como si fuera hermana; pero hace días está preso. Ha herido á Rebel, que fué muy malo con-

migo y con el Dante. A éste le dió una puñalada. ¡Pobre Dante! ¡Qué extraño es! Dicen que ha sido un señor muy rico. Ahora dicen que tiene la cara como los apóstoles, muchos rulos blancos sobre los hombros; ¡parece Jesús! Nadie entiende lo que dice; por eso en el conventillo lo creen loco; pero lo respetan porque fué soldado en su tierra. Profiere muchos disparates. Dice que los cercos tienen alma. Yo lo sé todo de memoria. Los cercos de las quintas tienen alma; aman para crear las rosas y las violetas. No entiendo nada. Y después dice que las aromas son sus palabras. Así conversan las rosas y las violetas. Y el viejo se enoja porque todos se ríen.—Se ríen ustedes, ¿no? Vean lo que pasa. Cuando no dan aromas ya no hablan. Entonces se marchitan y se mueren. Los árboles también tienen alma, todos, el ombú, el durazno, los almendros; y el alma de ellos es la sombra que dan y la fruta madura. ¿Por qué no se ríen ahora? ¿Saben por qué el tronco y las ramas secas no dan sombra ni fruto? Porque se les ha muerto el alma. ¿Y la de ustedes? Eso no vale. Hay mucho infierno en ella. Satanás la formó. ¡Satanás! ¡Satanás! Y Dios creó el alma de las rosas y de los árboles. Eso dice el Dante.

Perdida deliraba. Se interrumpió tosiendo con accesos ásperos y bruscos. Algo se desgarraba en aquella lira estrecha. La tos no se concluía. Fué un ronquido hueco y agitado, hasta que un chorro de sangre caliente, saltó lejos manchando el vestido de Lidya y la ciega fué tambaleándose mal sostenida por ella, á caer desmayada, á lo largo, sobre un sofá. Lidya se arrodilló á su lado desatinada, triste, con el índice sobre el botón de

la campanilla eléctrica que resonó lejos lúgubremente. Parecía muerta... El canario trinaba en la jaula dorada. En la calle, un organillo, entre los rumores de coches y tranvías al trote, tocaba una vieja canción napolitana. Se oyen cánticos y silbidos, y el trasiego de muchos caminantes. La noche avanza cada vez más; los ruidos se van desvaneciendo... Calla el canario. La ciega respira apenas. Un rayo de luna ilumina su pálida efigie y el rostro de Lidya, de una blancura eucarística, se destaca con marmórea hermosura del negro terciopelo de su vestido. Algunas gotas de sangre rutilan sobre la alfombra...

* * *

Unos días antes había muerto la madre de Gastón. Era una mañana de primavera. En la huerta, los pájaros gorjeaban para saludar á esta alma santa. La conocían desde cuando regaba sus flores y arrojaba alpiste para que ellos comieran. Esas ancianas tienen muchos defectos. Aman y perdonan siempre. Quieren á sus macetas de rosas y de claveles. Y se equivocan mucho, porque creen que los amigos de los hijos son hijos de ellas. ¡En cambio, qué perfectos son los hombres! ¡Pura virtud!

No conocen el vicio en ninguna de sus formas. Cuando mueren los glorifican, mientras ellas se acuestan en el féretro, sin que nadie lo advierta. El amor es modes-

to. Cuando se va de la tierra, no necesita sino el sollozo de los hijos. Por esto fueron pocos los acompañantes detrás del carro fúnebre. En el sepulcro de la familia, la colocaron al lado de los otros muertos para que siguiera hablando con ellos los diálogos arcanos, profundos, y los átomos al desgregarse en la infinita metamorfosis se acariciaran...

Todo siguió como antes. El sol calentaba al cementerio en paz; las flores abrían sus corolas; los pájaros conversaban de amor en los árboles. ¡Alegre y virginal, la naturaleza canta siempre al lado de la muerte bajo el cielo azul! Entre estas armonías se despidieron los amigos, y Gastón, antes de subir al coche, volvió la cara para mirar el sepulcro...

* * *

Al anochecer, Gastón se queda solo en su casa. Necesita descanso, y rodeado de larvas y recuerdos en la honda quietud, se duerme. La pena crea el ensueño doloroso. Parécele que las cosas están tristes porque perdieron la cuidadora santa. Todo se desmorona. El papel se cae de la pared; la mugre se agarra en los zócalos. Por el piso sucio corren las ratas; en los rincones sin revoques la araña teje su tela polvorienta; la carcoma cruje pulverizando las maderas; en arambeles se desfibran los vestidos guardados en los roperos... Todo está apurado en desaparecer. Una fuerza salvaje, des-

tructora, ha secado las plantas, tronchado los árboles de la huerta. Al caer las ramas, al desaparecer los troncos, se producen lúgubres rumores. Algunos trozos de pared se derrumban. Cuadros, muebles, la casa entera empiezan á rodearse de una maraña lujuriosa, tupida, y trepando ramaje sobre ramaje, hojas sobre hojas, se anuda, se retuerce todo en una inextricable y rabiosa trama. Pululan los insectos, las víboras silban; cuarrean los sapos. ¡En aquellas ruinas campan por doquier las alimañas! Poco á poco todo eso se ha ido pudriendo. Los siglos llueven sobre la maleza. En el lodazal hediondo, donde las carroñas vierten sus líquidos negros agusanados, las ramas y las hojas se convirtieron en un informe esfacelo, en un magna carnoso. ¡Muerto!

Gastón quiere impedir que su casa muera, y con ella el poema de una entera vida de quereres, de sufrimientos y que todo desaparezca: algazaras de niños, amores de adolescentes, viriles propósitos y añoranzas melancólicas de ancianos.

—«¡No!, ¡no!, ¡no!—gritaba en sueños. Y las cosas moribundas en seguida le contestaban: «Ya no está tu madre, Gastón.

¿Quién nos va á cuidar? ¿crees tú que manos extrañas nos han de tocar, y hemos de oir en la vida larga las palabras de los indiferentes? ¡Déjanos morir con tu santa! ¡Déjanos morir!»

Hasta su bufete y librería se precipitaron en la vorágine. Su caridad, su fuego de apóstol, la conducta de misionero, han entrado en el inmane putrílago.

—«No. No quiero. No quiero»—gritaba desesperado Gastón.

«¿Para qué?»—le contestaban las cosas moribundas.—«Tú no amastes sino á ella. Sólo su nombre pronunciabas. ¡Déjanos morir con tu santa!

—«No se vayan. No es cierto. No mueran. Yo he amado. ¡No me lleven mi calvario! ¡Yo he amado y esta silenciosa cruz no quiero que desaparezca!»

Gastón empieza á llorar durmiendo con un sollozo interminable. Al fin confiesa. Su alma diamantina rota en aquella congoja, revela su secreto, como los manantiales que serpean callados, en la entraña de las rocas, hasta que la coraza se agrieta por el volumen de las aguas y saltan á chorros en pleno sol, arrastrando los cuarzos. Encerrada su pasión en el pecho, la aprieta allí, la condensa. Fué el triunfo de una férrea voluntad. Su cuerpo se impregnó de aquella onda de ternura. Nadie supo este dolor, y Lidya vibró en las horas de su entera vida, como el sol en el seno de los árboles. Y cuando ella se casa con otro, Gastón llega á su dormitorio como una cosa muerta.

—Estás enfermo, hijo mío—dijo la anciana.

—Sí, madre mía, sí. Yo necesito amarte más, más. ¡Eres la única digna!

—Estás pálido, pálido, hijo mío. Ven acá para besarte.

—Sí, mi madre, sí. ¡Yo necesito amarte más, más, más...

Sigue la horrenda pesadilla. Está sólo en el mundo

al lado del sarcófago materno, de la casa desmoronada, del pasado destruído.

Entonces el recuerdo de Lidya se agigantó. Fué casi una pavorosa demencia. Lo vieron correr por la tierra, traspasar las cumbres, vadear los torrentes y los ríos; por todas partes se oía el fragor de su alma dolorida:

—Yo amo. Se lo digo á Dios, á la naturaleza entera, al corazón humano. He sido avaro. Escondí mi tesoro. Me lo iban á arrebatar. El sarcasmo ajaría esta flor de mi memoria. ¡Mi sangre la llenó de ardores fecundos; la mente mía la adoró como á un armonioso poema!

Gastón sigue marchando al azar como un errante romero. Pasan muchas primaveras y él le ofrece guirnaldas olorosas, frescos renuevos, las madrugadas serenas del cielo claro y divino. Pasan las otras estaciones, las quemantes canículas, los otoños tristes y misteriosos, los días grises y yertos. Su recuerdo lo acompaña, sol y numen fuerte inspiradora; ¡él le ofrece los años de áspera brega al lado del enfermo sufriente, de la familia consternada, y Lidya le enseña mucha piedad para los abandonados, caridades para los menesterosos. ¡Nunca un reproche para ella, nunca un insulto á su memoria! Su trabajo era alegre; su estudiar severo; justo, ecuánime su sentir. Ella era de otro. No importa. Jamás traicionó esa adoración. Mujer ninguna pudo jactarse de haber recibido de su mente homenajes, ni aun en los brillantes saraos, donde los senos desnudos fascinan, deslumbra el fulgor y la danza embriaga. Era un indiferente. Callaba mucho en las fiestas este peregrino errante, y de vuelta á su casa por las calles

solas oía el susurrar delicioso de su voz... Lidya lo acompañaba.

Por eso, aquella noche lloró como un penitente arrojando cenizas sobre su cabeza solitaria de anacoreta. Vió que la gangrena destructora de su casa se iba apoderando de Lidya. El escombro volaba con saltos macabros para sepultarla, la inmunda fauna rechinaba los dientes en tropel hacia ella. Lidya lo mira suplicante. El pecho de Gastón estalla en un brutal alarido y se lanza con su cuerpo resuelto á morir en la vorágine homicida.

—¡No, no! ¡A ella no, dioses infames, infames exterminadores!

Entonces, cae Gastón pesadamente sobre las alfombras sin que lo deje la visión pavorosa. Todos los males humanos se aglomeran en su mente. Son lamentos de órganos destruídos, quejas de corazones dispuestos á morir, crujidos de manos desesperadas, agitándose en la penumbra de los hospitales, como queriendo atrapar en el aire la vida fugitiva. Son soledades infinitas, sordos estrépitos de estertores moribundos, chasquidos de muchas almas delincuentes, que arrastran fuera de la tierra sus ignominias en una horrenda teoría. Más lejos vociferan hambrientas muchedumbres locas de miseria, de envidias. Meditan la ruina ajena, alzan antorchas resinosas sobre las desgreñadas cabezas para incendiar al mundo y transformarlo en una vasta necrópolis.

Entonces sucede el cataclismo. Todo este orbe trágico, detenido por sus gritos, se mueve de nuevo tableteando. Hay un fragor de maremoto. Parece que el universo, arrancado de cuajo vaya á volar por la at-

mósfera tenebrosa. Lidya duerme plácidamente. El éter la viste de una beatitud seráfica. ¡Ninguna forma humana fué más hermosa, ni más parecida al candor! Y cuando vió Gastón que la avalancha la envolvía ya en su hambre de barbarie y en su frenesí de destrozos, contra todo se arrojó cabeza abajo furiosamente.

—¡A ella no! ¡A ella no! ¡Aquí hay carnes! ¡Devorad! ¡Aquí hay sangre! ¡Bebed, sicarios! ¡A ella no!

Fué derribado. Le arrancaron los miembros, le reventaron las vísceras. ¡Lidya y Gastón han muerto en el éxtasis de un beso interminable en una eterna voluptuosidad de amor y de martirio! Al fin la paz. La muerte es dulce. Ellos pasan entre los astros; las flores retoñan; las selvas susurran: ¡Hosanna! ¡Hosanna! Los amantes viven en el seno de Dios. ¡La forma eximia es emanación de su belleza, la pasión humana es flor de gracia! ¡Lidya, ámalo! ¡Este muerto que te lleva consigo por el empíreo entre la fulgurante bruma, entre la danza inmortal de los mundos, lloró en silencio por tus desventuras! ¡Amalo cerca de tu seno blanco, cerca de tus negras pupilas y entrégale al caballero sin miedo el perfume de tu divina persona! Entonces empezó el cuerpo de Lidya á disgregarse. Su sangre caía por el espacio en un raudal de rubíes, sus miembros en un raudal de flores. Y el joven oyó en sueños las últimas palabras:

—¡Adiós, Gastón! ¡Para siempre adiós!

—No me abandones, Lidya. ¡Mi madre ha muerto, mi casa es una ermita! ¡Yo estoy solo sobre la tierra! ¡Oh, mi santa Eucaristía, no me abandones!

Gastón se apoderó de aquella sangre que en el horizonte formaba un rutilante ocaso y de los átomos de aquel cuerpo rosado como las vetas de ágata. Poco á poco tejió con ellos en su alrededor un peplo de púrpura, iluminado por el sol moribundo. Fué eso como su túnica de luto, como estameña de cenobita, y la llevó á través de los oteros floridos, de las montañas roqueñas y de los mares del universo.

—¡Marcha, Gastón! ¡Marcha con tu gualdrapa roja! ¡Te saludan los buhos noctámbulos, moradores del sepulcro! ¡Coronas de arrayanes y de anémonas te acompañan! ¡Marcha, Gastón, marcha!

Con su cruz á cuestas caminó mucho tiempo, y cuantos pasar lo veían, exclamaban:

—¡Mísero! ¡Este es el viajero que no tiene paz! Y si vosotros habéis amado alguna vez, ofrecedle rocíos frescos de cristalinas fuentes. Está sediento Gastón. En el sendero fragoso sangran sus pies. Sus palmas se ulceraron en las espinas de la cuesta abrupta. Tiene estigmas como el seráfico de Asís; su alma es un calvario sin Mágdalas y sin resurrecciones. ¡Rogad por el doliente peregrino, si habéis amado alguna vez!

Sus fuerzas lo abandonan. Su corazón desfallece. En un ocaso gris, el único en que la naturaleza no rezó, Gastón perdía la fe. Envuelto siempre en su túnica de púrpura, resolvió morir. Y cuando ya su alma se arrancaba del cuerpo enflaquecido y pálido, apareció en su sueño una pequeña figura blanca. ¡Era una ciega! Miraba al infinito con los grandes ojos atónitos; doblaba

la cabeza hacia atrás; se oyó un sonido de bandurria y una canción de sonrisas y de esperanzas...

—Gastón, bendito seas—dijo la ciega.—Tú la salud me diste. Cuando estuve enferma, tu mano benéfica acarició mi mejilla. ¡Por ti de nuevo adorné con violetas mi pecho y el cabello con la flor del almendro! ¿No me conoces, Gastón?

—Eres Perdida. ¿Por qué has venido, mi pobre chiquita, si mi corazón ha muerto? Y Lidya, mi madre... todos murieron. ¿No sabes tú que hay en el alma humana desolaciones interminables? ¡Vete, mi pobre chiquita, fuera del mundo con tu deliciosa risa!

—No, Gastón. El durazno está solo en invierno; después se cubre de flores. ¿Has visto cómo todo retoña? Dios dijo: ¡el alma tiene sus primaveras!

—Ya no se resurge, Perdida. Ya no se resurge. La naturaleza se renueva, porque no ha pecado. Es inmortal como Dios; ¡pero nosotros germinamos un rato, y después al sepulcro!

—El amor hace puros, Gastón. El sufrir redime. Es para el hombre como los brotes de las plantas en primavera. Vengo desde la tierra á decirte: ¡Gastón, los hombres deben ir hacia la luz! Allí está Lidya. Te ama. ¡Tu amor la ha redimido! ¡Te espera!

Cuando él se levantó tan alto para decirle:—«Gracias, mi pobre chiquita. ¡Qué deliciosa es tu gaya sonrisa!—un piróscafo enorme entraba por los canales, obscuro y rojo, entre los rayos de la naciente aurora, airoso y gallardo en la luminosa urdimbre de sus mástiles, de sus negras jarcias, en medio de una selva de chime-

neas y cascos de los vapores fondeados. Se oyó un reboato violento, largo. Las gaviotas en el puerto tendieron el vuelo asustadas sobre el remolcador que resoplaba á un costado, entre las aguas aceitosas, sucias, agitadas sucesivamente y rotas por las dos proas. El estruendo lo despertó. Gastón estaba acostado en la alfombra de su dormitorio con los ojos húmedos, el pecho anhelante... La luz de la mañana inundaba el cuarto, y la lúgubre pesadilla de su mente desaparecía...

* * *

Es la madrugada de la dársena. Despiertan todas las cosas; la claridad da contornos; surgen las naves con su maraña de entenas, de gavias, de obenques y de flechastes sobre los cascos herrumbrosos, inmóviles, fantásticos, como dormidos todavía. Algunos vaporcitos cruzan el canal; silban los pitos. Empiezan á oirse voces humanas, mientras las gaviotas reposan en bandadas en las aguas tranquilas ó vuelan lentamente á través del éter. Algunas lanchas de vela hinchada navegan echadas á un costado. En las cubiertas los marineros asean el barco á baldes repletos. Han soñado mucho esa noche. Vieron tal vez lejanas playas, casas perdidas entre los castaños y los olivos y viejas madres sentadas en el umbral rústico esperando. Otros se durmieron borrachos de aguardiente y de odios. Salen de los cubiles de proa con los ojos hinchados, la faz lívida. Están descalzos.

Arrojan mucha agua. Frotan la cubierta. En la calzada se trabaja. Rechinan los guinches; los estibadores cargan y descargan, sucios de carbón y de tierra. Pasan sudorosos bajo las grandes bolsas. Rechinan los guinches, se balancean pavorosamente de los galpones á la estiba. Muerden con los garfios la presa rabiosamente, la precipitan en la sentina y las máquinas que los mueven, chasquean, estrepitan á cada rato, humean y lanzan chorros de vapor.

Todos bregan allí con violencia. Se oyen los idiomas del mundo entero. Marineros rubios, marineros negros, mulatos de labios gruesos y atrevido continente, van, vienen, giran, suben á las gavias, empujan las cargas entre gritos y blasfemias, ascienden, descienden como una numerosa y hormigueante colmena.

La ciudad se levanta detrás, desde las colinas edificadas. Chispean los vidrios en el sol. Ríen las arboledas ribereñas. Un enjambre de torres como granaderos obscuros corta el éter diáfano. Precede á la mole enorme de ladrillos extendida, hasta el horizonte por leguas. Es como una impetuosa y arrogante vanguardia. Enfrente de este panorama, los marineros trabajan con rapidez fulmínea. Quieren volver pronto á la tierra natal, á las conocidas playas, bajo los naranjos en flor ó á la sombra de los viejos pinares, y oyen las barcarolas de antaño que describen los mares serenos en los mágicos plenilunios.

Siempre pensaron en esto, durante la travesía, en la borrasca, en las eternas, tropicales calmas. En la honda quietud de los puertos se agiganta este anhelo. Por eso

de noche, cuando los canales se llenan de luces y las naves duermen ancladas, cantan ellos las nativas serenatas. Cantan lamentos, ritmos eligíacos ó endechas, alguna novela marina, dos almas abrazadas para siempre en el horror de un naufragio ó el recuerdo de una mujer con el pecho partido á puñal, cuya efigie tatuaron en los antebrazos bronceados. Trabajan para concluir. De noche, se emborrachan, entran en lupanares y fondas, se mezclan con las meretrices, derrochando savias. Allí mismo, entre la acre humareda de las pipas, beben ajenjo, desarrapados y tristes, entonan los coros marineros de las agitadas adolescencias, ó saltan al medio siniestramente facinerosos. Suena un estampido. Un cuchillo relumbra; un hombre cae de bruces sobre sus tripas sangrientas...

* * *

En esta vida salvaje han crecido los músculos del Tano, se atezó su rostro. Las pupilas obscuras, bravías, revelaban su corazón fuerte. Era un indomable. Vivía lejos del puerto, en la Boca, en una casilla de madera, en ese villorrio lacustre, cuyas habitaciones se construían sobre pilotes de ladrillo y mordiente. Aquí, allá, más allá á millares, se levantaban esos zaquizamíes, polícromos, albergue de marineros y de estibadores, sobre el suelo fangoso. Una que otra casa de material, algunos tramos de jardín muy escasos; el resto lodo y madera por

manzanas enteras sobre pilotes de ladrillos ó sobre gruesos tirantes de ñanduvay y el vasto pantano debajo de algunos metros cuajado de roñas, de podredumbres, de hediondeces. Lo mefítico, lo ruin, lo triste se aglomeraba en ese sucio receptáculo para el aluvión europeo. Guarida de malvados, refugio para los fugitivos de extranjeras ergástulas, los honestos trabajaban por eso en el peligro, cerca del estileto, cerca de las venganzas dementes, sigilosas... De cuando en cuando un cadáver boca abajo mostraba el dorso acribillado á puñal. Nadie sabía nada de ese lúgubre misterio... La tiniebla rodeaba siempre á los espectros asesinos. Eran tragedias iniciadas en los prostíbulos ó en las tabernas mugrientas y concluídas con la muerte en las noches sin luz, ó eran epílogos de deshonras en lejanas tierras. En ese barrio pavoroso, el secreto guardado aumentaba el terror y, expuestos como estaban á cada rato, los muchachos de allí, crecieron bravíos como leones. El riachuelo es también un formidable adversario. En los inviernos lluviosos se desborda, inunda la aldea; el agua rezuma á los cuartos á través de los machimbres maltrechos. La inundación arranca los pilones; desvencija, arrastra las casas. Por las ventanas asoman caras despavoridas en la contemplación del lago revuelto, terroso, que cada vez más se eleva; y muchos botes aparecen á recoger á los náufragos... Es brutal é impetuoso... En el diluvio se oyen alaridos desgarradores. Muchos ahogados manotean sobre las aguas, pidiendo socorro, y la noche desconsolada se arroja sobre el torrente siniestramente macabra...

* * *

Una vez el río se llevó la casucha donde estaba Perdida. Esta aferró una tabla; pero la ciega había comido mal. No tenía fuerzas. Oyó su nombre detrás, sonriéndose al caer bajo las aguas. Un brazo vigoroso le ciñó la cintura.

—¡Valor, Perdida, valor!

El Tano la había levantado en el aire abierto, sobre el resalcero agitado.

—¡Valor, valor, Perdida!

El brazo izquierdo del muchacho describe en el aire parábolas rápidas y cortantes para caer como una guadaña. Sus piernas se agitan en un rítmico pataleo, corta el agua y procede con medio torso de fuera, casi á saltos, nadando... Cuando en un bote la colocaron sin conocimiento, sobre el corazón estrechaba la ciega á su bandurria. Tano la llevó á su casa, á unas cuadras del río... La madre salió al umbral...

—Mamá—dijo Tano,—Perdida va á dormir con vos esta noche...

Y la cargó amorosamente para acostarla en la cama de la madre...

* * *

Vivieron en la misma casa. La vieja, como siempre, se equivocó al creer, poco tiempo después, que la ciega era hija suya.

Tano trabaja en el puerto de estibador, Perdida toca la bandurria y canta en los figones de la ribera. El instrumento no tiene secretos. Perdida hace vibrar de las cuerdas metálicas todas las armonías populares. Conoce los tristes de la pampa; sabe las melopeas del suburbio. Su voz es honda, cálida, si narra las congojas del desierto infinito ó el idilio bajo las higueras solariegas, cerca de los duraznos en flor, caminando los novios de la mano al lado de los cercos de rosas y de cina-cina. Escucha los coros marineros y los aprende. Luego canta las serenatas de los plenilunios tranquilos del golfo de Nápoles ó de los canales de Venecia, á través de la noche sombría de los canales, estremecidos por los versos del Tasso. Y endechas de Normandía, endechas de la Provenza hermosa, coronada de naranjos y de olivares, acariciada por las mediterráneas ondas.

Luego las danzas de España, voluptuosas y trágicas, que hablan de claveles rojos, de navajas, de toros, y las malagueñas que dicen con lágrimas la fraternidad de la pasión y de la muerte. Oye las canciones del Norte. Los marineros están borrachos y tristes. Recuerdan naturalezas de hielo, témpanos pavorosos acosando á los balleneros en las eternas noches polares y después primaveras cuajadas de fresas y de muguets. Perdida repite las melodías en la bandurria y dice para esos desterrados las trovas de las patrias lejanas. En las ventas rumorosas, ella presenta en la derecha su platillo para la limosna que pide y camina entre las mesas, mirando siempre arriba, como si fuera cosa de cielo...

Imita á los pájaros. Pía, trina, gorjea como ellos.

Bajo los árboles de las playas conoció los diálogos de las bandadas, el susurrar de las hojas, los roces de la brisa entre las frondas. Y ahuecando la voz, salían de su garganta las graves tonalidades del vendaval, el bramar de los vientos furiosamente contra los ángulos y las aristas. A veces toca en la bandurria extraños motivos. Parecen dolorosas desesperanzas. Tal vez protesta. No quiere la vida vagabunda. Le da pena, odia el lodazal sin conocerlo, aborrece la taberna.

¿Le contó alguien acaso amores de casas tibias ó ternuras maternas, ó al pasar oyó melodías, y suave crujir de cunas? ¿Presintió vidas mejores y, en la eterna noche de sus ojos, comprendió tal vez la bendición de la luz? ¿Qué pasa en el alma de la virgen solitaria?

Está sola, sin hermanos, sin padres. Siente la angustia por todas partes. Necesita mucho amor, mucha piedad, porque es capaz de amor infinito. Quiere olvidar el dolor; se aturde con sus danzas y sus canciones. Si el Tano alguna vez no la acompaña, tiene miedo. ¿Y si alguien la insulta? ¡Qué miedo tiene, cuando está sola en las tabernas, entre todos esos hombres que dicen malvadas blasfemias! Cuando él trabaja, Perdida no sale; pero á cada rato hay huelgas y es necesario comer. ¿Por qué ha de sufrir esa anciana tan santa?

* * *

Una tarde, Tano no estaba. Rebel, borracho, la injurió, acercándose á besarla con una mueca lasciva y soez. Perdida, de un empujón lo hizo rodar bajo una mesa y huyó. No pudo dormir aquella noche; lloró mucho con la cabeza hundida contra las almohadas. Sofocaba sus sollozos; quiso también sofocar ideas siniestras. Aquel ultraje había enlutado su corazón. ¿No era mejor descansar de una vez? Su alma había perdido la pureza, enlodada por la baba hedionda de aquel infame, y aunque se hubiera lavado la mejilla con toda el agua del río, la afrenta quedaría allí para siempre. ¿No era mejor descansar de una vez? Rechina una puerta del pobre mechinal; una silla al caer retumba en el silencio. Perdida sale afuera. La noche quieta la envuelve; su silueta gris corta la sombra. Va hacia los murallones del puerto, porque á ella le contaron unas historias de vírgenes solas que de allí se arrojaban á pique, dentro de las aguas carbonosas para tener paz y morir. Adelante, la masa obscura de los mástiles, las jarcias y las gavias obscuras. Se acerca después de un rato. El aire es más fresco, la tranquilidad más profunda. Los astros la miran de arriba, taciturnos como ella, viajeros acaso como ella hacia la eterna noche, hermanos de la pobre vagabunda en aquel caminar sin fin por los términos celestes y luminosos. Allá en el fondo, detrás de

los barcos, surge la luna enorme, difundiendo su pálida luz. Riela por las aguas tenebrosas; la estela ancha y brillante tiembla en los canales.

Una brisa más viva sopla, y los cabellos rubios de Perdida vuelan hacia atrás, en la carrera vertiginosa. Ya se han perdido lejos los ruidos de la ciudad. En las charcas cercanas del puerto gorgotean las ranas aquí, allá, más allá, por todas partes. Se acerca á la dársena. Se oye un gemido de brisas y el chapotear del agua contra el murallón de piedra. Resopla un vaporcito pasando. Hay chasquidos de remos lejanos. En el gran silencio del puerto, duermen todos en los enormes mausoleos inmóviles. Los globos de luz eléctrica azulan la noche, la cantinela de un marinero noctámbulo cruza la sombra como una armonía de angustia, mientras las cuerdas de la bandurria, en la carrera veloz, golpean contra las piernas de Perdida y vibran en un largo sonido lúgubre. Ya está dentro de las hediondeces nauseabundas del puerto, entre los alquitranes, las podredumbres de los estanques y la atmósfera densa, mefítica. Una emanación de marisma sale de los canales hasta el cielo, algo letal y fúnebre vuela de aquellos quietos pantanos. Perdida estrecha la bandurria contra su pecho sin llorar. Se arrodilla, reza, con las pupilas muertas hacia arriba, llenas de luz de estrellas.

Salta en pie de repente. Es un largo fantasma. Cuando va á precipitarse en el vórtice negro, para hundirse como cosa estéril en el lodo homicida, un brazo musculoso la aferra, la atrae, casi la ahoga en el frenesí de un jadeante abrazo. Tano da un grito de horrendo triun-

fo y la noche se inunda toda de aquel prepotente alarido, lleno de sollozos...

—¡No estás sola, Perdida! ¡No estás sola! ¿Por qué te has ido, Perdida? ¿Y mamá? ¿Y yo? ¿Por qué te has ido?

La carga como á un niño. La mejilla de la ciega reposa sobre su hombro robusto y la bandurria oscila á un costado atada á su muñeca pálida con una cinta de seda. Los cabellos forman un manto de oro, van y vienen en la marcha, acariciando el dorso del mancebo y el rostro blanco un poco vuelto hacia arriba y las pupilas dilatadas parecen celestes en aquel crepúsculo de estrellas.

—¿Por qué quisiste morir, Perdida?—dijo el muchacho acariciándola.

Todo su cuerpo hercúleo tembló de miedo y de zozobra.

—Ese marinero tenía la boca sucia. Se acercó á besarme; me manchó la mejilla. No quiero que nadie me ensucie el alma—contestó la ciega con energía.

—Eso sucedió porque yo no estaba—replicó el Tano.

Un relámpago de ira salvaje fulguró en sus pupilas, como una sangrienta amenaza. Apuró la marcha. Pasaban debajo de los faroles, por la acera plateada por la luna. Todo estaba cerrado. Dormían. Un noctámbulo, al verlos pasar, dijo:

—Estará enferma. Será hermano de ella.

Llegan á una plaza, llena de árboles en flor. Los rayos lunares dibujan en el piso caprichosos arabescos. En el centro hay una fuente de mármol; un fauno lanza tan alto un delgado chorro de agua que se desparrama en

abanico, murmurando en el silencio. Se sentaron cerca en un banco.

—¿Tano, sos mi hermano vos?—preguntó Perdida bruscamente.

—Sí, soy.

—Entonces debes perdonarle á Rebel.

—No te respetarán, Perdida.

El diálogo fué rápido, lleno de emoción. Perdida tomó luego las mejillas del joven entre sus dos manos y lo miró en los ojos con las pupilas muertas.

—Te veo, Tano—le dijo.—Me vas á hacer llorar vos también.

Se abandonó sobre su pecho.

—No quiero que llores—se apresuró á contestar Tano, —pero tendrás que pedirle á Dios que no me enloquezca si le vuelvo á ver. Yo le perdono.

—Tano, Tano—exclamó la ciega con ímpetu.—No sé lo que tengo en el corazón. Tomá. Tomá. Yo creía que estaba sola.

Los dos se besan en la boca. La noche es un santuario en su serena calma, los árboles exhalan mucho perfume. De los setos en flor, una fragancia emana de frescas lozanías y á lo lejos, entre la alameda en paz, bajo los cielos como un altar tranquilos, de la mano caminan los muchachos en emoción silenciosa, hacia fuera de la plaza, en pos de la casucha de madera, envueltos en los rayos alegres del plenilunio...

* * *

El Dante vela. De su tugurio vecino los vió salir. Todo lo ha comprendido. Al Tano le gritó: «¡Pronto! ¡Sálvala pronto! ¡Perdida quiere morir!» Los espera sentado en el umbral. Es una hermosa cabeza blanca, de donde caen enredados sobre los hombros los bucles de una abundosa cabellera. Sus ojos azules tienen intrépido el mirar, llenos de luz tormentosa. Un poco encorvado, como los cuerpos que mucho vivieron y á la tierra se inclinan, buscando tal vez eterno reposo, guarda un alma, antaño sacudida por heróicas leyendas, formidable, guerrera, y hogaño quebrada por los abandonos inmerecidos.

A Italia amó donde naciera. De rodillas, en las sociedades secretas, fraguas ardientes de honestidades y de valor patricio, puñal en mano, juró alguna vez redimirla. Fué cuando la gloriosa esclava fracturó su cautiverio. En aquel tiempo sus hijos morían en el patíbulo, en el destierro, en las ergástulas de obscuras fortalezas extrañas y en las batallas, cantando los versos de sus poetas irredimidos. Las viejas glorias, el muerto, secular poderío acompañaron el viaje de esos mártires y soñaban, acostados en sus mazmorras, sobre la almohada de piedra, con la libertad de Ausonia, calentada por un sol más humano. En la comarca reventó un día un intenso temblor, en el aire caliginoso estallaron un bronco estampido de metrallas y un rodar gigantesco de artillerías al galope. El país rebrama susultando. Todas las cóleras se apoderan de su alma exterminadora. Desfilan los re-

gimientos, cantan los nuevos himnos de guerra y la alborada de los jóvenes días y la honra de la sangre vertida para limpiar los palios manchados por ignominias de siglos. Una bandera de esas la lleva el Dante, y la estrecha contra su pecho valeroso. Así lo llaman en el ejército, porque habla con lenguaje de salmos, con savias de troncos. En el combate envuelve su cuerpo en el trapo glorioso, siempre adelante como una hermosa estatua de Praxíteles. Alto, temerario, marcha siempre adelante hacia la victoria y todos lo respetaron, porque sabía morir. En la refriega declama los versos de Leopardi y los peanes que él escribiera en la quietud de los nocturnos campamentos y las estrofas brotan de sus labios fecundas, cristalinas, como un manantial del Himeto. Alegre es su mente guerrera, como rayo de luz cuando pasa, con sus cabellos leoninos al viento, entre heridos y muertos, en el tronar diabólico de la batalla, entre ayes y clamoreos, saltando sobre los cañones despedazados y los fusiles en astillas. ¡No hay cuidado! Sus manos de poeta no entregarán la bandera. Era hijo de la Universidad enemiga de las tiranías.

Para despedazar las autocracias, señoras del mundo en ese tiempo, los hijos de las universidades italianas habían comprendido que era necesario morir. Y todos ellos, los muchachos de entonces, pelearon por los manes egregios de los antepasados. Santa Croce, guiaba á los manípulos y los espectros, en sus tumbas guardados, volvían á morir en las avanzadas, destrozados por la metralla, para volar más altos y más amenazadores. ¡Es mucho ideal Santa Croce! ¡Es imperecedera como la

dignidad humana ó el culto á Dios! La victoria coronó al sacrificio; pero en una batalla, el Dante rodó sobre su bandera, manchado el pecho de sangre, y al caer gritó: «¡Por Italia, tierra inmortal!» En sus largas horas de herido escribía poemas y uno creó tan elocuente y profundo como si las penas de un siglo condensara. Amó... En su corazón transfigurado ella fué salmo y numen; pero sucedió lo de siempre. No tenía el brazo musculoso y las piernas hercúleas, hirsutas de vello. La mujer no vió al varón en ese rostro apolíneo, en la dorada cabellera. No fué correspondido.

Más tarde, cuando ya no se peleaba, llevó por Italia peregrinando su recuerdo de amor y su lira. El desdén tuvo su mártir. Esta pasión había quebrado el alma de la estatua y aquella hermosura, fascinación y ponzoña, pudo más que las fatigas y las heridas de la guerra. Por todas partes se oía el canto de la tristeza humana. Sus versos hablaron de nostalgias, del otoño de los árboles, de las avemarías crepusculares. Poeta de la soledad, escribió sus angustias calladas, la leyenda de las vidas que tienen luz de retinas y moribundos silencios de almas. Pasaban los vagabundos, los hijos de nadie, los agitados de la ambición no saciada, los sacrificados de la mente—esos que conciben el ideal y no encuentran sus formas,—y madres sin hijos, novias abandonadas, todo lo que sufre y llora y brega y estalla; el Calvario, el luto, el frío y el hambre, las noches de los campos de batalla y la crucifixión del osario solo...

A nadie convenció. Los sobrevivientes, libres y ricos, olvidaron las carnicerías heróicas. Se reían de los viejos

soldados y no respetaban las medallas de Milazzo y del Volturno. ¿Qué importan los muslos amputados y el pecho roto por la metralla? ¿Para qué sirve el sangriento muñón del brazo, despachurrado á cañonazos y toda esa gloriosa sinfonía de muletas, repiqueteando sobre los pavimentos de las ciudades?

¡Han muerto los románticos! ¡Los misioneros del ideal se acabaron! ¡Los sobrevivientes piden limosna y muchos se emborrachan para olvidar miserias é ingratitudes! ¡Paso á la libra esterlina, porque triunfa sobre la tierra! ¡Cuánta metamórfosis! Pero, ya que es así, ¿por qué no muere de una vez esa cohorte de bravos? ¿Por qué no los entierran con sus barbas blancas, con sus cicatrices y con sus medallas? Y mientras esto no sucede, ¡déjenlos siquiera que se emborrachen con el alcohol venenoso de las tabernas y respeten á esos grandes y moribundos pordioseros! ¡Paso! ¡Paso á los creadores de naciones!

* * *

El Dante sufre hondamente aquella ingratitud. Su alma se arruga en una sensación de asco y cae vencido en el naufragio de sus idolatrías. Bebe el día entero y no se calla. Sus palabras son invectivas, sus versos son anatemas. En un café, una noche narró en sonoros poemas los trabajos de la guerra. Una jauría de lobos irónicos le rodeaba... Pasaban los legionarios de camiseta

roja y adelante, como el sol fecundo, la espada del mesnadero temerario, el héroe gigantesco, envuelto en el poncho azul y blanco, vencedor de Varese y de las rancias tiranías. Y pasó el rey caballero, mandando las cargas tumultuarias de San Martino. Cuando concluyó sus cantos, aquellos desarrapados rompieron en una carcajada irreverente...

—Y á pesar de todo eso has vivido—le gritaba un beodo.—En la retaguardia peleaste. ¿Dónde están tus cicatrices? En la espalda. ¡En la espalda, poeta de las derrotas, Leónidas de cartón!

Los lobos se abalanzan sobre él. Quieren arrancarle las medallas. Entre el humo de los cigarros, bajo los mecheros de gas, entre la zinguizarra de esa muchedumbre idiota, mientras tintinean las copas y chocan en los billares las bolas de marfil y los sirvientes corren con sus bandejas de copas y tazas tropezando aquí, tropezando allá, en un rincón del café se inicia la tragedia. El Dante aferra una mano profana cerca de sus medallas, se tuerce para atrás como un tigre y con la otra mete un puñal en una garganta hasta los huesos. Un cántaro de sangre lo baña entero; una cabeza se tambalea desarticulada, rueda y salta por el suelo, sobre los cuajarones. El cuerpo muerto retumba sobre el piso de madera. Huye el Dante, huye á través de los campos desiertos, á través de la montaña, se esconde entre las rocas, duerme mal en los despeñaderos ó en las obscuras cavernas, ocultándose en la maleza, perseguido, acosado como feroz alimaña. Luego el mar enfrente, una barca y á bordo. El velero zarpa. Lleva un homicida más y un corazón triste

y arrepentido. En los conventillos de este país, donde vivió después, protege á los humildes y doma las malvadas soberbias. Conocieron el homicidio y le temían. Encontró á Perdida. Se parecía á su hija muerta y la amó. El poeta guerrero fué su padre; ella la redentora. En una borrachera había perdido la conciencia. Sus ojos despedían chispas de exterminio. Rebel andaba por allí persiguiendo á la ciega. Y cuando el Dante fué á saltar sobre él para estrangularlo, Tano se interpuso, azotando al bandido contra las piedras. Esa noche Perdida le pidió al viejo, que ya no tomara... abrazándolo del cuello con lágrimas, y el Dante mantuvo su promesa... Estaba redimido.

* * *

Los dos jóvenes llegaron. Dante se levantó, sacudiendo en la luz su melena de plata.

—Al puerto has ido, Perdida—le dijo,—y yo sé por qué.

La niña calló. Sobre la acera se movía la silueta obscura del farol. Mil ruidos se oían á lo lejos. Eran los heraldos de la aurora.

—Porque el alma es como la Naturaleza—agregó el viejo.—Necesita para vivir el rocío del cielo, el sol meridiano, la frescura de la noche; y tu creíste que Dios nada de eso tenía para ti. Te llevaste tu bandurria, yo la sentí sonar lúgubremente. No querías dejarles nada

á los que te quieren. Cuando el alma está así, Perdida, es necesario rezar. ¡Tú no has rezado esta noche!

—Es cierto. No recé—contestó Perdida.—No quise. Me pareció que Dios no existía...

—Eso no dice Teresa, la madre de éste,—replicó Dante, señalando al muchacho.—Vete al cuarto con ella y duerme. En las borrascas más temibles los marineros ven en el cielo negro esplendor de vírgenes y sagradas custodias, y Dios dijo alguna vez: «A todos podré abandonar, menos á los niños. Dejadlos que vengan á mí». No te olvides nunca de Dios, Perdida. No vayas más al puerto de noche. Ahora, vete á descansar.

—Usted es bueno, Dante, como Dios,—exclamó la ciega abrazándolo...

—A los pobres viejos, es necesario no dejarlos sólos, Perdida. Es un delito. Y tú le querías quitar para siempre á su ciega adorada. Nosotros somos como la tierra muy trabajada y los niños son el abono fecundo. Por ellos nos reanimamos. Nos hacen soportar la vida y el poco humus guardado en la estéril osamenta reflorece en la luz de sus ojos. Vete á dormir, Perdida, y reza por los viejos.

La niña obedeció y cuando el joven se disponía á seguirla, el poeta lo contuvo.

—Tú quédate—le dijo.

Quedaron solos. La calle estaba quieta. Algún obrero pasaba con su saco al hombro.

—Júrame que protegerás á Perdida—agregó el viejo.

—Sí, lo juro.

—Dame tu mano.

Las dos manos se estrecharon en la sombra. Temblaban.

—Para que mantengas el juramento es necesario no matar, muchacho...

—¿A quién he de matar yo?—preguntó bruscamente el Tano.

—Pues á Rebel. Si tú lo matas irás á la cárcel ó te fugarás. En los dos casos Perdida se queda sola. Te pueden insultar; pero el hombre es más fuerte soportando el ultraje que vengándolo. Es más difícil y más útil dominarse que dominar á los otros. Escucha: En las tiranías sembradoras de muerte, hay dos clases de hombres: los desterrados por voluntad propia. Esos gimen de lejos. Son jeremiadas inertes. Eso es estéril. Se lo lleva el viento. Los valerosos se quedan. Conspiran. Van á la guerra. Mueren en las barricadas, en las revoluciones ó en el patíbulo. ¿Has entendido? Es preciso quedarse. La cárcel está lejos de Perdida. La fuga está lejos también. Perdida necesita de ti. Si la mirada del hombre no existiera, los astros serían inútiles. ¿Para quién brillarían? Las rosas quieren el riego y la mano que arranque de su tallo la carcoma cortando las hojas marchitas. ¡Si tú te vas, Perdida se morirá como las rosas abandonadas! ¿Has entendido ahora?

—Haré lo que usted me pide. No iré más á las fondas, —replicó Tano.—No tomaré más. Si tengo que acompañarla, á las espaldas me ataré las manos; pero usted tendrá que venir con nosotros para que le toquen también los insultos y me ayude á sufrirlos.

—Iré contigo.

—A mí me hierve la sangre.

—Porque eres un fuerte.

—Me vuelvo loco si me tratan mal.

—Eso temo. Acuérdate que se quedará sola.

—Mi madre, Dante, la quiere á Perdida.

—Esas ancianas tienen afectos para todos, pero puede morir.

—Y yo la quiero á Perdida con toda mi alma. La quiero para mí, para mí solo ¿entiende?

El diálogo era rápido. Las frases salían aceradas y con dolorosa violencia.

—Por eso no debes matar—replicó en seguida el viejo. —Yo lo sé mejor que tú. La pasión es armonía y rugido, salud y veneno, virtud y crimen, rayo de sol y tiniebla, jaidín y estepa. ¿Me miras sorprendido? No comprendes; pero en tu corazón tormentoso hay todo eso. Yo también maté á un hombre. Lo degollé como á un cerdo. Quiso arrancarme las medallas. Lastimó mi vida entera y yo estaba borracho. Haz lo que quieras tú de mi secreto; pero es necesario que lo sepas todo. Yo tenía una hija. En la fuga la crucé sobre mis espaldas. Corrí con ella muchos días, muchas noches, como una fiera. «Pobre papá—me decía,—estás muy cansado. ¿Por qué no me dejas en estas montañas?» Yo la volví á cargar para subir la cuesta. Enfermó una noche. Deliraba. Estábamos en una caverna enorme y tenebrosa. El agua goteaba de la bóveda. Saltaban las víboras, golpeando las paredes. Deliraba: «Sálvenlo á papá. Yo voy á rezar por él». Una tarde la acosté bajo unos árboles. Pero no respiró mejor. Los aromas del pasto y de las hojas no

la reanimaron. ¡Estaba tan pálida! Me llamó. «Acércate aquí, papá», y señalaba la boca. «Toma un beso. ¡Te quiero tanto, papá!» Me besó. ¡Después se puso fría... fría! Ya no respiró más. Sus pupilas se dilataron... Yo la había muerto con la mala vida á través de los bosques y de las rocas. Dios castiga siempre el delito, Tano, y la sangre pide sangre. ¡Acuérdate que la puedes matar á Perdida!...

* * *

Cuesta abajo y rostro hacia el puerto, se aleja el viejo apoyado en un bastón grueso y nudoso. Aparecen á su vista en el fulgor de la luz eléctrica las puntas de los mástiles, luego los cascos, después los canales iluminados... Las naves yacen inmóviles como enormes inercias en un reposo de gigantes y de cuando en cuando levemente oscilan, como si respirasen. Se sienta en un poyo de hierro donde se amarran los cables. De allí contempla aquella grandeza cerca de los guinches erguidos á guisa de torres é inclinados hacia las aguas como amenazadoras zarpas. En esa quietud de la noche late el corazón del mundo y duermen allí los esfuerzos colosales de su marcha civilizadora. El viejo pensaba. Los hombres se acercan á los hombres á través de los mares libres y se entregan recíprocamente los frutos de la tierra, el talento de sus industrias. Esta es la virtud moderna. Este es hoy el anhelo humano.

La guerra, la conquista han perecido, despedazadas por las quillas de los barcos. La piedad, el trabajo triunfan. ¡Adiós para siempre á los sangrientos laureles! ¡Adiós á las insignias marciales adquiridas con el dolor de los demás! ¡Adiós batallas, donde no triunfa jamás el derecho, crujías y cadalsos, donde sufren y mueren los selectos de espíritu! Los hombres se acercan á los hombres, las razas se mezclan á las razas. Hay lucha de almas para mejorar el bienestar sobre la tierra. Esta es de todos y para todos. Y lucha del trabajo contra el trabajo para las perfecciones sucesivas. Se acabaron los pueblos esclavos. ¡Nadie escarnece ya los templos, ni los monumentos, ni los poemas de Italia!

Los vapores construídos en sus playas, á las playas del orbe llevan el tripudio de la resurrección que no tendrá ocasos. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Antaño el espíritu humano era una sombra. Triunfaba la ergástula, el cadalso. El ojo sesgado del esbirro atisbaba la vida de los generosos; el verdugo, juez y señor, con su manopla feroz escribía sentencias.

Los derechos no existían. Fueron muertos por la aristocracia ignorante, dominadora, y por el populacho, crueldad y vileza, sayón y hambriento. Toda la odisea recordó en ese momento el Dante. Recordó las vegas floridas de Italia, y los picachos salvajes de sus montañas; el arte no superado jamás por pueblo alguno del pasado; los escombros, testimonios de las mayores osadías arquitectónicas; los archivos, polvos de gloria, las tumbas, albergue de ilustres, bajo las selvas cuajadas de rocío y de perfumes, bajo el humus fecundo por las car-

nes seculares de hojas y troncos. Recordó sus miembros dispersos y la misma alma ululando por todas partes entre los fragmentos para replasmar la hermosa persona.

¡Mater dolorosa! ¡En tierra extraña pelearon tus hijos! Los cantos de tus poetas servían para otras emancipaciones y nadie escribió mejor que ellos las églogas virgilianas, ni la grima de la nostalgia, ni las hondas pesadumbres de los presidios. En los negros cadalsos ninguno como los viejos patricios fué intrépido. Morían sonriendo. ¡Estaban muy pobres los viejos patricios! Desnudos y hambrientos fueron después á la guerra, y para que los enemigos vieran mejor el tórax, pudieron un día vestir la camiseta roja. Garibaldi mandaba las legiones. El viejo se sacó el sombrero ante esa preclara memoria... ¡Por las dársenas triunfantes volaban los mártires, cantando la victoria de los puertos y la fraternidad de los hombres, sobre las ergástulas y las esclavitudes desaparecidas! Y el Dante de rodillas bendijo nuestra tierra hospitalaria. Aquí se amaron los dolores de Italia. Los campos brotaron mieses, trabajados por sus hijos. Llegó allá mucho pan amasado en esta comarca y mucho dinero.

La Pampa feliz y rica ha enriquecido al mundo y contesta á la tristeza, á la miseria con sus prodigios fértiles. ¡Bienaventuradas las generaciones crecidas bajo este sol tan humano! ¡Bienaventurada la nueva raza, esta juventud estatuaria, llena de espíritu civil, impetuosa y magnánima! Artista y fuerte, sudando, conquista el bienestar y camina en pos de todos los ideales. ¡La caridad para todos hizo grande á esta tierra.

El ensueño del Dante aquí termina. La noche lo ve arrodillado sobre la dura piedra bajo el cielo lleno de estrellas, meditabundo y sereno. Parece la mansa techumbre de un callado templo. De cuando en cuando asoma la luna detrás de la orla blanca de un cirrus é ilumina la hermosa frente del homicida. El Dante reza.

La gratitud le inspira hermosas plegarias, mientras el río negro á lo lejos va y viene del horizonte invisible á las naves ancladas. En esta paz nocturna, en la que todos descansan, adivinarse puede el aliento formidable de la nación vasta y el prodigio de vida de aquella inmóvil selva de barcos, amarrados á los murallones. Los salmos del río fecundo arrullan el sueño robusto; las homilías fervorosas del espacio infinito elogian la sagrada grandeza de este pueblo. Su psicología parece el despertar de una religión nueva. Hay en sus leyes el intenso misterio de las gloriosas iniciaciones. Consagran la piedad para todos. Sus hijos son gigantescos catecúmenos, destinados, si es necesario, al martirio, á la muerte para defender el rito, para el triunfo de tan humana liturgia. Por eso, en el puerto y en el río caudaloso, la naturaleza en sosiego escribía esa noche poesías marinas á toda poesía superiores; sólo le igualaba en sublimidad la plegaria de aquel arrepentido. Reza por los que aman y sufren. Reza por la tierra hospitalaria. Todos los náufragos caben en esas oraciones, todos los genios á quienes el dolor malogra; y con la luz rielante por las dársenas, el alma de Perdida, la ciega, á la bandolera la armoniosa bandurria, por el paisaje lunar, plácidamente vuela de blanco vestida, como Beatriz......

En el corazón del Dante la oración se transforma en pena. El viejo roble ama á la madreselva en flor, porque estos caducos á los cuales la vida llena de amargas savias, quieren vivir, cuando alguna planta juvenil se acerca á ellos para sostenerlos; aprenden á ser abuelos. Dejan como los robles que la madreselva se adhiera y crezca con pompas de festones y verdes follajes. Por eso quiere salvar á Perdida. Conoce las violencias del Tano y prevé una tragedia. Teme el homicidio del marinero soez porque Perdida quedará sola en el mundo.

* * *

Amanece. La luz alegra al universo. Se agita el puerto y despiertan los muelles y los barcos. De un conventillo cercano, elevado sobre una pocilga inmunda, sale Rebel, gruñendo una canción puerca.

La calzada se llena de obreros. Va á empezar el trajín cotidiano. Rebel está borracho. Se tambalea entre la muchedumbre, va, viene, retrocede, se inclina con violentos pataleos, como si le faltara el piso. Lo dejan pasar con miedo. En la luz aparece su desgreñada cabeza obscura en su aglutinada cerda. Los ojos tiene enrojecidos, siniestros; su rostro deforme de monstruo, sucio de alquitrán y de mugre, parece una esfinge grotesca y libidinosa. Canta siempre, tambaleándose, la canción puerca. A medida que aclara aparece su cuerpo gigantesco; la lívida calavera, sobre un cogote de toro ennegrecido,

se mueve de aquí para allá en un torso musculoso, apenas cubierto por una blusa en arambeles. Gruesas son sus piernas, anchos y chatos los pies como grandes remos y velludos como de lobo marino. Mucho mar corrió desde chico. Su cuerpo está hecho á tormentas, á puntapiés, y sobre cubierta rodaba muchas veces con el rostro ensangrentado á bofetadas. Fué un indómito. Los castigos lo enfurecían.

Cuando en las jarcias lo crucificaban hasta sacarle sangre, mientras volaba el barco á todo trapo, entre el mugir de los vientos, atado de pies y muñecas, y entre los azotes brutales de las olas en las bandas, Rebel se debatía como tiburón en la playa, presa de contorsiones y blasfemias. Ya más grande, siempre entre los marineros, conoció todos los vicios, todas las infamias, y de hombre parecía condensar las malas pasiones del mar, sus odios, sus cóleras, los arrebatos de destrucción y de muerte. Hijo de la sentina llevaba en la entraña las lubricidades de las proas hediondas, las inquinas de los cuerpos en la brega cansados, los salvajes rencores sugeridos por los alcoholes pútridos. El insomnio de las borrascas lo enloquecía muchas veces, la férrea disciplina lo transformó en una bestia fosca y salvaje. Fué una lujuria simiesca, un sicario pronto á la traición y al puñal. Por eso, en las noches de las tabernas lo rodean los facinerosos. Es como un caudillo. Lo escuchan porque sabe mucho crimen. Algo aprenden siempre en los diálogos sigilosos en que cuenta los asesinatos. Le pagan para eso. Esa mañana Rebel se acerca al Dante, con su voz ronca gruñendo. Son gritos del lodazal, ignominias del juego

tramposo, lúbricas bacanales de prostíbulos, mujeres y bandidos en abrazos impúdicos hasta caer borrachos y trenzados sobre los pavimentos. Describe en sus versos el furor del estupro; el dolor y el miedo de las vírgenes violadas y los rugidos del animal saciado, asfixiando los cuerpos endebles. La abyección de las ciudades ha creado su poeta. Es Rebel. Canta lo ruin, lo sucio, el crimen, la basura, la depravación, la podre, la miseria moral, la cloaca, los proxenetas, los degenerados de Sodoma, ladrones y tahures, lo que hiede, lo que mancha y lo que mata. Hay olor á patíbulo en ese hombre. ¡Hay una inmunda y trágica grandeza! Esos cantos entristecen al sol naciente en la mañana de primavera. ¡Oh, lluvia de luz! ¡Mejor fuera no calentases jamás los belfos del monstruo! ¿Por qué no sirven tus rayos para la naturaleza sola que es flor de bondad? ¿Por qué iluminas á esos sepulcros? Eres estéril, si calientas á la escoria humana y sonríes á esos inmundos necrófilos. ¡Oh sol! ¡Oh, Dios! ¿Para qué brilla tu disco de oro? Despierta el júbilo de los puertos; las gaviotas chillan de alegría en el aire matutino, los esquifes bogan en la luz hilarante. Bregan los marineros y los viejos capitanes, vencedores del mar sobre el puente de mando. El trabajo estrépita. Van, vienen las multitudes agitadas. Las estibas se llenan de mieses, de frutas y de industrias para apagar las hambres de otras tierras. Veinte vapores largan amarras. Silban y berrean las sirenas con alaridos de triunfo. El humo escapa de las chimeneas en copiosas y negras nubes, y los remolcadores resoplan á un costado... Otros vapores entran. De cuando en cuando un ve-

lero, muy lentamente avanza con la trinquetilla hinchada y lo demás del trapo en rizos, mientras el remolcador muge y se agita arrastrándolo. Se oyen cantinelas marinas.. ¡Ohe! ¡Oh! ¡Arría! Caen los foques y las trinquetillas. De repente el grito del comandante: ¡fondo! Y la cadena del ancla rueda por el escobén con un sordo fragor. Saltan las aguas; la masa de hierro se zambulle con violencia, se estremece el casco y se detiene. Un tren pasa á lo lejos, entre las dársenas. Suenan las campanas de los tranvías. En los jardines cercanos la savia primaveral pulula en los árboles, en las huertas los duraznos se cuajan de flores y las parras de pámpanos. Los plátanos verdean en hileras; los pájaros de la tierra vuelan gorjeando del árbol á los mástiles, de los parques de la ribera á la cubierta de los leviatanes inmóviles. Todavía quedan algunos sauces. La voracidad pordiosera no los ha hachado, y recuerdan los bosques de antaño sobre las toscas del viejo río desaparecido.

En esta ferviente algazara todas las mañanas se equivoca el sol en sus gloriosas aleluyas. ¡Se equivoca como la bondad! Es para todos, porque calienta lo mismo el cráneo de los degenerados y el beso materno sobre la mejilla de los niños sonrientes. ¿Por qué no desvía sus beneficios á la vida perversa? ¿Por qué es piadoso con la alevosía homicida? ¿No está la tiniebla y el frío del universo para que los malvados perezcan ateridos? Y todas las mañanas serenas, por ti, ¡oh sol! ¡oh, monarca de gloria, se produce una resurrección de armonías! Centellas debían ser para destruir la humanidad delincuente. Ya sin gibosos de alma, y sin mentes podridas,

no habría en la tierra manchas, ni hediondeces, ni delitos... ¡La naturaleza sería feliz en un prodigioso multiplicarse de selvas y el amor y la bondad, heraldos y único fin de la vida! ¡Oh, sol, no ilumines más los belfos del monstruo! Dios no quiere esfacelos. ¡No hay un dolor mayor que tu dolor, cuando calientas la escoria humana y fecundas la miseria moral!

El viejo poeta piensa estas cosas, mientras Rebel se acerca ya entre el rumor de carros y gentes. Algunos vapores atracan por pulgadas á los murallones, atraídos por gruesos cabos que desde tierra cimbran. Hay mucho estrépito apurado de guinches. Oscilan pavorosamente sobre la inmane carga entre silbatos por el aire, aquí, allá, más allá y roncas exclamaciones de alerta. Hay mucho tumulto de ruidos. La muchedumbre trajina al hombro canastos y bolsas. Jadea, suda de los galpones á los barcos, mientras los marineros en la sentina desprenden los garfios del guinche, colgados y hundidos en los fardos. Los garfios vuelan arriba otra vez. Tintinean, giran abiertos como fuertes mandíbulas para aferrar nuevos bultos. Rebel se acerca más. Su canción estridente de borracho se pierde entre el sordo y rumoroso rodar de carros y tranvías, entre el roboar lejano de la ciudad. Se pierde como un ululato de espectro. Su paso se hace lento, difícil. Tropieza á cada rato. Gruñe como una alimaña. En su mirar sesgado vibran feroces amenazas. Rueda al fin hecho un atado de trapos á los pies del Dante y salta de su boca un vómito hediondo y rojo. El viejo se levanta. Rebel abre más los ojos soñolientos, sucios, y lo reconoce. Se acuerda de Perdida. La persi-

guió día y noche, cuando ella ganaba su pan, tocando la bandurria en las ventas de la ribera. Su belleza y sus fugas excitan en él las bestiales lujurias. ¡Cuántas veces soñó en reventarla en un abrazo de sátiro!

El instinto de animal primitivo se agiganta en la noche de su mente. Brama esa piel de virgen rosada; está borracho de lascivias; pero ella huye y su garra de chimpancé no la alcanza. Tano se interpone siempre. Ese viejo miserable se interpone con su cuerpo decrépito. ¿Que importa? ¡Dos chanchos y un sólo desgüello! ¿Acaso eran los primeros? Y ella también. Tenía que pagársela después. Recuerda que Perdida una noche le había roto la bandurria en los dientes y cuando su cuello de bisonte crujió en una feroz embestida, un par de tenazas le apretaron el gañote. Las manoplas del Tano hasta el suelo lo doblaron con la lengua azulada de fuera. Otra vez la ciega lo aventa bajo una mesa. Rebel tras ella sigue dando traspiés, ensangrentándose en las piedras. Desde entonces en los soliloquios salvajes acaricia su rencor de vencido, y cuando percibe al Dante, se endereza como un resorte. Lo mira con ojos homicidas, en una apoteosis de exterminio.

—Predicador sin sotana. Tomá. Métete—gritó el marinero.

En sus manos brilla un cuchillo cerca del vientre del viejo. Este se encoge, arrojándose á un lado. Rebel inclinado adelante da en el vacío y se desploma con el hierro empapado en sangre. En ese momento el grueso bastón del Dante cae sobre el cráneo del monstruo. La multitud rodea al marinero y lo apostrofa. Quieren des-

garrarlo. Cincuenta manos lo tironean; pero de repente Tano entra al medio; los separa. Está pálido, por la ira convulso, enloquecido. Ha visto la sangre seguir en un lúgubre reguero, el paso vacilante del poeta. La multitud se arremolina, gritando:

—¡Asesino! ¡A un viejo! ¡Cobarde, asesino!

Se precipitan de nuevo sobre él. Entonces el joven entre el alarido tumultuario, se azota contra todos impetuoso.

—¿Para qué un delito?—rugió.—Eso es para mí. ¡Déjenlo venir!

Se contienen. Los de atrás empujan y hacen vacilar las primeras filas. Estas logran á duras penas hacer pie, hasta que se forma un gran estadio. Se oyen voces de protesta aquí y allá; pero el temor de la tragedia impone el silencio. En una calma de sepulcro los dos hombres avanzan armados y rápidos acortan distancias, mientras un pueblo de marineros hormiguea en las vergas, sobre los flechastes, sobre los guinches y desde los techos cercanos. Las dársenas contemplan la pelea. En ese pavoroso callar de todos, los cuchillos se encuentran. Se oyen chasquidos, choques, rechinar ronco de blasfemias. Saltan chispas, mientras los hombres arremeten, se inclinan, retroceden, giran entre exclamaciones sofocadas y juramentos. Fué un mortal minuto. Rebel abrió los brazos gritando: «¡Alcahuete! ¡alcahuete!» y cayó al suelo herido en una convulsión de epilepsia. Todos se dispersaron rápidos, mientras el muchacho con el cuchillo rojo se retiraba lentamente. Pasó al lado del Dante;

Gastón arrodillado en el suelo curaba su herida. Los miró atónito, sin tener conciencia en los ojos.

Hasta la casucha pudo llegar. La madre y Perdida lo abrazaron llorando. Entonces las conoció

—No, mamá—les dijo.—No, Perdida. No me besen. ¡Tengo la cara sucia de sangre!

En seguida la puerta de un calabozo se cierra tras él y las dos mujeres se quedan solas. Durante unos días Perdida toca la bandurria por las calles y en las fondas. Le lleva el pan á Teresa. Habían puesto las camas más juntas y en la mesa se sentaban más cerca. Las dos angustias se nutren de la angustia de cada una, y sucedió lo que debía. Una noche las mujeres rezaron mucho el rosario. Rezaron mucho por él. Teresa no amaneció. Al día siguiente se la llevaron al osario encerrada en un cajón de pino. Perdida empezó á vagar esta tarde con la vida rota. Tosía, deliraba de fiebre, y en el crepúsculo de la ciudad besaba de cuando en cuando las cuerdas de la bandurria...

Luego estaba muy fatigada. No tenía que comer y llamó á la casa de Gastón. No la recibieron. La madre del médico había muerto. Se acordó que él le dijo en el hospital: si mi madre no está, acuérdate de Lidya. Esa es una grande alma de mujer. La encontró Lidya acostada y desfalleciente sobre el umbral de su puerta...

A poco rato del vómito, la ciega vuelve en sí. Le pregunta por Gastón. Lidya hace un gesto de disgusto.

—Siempre ese hombre—piensa.—¡Otra vez en mi camino! ¡Ay de los que se atreviesen!

—¿No contesta usted, señora?—preguntó Perdida.

—Hace pocos días se ha muerto la madre. No vendrá, Perdida—replicó Lidya con impaciencia.

—El me curó en el hospital. Yo no quiero á otro. Me voy allí. Mándeme, señora — contestó con resolución Perdida.

* * *

Gastón fué llamado. Ya era la noche profunda cuando penetró en la casa. Es alto y cenceño su cuerpo; la frente amplia, tersa, los ojos dulces, castaños y grandes. Su tez de un blanco mate se destaca sobre el negro traje de riguroso luto. Es perfecto el óvalo del rostro; la nariz fina, recta, la boca pequeña, rosada, casi femenina. No parece tranquilo. Al contrario. Tiembla el joven en la penumbra de la sala. Conoció lo del hospital. Supo el ultrajante epíteto de Lidya contra el bandido moribundo. ¿Y si ella lastima su pasión? ¿Resistirá esa alma suya tan triste? Y su espíritu, plasmado en exquisitas aristocracias, su honesto espíritu sin tacha, tan henchido de reverencias hacia aquella mujer ¿resistirá sus sarcasmos? Tenía miedo de ese diálogo, en que su amor se revelaría prepotente. ¡Tantos años lo había acariciado como á un querido poema! ¿Por qué resonaba en su oído, como una risotada macabra el epíteto «asqueroso»? ¿Cómo estaría conturbada esa mente de tanta soledad melancólica? Mas triste se puso cuando lo vió llegar. ¡Qué hermosa era! ¡Qué divino mármol, esculpido á manos de genio!

Gastón temblaba, cuando ella le estrechó la mano.

—Perdida lo ha llamado—empezó diciendo Lidya.—Está muy grave. Usted la curó otra vez.

—Es cierto—contestó Gastón, titubeando.

Notó que aquella voz era imperiosa y áspera.

—Y es lógico que está grave y que se muera también —agregó la mujer con violencia.

Gastón la miró en los ojos por primera vez.

Había mucha cólera allí...

—Es muy niña—dio Gastón.—¡Quién sabe!

—Por lo mismo, señor. La vida quiebra esos cuerpos. Son demasiado frescos y la muerte los devora, porque son frescos é inocentes. Lo que vive es la perversidad y el crimen. ¿Para qué nacen?—seguía impetuosa Lidya.—Comen mal. Duermen mal. Están desnudas. Les pegan y las corrompen. ¿Y usted quiere que no hiedan, que no escupan sangre y que no mueran? Los sometidos no tienen más venganza que eso. ¡Es la bofetada para sus verdugos!

—Pero la caridad recoge á los humildes—se atrevió á decir el médico.—Por la caridad resurgen y viven.

—No se equivoque, doctor—concluyó Lidya bruscamente.—Usted conoce mi vida. Mi marido fué un patibulario y yo lo amé asesino y todo. Acuérdese de mi hermano. Fué su amigo. Le recuerdo esto para que no interprete mal. Después de lo sucedido no puedo hacer caridad ninguna. Encontré un cuerpo tirado sobre el umbral y en vez de apartarlo con el pie, le di hospedaje. No he puesto en eso ni un átomo de sentimiento. Para esto es necesario tener corazón y á mí la vida me lo ha

destruído. No interprete mal—repitió.—¡Yo no puedo hacer caridad!

Eran frases rotas y violentas. Había desgracias, inquinas y dolor. Gastón no contestó. Precedido por Lidya se dirigió al dormitorio de Perdida. ¡Esa novia adorada estaba muerta! ¡Qué pena tenía Gastón! ¡era peor que los cadáveres! Siquiera éstos no odian. En el sarcófago encierran sus pasiones. Están mudos. Puede ser que en la existencia hayan sufrido, acosados por el denuesto y la calumnia, heridos en la entraña por el escarnio; pero después, rígidos y quietos entre coronas, lágrimas y plegarias, bajo los sauces piadosos, bajo los mirtos y las anémonas votivas, ellos quieren entrar en la vida universal, sin saña, sin rencores, depurados por la muerte. Son buenos, seguía pensando el médico. Son buenos, como mi madre. ¡Cómo se hace amar el esfacelo de esos cuerpos queridos! Pero Lidya no. Está muerta. Es cruel. ¡Odia! ¡Odia con ese divino semblante! Y al llegar á la cama de Perdida el médico exclamó sin querer:

—Desgraciados los que no perdonan. ¡Nadie los amará sobre la tierra!

* * *

—¿Por qué? ¿Quién no perdona?—interrumpió la ciega, incorporándose.

—Esté tranquila, mi chiquita—contestó el médico suavemente, empujándola para que se acostara.—No hable mucho y no se mueva.

Perdida tosió. Una mancha cianótica cubría su mejilla. Deliraba con los ojos muy abiertos y brillantes.

—¡Mi bandurria! ¡Yo quiero mi bandurria!—exclamaba.

—No hables, te repito. Te hará mal, Perdida. Señora, ayúdeme á convencerla.

Gastón volvió la cabeza. Lidya había desaparecido adentro de la gran casa solitaria.

—Escuchen la canción del Dante—replicó en seguida la ciega.—Escuchen: en cada estrella está guardado el corazón de los que amaron sobre la tierra. Allí lo puso Dios con sus manos.¿Será cierto eso, señor Gastón?

—Tengo miedo. Volverás á escupir sangre. No te muevas—contestó el médico con severidad.

—No se enoje, señor—suplicó la ciega.—No puedo. Oiga, señor: dentro de los más grandes soles, muy cerca de Dios están las almas amantes que fueron despreciadas, porque no hay un dolor igual á ese dolor. Expliqueme, señor, lo que dice el Dante. Usted está serio. No habla. ¿No lo quiere usted al poeta? Dígame: ¿está mejor?

—Al contrario. Lo quiero mucho. Está mejor. Después de unos días de hospital lo llevé á mi casa.

—¡Qué bueno es usted! Quiero besarle la mano. Déjeme... ¿Y Tano, saldrá pronto?

—Pronto. Fué en defensa propia.

—Porque yo digo: si cuando salga, ya no me ama, mejor es morir como los desgraciados del Dante. ¿No le parece, señor?

—Cállate un poco—impuso el médico.

La auscultó largo rato. Los pulmones le narraron una odisea dolorosa. La miseria y el pesar los habían dilacerado. Escribió un remedio, mientras la ciega volvía á hablar:

—Ahí viene la señora. ¿Oye usted?

Lidya paseaba agitada á lo lejos. Se oyó el roce y el crujir de su traje sobre la alfombra. Lidya observó que la miraban y dió vuelta para alejarse de nuevo.

—¿Por qué tiembla, señor? Usted sufre porque es cierto lo del Dante. ¿No habrá un dolor más grande que ese dolor? Dígamelo, señor, para rezar por usted.

El médico no pudo contenerse. La ciega había leído en su alma y estrechando su pálida mano con extraordinaria angustia le dijo:

—¡Es cierto, mi pobre chiquita! ¡Rece por los desdeñados y por los solitarios! ¡Rece por todos los mártires! ¡Adiós, Perdida! ¡Adiós!

Y al llegar al umbral se volvió de nuevo para decirle:

—¡Estése quieta y duerma, mi pobre chiquita! ¡Adiós!

* * *

En el vestíbulo, al lado de un jarrón de Sevres, donde un artista había pintado una escena de la decadencia de Francia, un lánguido minuet bailado por marquesas de empolvada peluca y por pajes de rasos amarillos vestidos sobre un sillón de madera gris con incrustaciones de nácar, Lidya estaba sentada esperando. Arriba un lam-

padario fulgurante y abajo sobre el mosaico tapices de Esmirna. En las paredes entre marcos dorados alguna naturaleza muerta, rincones de serranías salvajes, escuetas, marinas plomizas, selvas sin hojas, blancas de nieves invernales. Nada de luminoso. Ni alegrías primaverales, ni risas de juveniles almas. Desolados como ella eran sus cuadros, dolorosos como sus remembranzas. Lidya se levantó, cuando el médico llegaba.

—¿Está mejor?—preguntó.

—He dejado una receta, señora. No la oigo quejarse. Creo que en este momento duerme. Está muy mal. Es necesario ser buenos con ella.

—Siquiera duerme—agregó Lidya.—¡Eso debiera ser la vida: dormir, dormir siempre!

—En ese remedio hay algo para eso, para calmar sus penas.

—Hace bien, doctor. No la deje que abra los ojos. No la deje que readquiera la cónciencia—replicó Lidya con voz acre.

—¡Oh! ¿Y por qué? No comprendo. Dormir siempre sería la muerte. Eso no se debe hacer—dijo Gastón, mirándola.

Quedó aterrado. La fisonomía de Lidya estaba lívida. Sus ojos despedían como chispas de odio. Esta, violentamente, contestó:

—¡Porque si los abre, si readquiere la conciencia, no verá sino el delito por todas partes!

—Es una niña, señora—contestó luego Gastón, sin poderse contener.—¿Por qué no quiere que viva? ¿Por qué no han de vivir los niños? Y fuera una anciana.

¿Sabe usted para qué despiertan las ancianas? Para amar á sus hijos, á los hijos de los otros, para amar á todos!

—Y para ver sus propias culpas—interrumpió bruscamente Lidya,—las deshonras pasadas y los pensamientos de la juventud pecaminosa.

—¡Ah, señora! Usted insulta lo más sagrado. Usted no sabe,—replicó Gastón con ímpetu.—Las desgracias la perturban. Usted no sabe. ¡En la vida hay mucha virtud, honestos esfuerzos, decoro, heroísmos, abnegaciones, amor á Dios, á la patria, á las criaturas! Esto no es declamar. Esto es la observación de todos los días. ¿Por qué supone que todo lo hermoso, creado por la mente y construído por la acción deriva del fango y de la podredumbre? ¿Pero no ve que la escoria no produce sino escorias ó malsanas pestilencias? No. Es necesario respetar el talento. ¡Es necesario respetar la caridad humana!

—Dígame, doctor—contestó fríamente Lidya; ¿es un sermón éste ó qué es? ¿Cree usted que no he vivido lo bastante? ¿Hombres? ¿Mujeres? ¡Bah! ¡Un hato de hipócritas, una sinagoga de avaros insaciables, una judería de sucios, un espumarajo de vanidades ridículas! ¡Pasa usted por la calle! ¿la miran á uno acaso para respetarla? ¿La suponen una alma en pena ó un dolor vagabundo? ¿Qué? ¡Mentira! La codician brutalmente, la infaman y la calumnian. Yo digo, señor: ¿por qué crea Dios espíritus frágiles? Para que la maldad los aplaste; porque, al fin, la misericordia es una máscara para ocultar intereses sórdidos ó impudicias inconfe-

sables. ¿Qué? ¿Abnegaciones, decoro, amor á Dios y al prójimo? Si usted cree en estas grandes sinceridades, usted soñó la vida, doctor! ¡No ha vivido! ¡No ha vivido!

La mujer avanza hacia el médico un paso, impetuosamente. Está más lívida. En sus pupilas hay más odio. Su cuerpo ha crecido en esa actitud, y en la frente arrugada, en el rictus de los labios, en la trepidación de todo su cuerpo vaga el espectro. Gastón la contempla de nuevo. ¡Qué hermosa es esa muerta en su sepulcral hermosura! El médico se calma; le parecía que aquella mujer no era de la tierra. ¡Y él la adoraba tanto! ¡Como respeta esa crucifixión! Lidya no podía ser así. Acaso la congoja por los ideales perecidos le inspiraban las horrendas palabras.

—Tiene razón, señora — contestó el médico. — Hace diez años que sueño. Era amigo de su hermano, él me enseñó á creer en esas grandes sinceridades. ¡En la verdad creo, en la ciencia, en la bondad y en la belleza! Soy un deficiente. Usted, en cambio, es superior á mí. Ha vivido; ha sufrido. No cree en nada y aprendió en su camino á hacer sufrir á los otros. No cree en el candor de Perdida, ni en la nobleza del Dante, ni en Dios, ni en nada. De estas cosas no sabe. Y ¿qué le importa, además, que los otros sufran?

—Me parece que podemos concluir. No nos convenceremos nunca. Hasta mañana—agregó Lidya, extendiéndole la mano para despedirlo.

El médico replicó en un arrebato de pasión casi amenazador:

—No, pues. No, Lidya. No me iré. Ha llegado al fin la hora suprema. Usted me va á escuchar. Hay un hombre valeroso y mártir. Este hombre la adoró diez años en silencio y le perdonó todo: su amor por otro, la entrega á otro de su persona, el desdén por un afecto augusto que usted no comprendió. Usted fué su ensueño, su soliloquio. Usted fué su savia, su día, su noche. ¿ Y sabe por qué? Este hombre creyó que las desgracias la habían transformado á usted en un divino ángel de caridad. ¿Oye lo que le digo? ¡En un divino ángel de caridad! Pero no fué así; al contrario, las desgracias hicieron el silencio en su alma. ¡Una estepa desolada es usted! ¡Porque no la amaron, ya á nadie ama sobre la tierra! ¡Porque hubo un truhán desgraciado, nadie es bueno sobre la tierra! ¡Madres, novias, niñas, inocencias virginales, Eucaristías, ya no hay nada! ¡No hay nada! ¡No hay nada!

—No ve, pues, doctor—contestó Lidya fríamente, como si ignorase todo eso.—No ve, pues; yo tengo razón, repito. Usted está fuera de la verdad. Ese hombre por usted descrito es tan poeta y tan soñador como usted. Ser así es un error. Cuesta muy caro. Lo mejor es destruir los templos y derribar estos ídolos de barro.

—Estoy convencido, señora; pero era necesario saber que eran de barro. Ahora lo sé. Y que no había nada también.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué dice usted? No lo comprendo.

—Digo que usted no es nada. Ni templo, ni ídolo, ni nada. No quiero perder tiempo amando quimeras. ¿Para qué me enojo y me agito contra ellas? No me gusta abo-

fetear el vacío. El templo y el ídolo son símbolos en una mente. ¡Usted no es eso; usted es una muerta, y yo no derribo cadáveres!

El sarcasmo fué bárbaro; pero Lidya no se conmovió. Con el índice en los labios, le imponía silencio.

—Allá viene Perdida, doctor. Los dos nos olvidamos de ella—le dijo.—Usted es más culpable. ¿Por qué se olvida de su chiquita? Sea piadoso. Ame al prójimo. ¿Y para qué vive, señor? ¿O pretende que esa muerta haga la caridad? Vamos. Yo soy una insensible. Mis manos están yertas... Tóquelas. No tema, tóquelas...

Lidya había extendido las manos hacia el médico. Este bajó las suyas.

—Ya veo. Usted tiene miedo de la podredumbre—añadió Lidya con una risa sardónica.—Los gusanos lo espeluznan. ¿Acaso no sabe usted, como médico, que los muertos se gangrenan? Siento mucho hablar con estas formas inusitadas para mí. Usted tiene la culpa. Me ha ha enseñado eso. Ya se lo he dicho: Perdida es mi mejor mueble. La cuidaré como tal; pero nada más. Convénzase. Los muertos no aman. No son benéficos. No besan. Pero usted vive y es igual á todos. Se olvida de los enfermos misérrimos, para acordarse de sí mismo. Sus palabras son inútiles. Los muertos no oyen, ni se ofenden por la diatriba.

Mientras tanto, Perdida avanza en la penumbra, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos abiertos, sin vida, cayendo su cabellera rubia, como un sol de oro sobre sus espaldas. Duerme. Su andar de sonámbula es vago é incierto. En el rostro una quietud seráfica, en toda su

persona una paz serena, en la penumbra un profundo silencio, como de reverencia. Gastón y Lidya le abren paso. ¿No habría oído la ciega el sacrílego diálogo? ¿Por qué la pasión y el rencor usan la torpe blasfemia? Sintieron un escalofrío de horror. La virgen enferma se arrodilló entre los dos con las palmas hacia el cielo. Empezó á rezar.

—¡Padre nuestro! Perdona tú á los que la ofendieron. ¡Amala tú, porque no fué amada sobre la tierra.

—¡Habla de usted!—gritó Gastón aferrando la muñeca de Lidya.—¡Habla de usted! Ahora creerá, pues, siquiera en la gratitud humana. ¿No oye? ¡Está rezando por usted!

—¡El otro—exclamó Lidya, sin conmoverse—traía rameras á su casa y me abofeteaba, y usted me fractura la muñeca! ¡Usted es igual á todos!

—Abríguela le digo—contestó el médico con los ojos extraviados.—¡Eso ya no es mueble! Perdida es una pena generosa. ¡Que no tenga frío siquiera! Y á pesar de todo hay una diferencia. El otro fué un inferior siempre. Ahora yo voy á ser un muerto, como usted, ¿entiende? ¡Voy á ser su igual!...

Gastón estaba loco. Se precipitó escaleras abajo, mientras la ciega seguía con los labios trémulos en una farfulla casi ininteligible. Se le oyó decir:

—¡Desgraciados los que no perdonan! ¡No serán amados sobre la tierra!

A la ciega la acostaron de nuevo y Lidya con la cabeza agachada siguió paso á paso á su dormitorio. Un busto del hermano blanqueaba sobre el pedestal. Lidya

miró al mártir, cayendo de rodillas y lloró con un sollozo interminable en medio de la noche profunda, en la inmovilidad pavorosa de aquel claustro tan desolado.

* * *

Gastón arroja su alma á rodar por las calles nocturnas. Lo empuja la demencia, azotándolo de acera en acera, en una inquietud infinita. ¿Y cómo no, pues? La sirena se ha convertido en culebra. De toda aquella fascinación, de la voz acariciadora, del celeste microcosmos no queda sino un canto al odio y el grito acre del escepticismo impenitente. El marcha sobre las ruinas. Su entera vida está destrozada. Tropieza en la maleza; los abrojos del sendero le hieren las carnes; la noche sin azul, sin estrellas es una fúnebre gualdrapa sobre la frente sombría del noctámbulo, sobre el inmenso féretro de la ciudad dormida. Oye entonces el crujir estentóreo de un mundo que se va á romper. Arde su cabeza. ¡À la vorágine todo! ¡A la vorágine sus libros, el ímpetu juvenil y la conciencia de una virilidad útil! ¡El misionero, el apóstol, murieron con la obra piadosa y con él los anhelos de gloria, sus recuerdos, el amor elocuente, taciturno! ¡Y la madre también á la vorágine con sus besos y sus ternuras! ¡Qué sacrílego! Sigue caminando por las calles iluminadas, bajo los faroles eléctricos, envuelto de repente en vivísimos fulgores. Pasan muchos cafés. La colmena estrépita. Deben estar locos. ¿Qué resuel-

ven? Juegan. Pierden y el corazón se les llena de ponzoña. Beben. El alcohol quema la sangre y petrifica los órganos. Luego á la media noche se arrastran á las casas, se apoderan babosos de las mujeres asustadas. ¿Y los hijos? Nacen dementes ó tuberculosos. ¿Qué problema resuelven? ¡Adelante! ¡Adelante! Más esplendor todavía. Eso hiere la retina. Una muchedumbre enorme entra y sale. ¡Los teatros! ¡Los teatros! Mujeres escotadas en los palcos, brillos de pedrerías, un hemiciclo de platea, un escenario abierto para hablar sandeces y aconsejar delitos. ¿Qué enseñan? ¡Glorifican el adulterio! ¿Para qué la escena? ¿Y no tienen eso en los palcos, en las plateas? ¡Vamos! ¡Más sincera es la hetaira que pasa! ¡Cuántas pasan! Se ofrecen, se venden, con el rostro y el cabello pintados, el andar lascivo, mientras las sedas barren la vereda y la mirada procaz lúbrica barre á la virtud. ¡Adelante! El hospital las tendrá más tarde. El osario las espera; se confundirá allí todo: rasos, encajes, venales cuerpos contaminados. ¿Qué les quedará, pues, en el pudridero? ¿Qué besarán allí en ese lugar de infortunio, en el silencio con que los vermes trabajan la obra redentora, devolviendo los átomos á la santa naturaleza? Veo las calaveras sin ojos, las mandíbulas sin carnes, los cráneos desnudos pulverizarse en la refriega homérica, todos juntos, todos iguales, hundidos en el pantano, hirviendo apurados en el esfacelo. ¡Pasen! ¡Levanten con la izquierda el refajo sérico, para que se dibujen las formas! ¡Sonrían, besen, susciten por las calles todas las afrodisias de la carne demente! ¿Y después? ¿Qué besarán ustedes allí en ese

lugar de infortunio, en el silencio con que los vermes trabajan la obra redentora? ¿Y estos otros? Un montón de satisfechos. ¡Cuántos son estos honrados comerciantes! Acechan desde los mostradores; se asoman á las puertas de los negocios. ¡Oh, beneméritos Shylocks! ¡Qué luengas barbas! ¡Qué garras agudas! ¿Cuántos trozos de carne cristiana habéis cortado? ¡Todo se vende en vuestras casas, templos maravillosos de Mercurio, menos el honor! ¡Nunca lo tuvieron, pues! ¡Adelante! ¡Salgamos de la luz! Caminemos por el cajón de las calles estrechas. ¡Cómo se agita la colmena en la obscuridad! ¿A qué jabardean tanto? No podrán ser felices, porque la carcoma sigue su desgaste devorador, limando la vida en la sombra del tórax. Tramen contra lo ajeno si quieren, no respeten la fama del vecino, sean idólatras de los siete pecados capitales. Con eso no detendrán el taladro que les corroe las vísceras. Prepárense. Allá lejos el cementerio con su fauce roja, ávida, deletérea, eleva sus cruces y las criptas cinerarias. ¡Cuidado con el humus tripudiante debajo de los céspedes verdes! Es sarcófago. Mineraliza corazones. ¿Donde están las pasiones humanas? ¿Dónde el rencor, la calumnia, la envidia torva, la avaricia sórdida y las lujurias monstruosas? ¡Ya no hay sino vermes, un trozo de carbonato de cal, una inmóvil masa ennegrecida, hedionda por la gangrena! ¡Cuidado con el humus tripudiante bajo los céspedes verdes! ¡Adelante! Esta alta y gruesa pared circuye un convento. Está sucia. Los años la desmocharon; el verdín la cubre á trechos. Algunos arbustos amarillentos han crecido entre ladrillo y ladrillo. ¿A

ver? ¿Qué pasa? La melodía de un órgano, un salmodiar lejano, voces femeninas y monótonas. Han resuelto encerrarse allí muchas niñas para rezar y amar á Dios. Para eso se entristecen, se marchitan y se vuelven infecundas. ¡Qué sofismas! ¡Qué degeneraciones! Dios es el padre de la vida, según el concepto cristiano y la fuerza que mueve los mundos, y ellas para amarlo se suicidan en el claustro. Idolatran la inercia. Son plantas sin aroma. Son pálidas negaciones, supinas ausencias. ¿Y el amor? ¿Y la piedad filial? ¿Y la maternidad? Perdieron en los cerebros estrechos la noción de la hermosura y de la verdad. Miran el techo de las celdas; suponen que es igual al cielo. ¡Adiós, inercias agostadas, ánforas para atavismos enfermos! ¡Cómo van á arder el día del juicio final y qué cuenta va á pediros la sabiduría infinita! ¿Qué han hecho ustedes del sol? ¿En que transformaron la vida? ¡Atrás, réprobos! ¡A la casa de Dios no llega sino la virtud! ¡Ustedes no, porque pervirtieron el destino humano! Sigamos. Aprisa. Más aprisa. Al lado de Gastón huyen puertas, ventanas cerradas, casuchas de techo bajo, palacios, más palacios, iluminados por un tranvía á la carrera, faroles de coches multicolores, moviéndose aquí y allá, rostros en la luz, rostros en el claroscuro de la calle ansiosa, agitada. Enfrente una enorme y gigantesca mole de piedra: un banco; más allá otro y otro, cerrados, silenciosos, llenos de siniestros misterios. ¡Cuánto dinero robado! ¡Cuánto del vicio y de la deshonra! Y los trabajadores llevan allí sus ahorros. ¡Qué tontos! ¡Eso es para los cínicos! ¡Eso es para tahures y ladrones! Muchas familias se

arruinaron. El frío, la tristeza mató á los hijos en plena adolescencia y la ergástula no abrió ni abrirá sus puertas para los delincuentes! Más aprisa. La calle se abre. Una plaza aparece con hileras de plátanos; el Cabido á la derecha; á la izquierda la Catedral, globos eléctricos, arboledas por todas las sendas y las luces polícromas de los tranvías moviéndose lentamente por las cuatro calles. En el fondo, el río detrás del mausoleo del gobierno. En un tiempo todo eso era gloria. Por allí pasaban los héroes. En el Cabildo, ágora y areópago, un mundo libre fué arrancado de cuajo de la tiniebla, sierva, tiránica, y con su luz irradiante se fecundaron muchas naciones. Hoy suben, bajan, entran, salen, van, vienen, se mezclan, se confunden, peroran y discuten la chicana, el pleito, la cábala, la injusticia, la mentira, la calumnia, el delito. ¡Cien años después el santuario fué profanado! La piqueta hizo volar la torre. Lo eviraron. Y donde antaño no se hablaba sino de honor, de patria, en el inmaculado altar, se revuelve y se comenta la inmundicia humana. Y Dios castigará á este pueblo, porque no respeta los dioses tutelares. ¡Adelante! Con violenta furia apura Gastón su marcha. Entra en la avenida. La luminaria lo deslumbra. La calle fulgura, los negocios brillan en los chorros de luz. Pasa entre coches y automóviles, entre berridos ensordecedores, entre un largo rumor de diálogos y gritos, tropezando con una multitud casi tumultosa, hendiendo con violencia las bocacalles obstruídas. Todos éstos, pensaba Gastón, consiguen que haya sol en las calles con noche cerrada; pero ¿quién es capaz de aclarar la noche de sus mentes? Yo

les veo á unos la tristeza de las tumbas, á otros la beodez de la orgía. Los más son pobres idiotas. No saben adónde van. Ignoran de dónde vinieron. Viven porque hay pan y aire. El trabajo los asemeja á las bestias.

En el ocio la virtud de ellos es ser sensuales. Se inclinan á mirar los senos turgentes de las mujeres ó á beber cerveza en las copas desbordantes. En el fondo se alza el Congreso, enorme como una acrópolis. Gastón se acerca al bloque de piedra, y levanta el puño amenazador. «Este titán, exclama, sirve para albergar pigmeos. Aquí se sientan á hablar de virtud los que de ella carecen. Oraciones, deprecaciones, gestos catonianos, arengas, progresos, derechos de gentes, sofismas de casuístas bizantinos, sonoras réplicas de pseudohombres de Estado y en la entraña avaricias personales y falacias, más falacias, siempre falacias».

Huye Gastón á paso rápido, como inconsciente, sin rumbo, por calles y más calles. Se encuentra de nuevo en la penumbra. Faroles de gas amarillento alumbran apenas la calzada estrecha. A un lado y otro sótanos mal olientes, sucios figones, zaguanes tenebrosos, revoques descorchados y húmedos, un rebaño de rapazuelos, clamoreando y corriendo entre pálidas mujeres, entre procaces meretrices. Flacos están de no comer, lívidos de no respirar sino hediondos tufos de sentinas, emanaciones de pútridas cloacas entre las roñas de pingajos y basuras seculares.

Los organillos tocan en las esquinas. Ellos bailan los tangos insolentes y lúbricos. Hacen saltar los trapos de la miseria y las mugres inveteradas. Las chicas no espe-

ran la pubertad para deshonrarse, los muchachos conocen temprano todas las lascivias, todos los crímenes. El alma no existe en esas pandillas. Danzan los instintos. En la retahila de tabernas cantan los desarrapados. Los coros se pierden á lo lejos en largas, estrídulas desarmonías como expresión de nostalgias ó de rencor por las encrucijadas sin luz, llenándolas de extraños rumores.

Probablemente esas canciones son cráteres abiertos á las subterráneas tormentas, desahogos de la naturaleza feroz. Por ahí escapa la envidia, el furor, la malignidad, la deshonra. Acaso sean remordimientos. Acaso sean impulsos de exterminio, miedos á la cárcel perpetua ó recuerdos de abominables delitos. ¡Cantan lo negro, lo soez, lo bárbaro! ¡Cantan el mal! Sigamos adelante. He aquí un cuartel y un centinela con el fusil al hombro. La locura de Gastón se hizo delirante. Ustedes inspiran horror, gritaba en la fuga. Inspiran miedo. De aquí salieron todas las tiranías. Los sables tienen manchas secas y rojizas. Huelen á degüello.

Esos manípulos sobre la piel llevan estigmas de vicios inconfesables. ¡Están manchados de lacras; son proñáticos! ¡Ah, monstruos! ¿Cómo van á cuidar los trofeos y las panoplias patricias, si no son caballeros? Aquél robó, el otro violó mujeres, los demás allá fueron sicarios. Reunidos allí se agigantan en su capacidad criminal. ¡Bah! ¿Y estos están para cuidar la bandera, el territorio, la gloria de las armas? ¡Qué sarcasmos! ¡Pobres banderas! ¡Vieron la pólvora, la metralla de cien victorias! Mejor fuera guardarlas en un capitolio. ¡Todos los virtuosos rendirían homenaje; los grandes

muertos harían alrededor las rondas nocturnas en el horror inmortal de los sagrados silencios!...

Huyamos, deliraba el médico en su tétrica demencia. ¡Huyamos lejos de estos sombríos lugares! Aprisa, Gastón. Aprisa, de nuevo bajo los faroles de gas, por los barrios obscuros.

Una iglesia se levanta en el fondo. Están de fiesta. El órgano toca una marcha nupcial. La novia desciende del altar mayor iluminado. Sobre la frente la corona de azahares, detrás la cola del vestido blanquísima y el largo tul, lejos extendidos sobre la alfombra. La novia sonríe y saluda. Está más alegre que el azahar, más festiva que el altar mayor.

¿Quién te lleva del brazo, pobre sacrificada? Prepárate. Ese es un sátiro. Su vida juvenil la pasó en los garitos. Hace un momento de los hombros lo aferró su manceba para incrustarle en la mejilla los labios libidinosos. ¡Ten cuidado! Te entregan un desperdicio. No tiene salud, ni vigor, ni voluntad, ni moral. Y cuando llegues á la alcoba y á rezar te arrodilles, por la calle nocturna pasarán las tribadas que lo contaminaron, y desnudas como bacantes danzando, cantarán el trágico evohé.

—¡Equivocada! No sabes la verdad. ¡Cuando sepas, morirán las primaveras de tu corazón! Tu inocencia se perderá; habrá en tu vida un derrumbamiento doloroso. Las flores regaladas son mentira, el velo nupcial es un crespón. Eso que tú creías un gallardo caballero resulta un corvado bufón, un enano ruin y grotesco. ¡Tú eres Lidya! ¡¡Todas son como Lidya, muertas misérrimas!!

Gastón sigue casi á saltos. Se aleja del centro con paso

veloz. Roza rápido las puertas, las ventanas cerradas y entra en calles más tenebrosas, más solas. Su taconear rápido se oye á lo lejos y la negra silueta cruza debajo de los faroles para desvanecerse en la sombra y desaparecer. Algún tranvía corre á su lado á largos intervalos y hay uno que otro noctámbulo, raro en la vasta penumbra. Esa es una carreta cargada de verduras. Estrepita sobre la tosca piedra. Los bueyes tiran al paso, con el cogote agachado casi al sobrehaz. El boyero blasfema, hunde la picana en los cuartos. En las huertas cantan los gallos en un rumoroso concierto. Ha llegado al suburbio. El aire es más fresco, más puro el cielo y tachonado de estrellas, quietísimo sobre las quintas henchidas de agrestes aromas. La humanidad es como éstos. Camina con la testuz y el hocico á flor de tierra. ¡Esclavos ó abyectos! ¡Pobres bestias de carga, solamente redimidas por la muerte!

¡Allí está! ¡Allí está!

Enfrente surge un edificio. Es su hospital. Penetra en un patio cuadrado. Blancas y gruesas columnas lo limitan. En el centro jardines, á los costados las salas y sobre la galería del frente un reloj iluminado. Más lejos otros patios, galerías, columnas y salas. Es vasto el hospital, como el dolor humano. El reloj da la hora. Son las doce. Se oyen los tañidos lentos, lúgubres. Un practicante camina bajo los corredores con su largo delantal blanco y se dirige hacia el vestíbulo, porque la campana anuncia con algunos repiques la llegada del médico. El capellán pasa llevando un crucifijo, se acerca á un moribun-

do, le pone la Extremaunción. En las medias tintas suenan estertores y gemidos. Gastón entra con él.

—Todos mueren así—piensa el médico,—sin ver á las madres, sin besar á los hijos. La enfermedad los mantiene despiertos, los crucifica el dolor en ese destierro, donde los aisla la humanidad, no por piadosa sino porque molestan con el tufo de los cuerpos enfermos y para no ser contaminada por ellos. No vale la pena vivir para terminar en ese epílogo. Breguen, sufran, sean honestos ó no, sean víctimas ó verdugos, esa es la última etapa de los miserables. Tú eres un muchacho. Tu madre ayudó para que en esta cama te acostaran. Te devora la fiebre. La muerte con sus costillas mondadas y el cráneo huero atisba desde el rincón. ¡Qué muecas feroces! ¡Qué guiñadas! Algunos días más y te extenderán rígido y lívido sobre la mesa del anfiteatro. En la autopsia sañuda, sucia, se sabrá todo, menos una cosa: ¡la odisea de angustias y los sollozos de tu alma sola en la lóbrega casamata! ¿Y tú con el pulmón podrido? ¡Era hermoso beber! Cantabas en las tabernas, evocando las armonías de tus bosques, las ecos de las altas montañas. Allí crecen los castaños y los robles. Lloran allí los viejos, cuando reciben las cartas cariñosas. La morriña te agarró la sangre y tú ibas á la fonda. ¡Es hermoso beber, pobre moribundo de treinta años! Y tú tienes quince. Las lluvias hincharon tus articulaciones. Tu corazón salta en el pecho, como una fiera arponeada. Se cansó de correr. está hinchado. Tu vientre, tus piernas también. Y éste se queja, aquél y el otro. Todos van á morir y Dios sólo es el culpable. Estaban disueltos en los átomos del uni-

verso. ¿Para qué nacieron? Fueron paridos en la pobreza, en un establo desconsolado. Dios lo sabía. ¿Por qué lo permitió? Se arrastraron en el trabajo, heridos por la miseria y el abandono. ¿Por qué lo permitió? ¡Maldigan! ¡Blasfemen! ¡azoten el rostro del culpable! ¡Háganlo huir! ¡Flagelen su dorso! ¿No tienen armas, acaso? ¿Y vuestras podres? Metan la mano en los gusanos edaces, refriéguenle el rostro al fugitivo. ¿No les basta? ¡Arrójenle el limo de las pocilgas, las lorduras de las estibas, las fetideces de la chusma que pulula en el puerto! ¿No les basta? Hay un hueco de basuras aquí cerca. ¡Arranquen el estercolero de cuajo y colóquenlo sobre su persona! ¡El creador es culpable! ¡A El! ¡A El!

Gastón llegó á la sala de mujeres. Había en su rostro una luz de locura salvaje, Los practicantes lo comprendieron y lo seguían callados y temerosos. Pasaba el médico rápidamente de una cama á otra, sin hacer caso de las miradas suplicantes y de las quejas.

—Aquí ¿ven ustedes? no hay más que una síntesis: ¡hambre ó lupanar!—dijo dirigiéndose á los jóvenes.—¿Han entendido? Hambre ó lupanar. ¡Lo mismo es quince años, que doce, que treinta!

Esas dos furias las polucionan, las desgarran entre las mandíbulas y las matan. ¿Hubo un amante perjuro tal vez? ¿Fueron huérfanas ó los padres las arrojaron á la calle para corromperlas? Luego un taller húmedo marchitó á las vagabundas sin pan, sin luz: las salas se llenan de esos residuos y estas pocas viejas concluyen aquí, después de una larga teoría de depravaciones, de

delitos. Y les repito: para las mujeres miserables no hay más que una síntesis; ¡hambre ó lupanar!

Gastón sale del hospital. Corre otra vez por las calles más tenebrosas. A largos trechos un farol empañado arroja sobre el piso su luz mortecina. Reina en las afueras una quietud honda. Duermen todos. Ni carros, ni tranvías. El reloj de una iglesia da las dos de la mañana. Como hay pocas casas, arriba se ve mucho cielo, lleno de astros, de mansedumbre. La luz tenue ilumina el sendero por donde pasa aquel caminador solitario y la augusta serenidad de la noche primaveral no mitiga sus impetuosas desesperaciones. El espacio es un templo. En él se oficia un rito de amor, de pena. En el firmamento, donde las estrellas reposan sin zozobras, en el angélico dormir de la naturaleza entera, hay una paz misericordiosa.

Hasta los plátanos, altos sobre el borde de la acera, desparraman más la cepa opulenta y negra para el descanso profundo. Hay más quintas ahora. Las atraviesa Gastón en el callar de todas las cosas. El horizonte es más amplio, el aire más fresco y puro, las constelaciones más numerosas. Hay cercas de rejas, cercas de moras y de pitas, todo quieto, todo inmóvil y dormido. Solamente los perros ladran ásperos, feroces, y los gallos siguen sus conciertos lejanos.

En ese sueño tranquilo de la noche hay un demoníaco. Es Gastón. Su alma es una tormenta de truenos y centellas. En la peregrinación violenta todo el mundo viejo desapareció. ¡Ya no queda sino un silencio de ruinas, una tiniebla de amontonados escombros!

—Yo estoy como esos. Yo estoy como esos—y Gastón indicaba la cárcel lóbrega.

La tenía enfrente, con sus techos bajos, las ventanas estrechas, recubierta de férreos y gruesos barrotes, circuída por el alto murallón de piedra.

—Yo soy uno de ellos—seguía el médico.—¡Infame sicario! He robado. He cometido todos los delitos; soy un traidor, mi conciencia es horrenda. Por todas partes destilo sangre. ¡Soy el más puerco de los proxenetas! ¡Quiero huír de mi mismo! ¡Huyamos!

Echa á correr sudoroso y anhelante. La cárcel lo persigue. Le flagelan el dorso. La visión funesta lo empuja al través de los callejones casi desiertos. Lo amenazan. Muchos espectros invisibles lo injurian, hasta que al fin da con el cuerpo en una alta pared y la costea largo rato. No se concluye. Gastón sigue, sigue mucho tiempo circunvalándola. Encuentra una brecha y saltando sobre el cascajo, penetra en el cementerio. Hay olor á humos y plantas.—¡Mejor!—gritó.—¡Aquí estoy, blancas coronas votivas, rejas á flor de tierra, losas, epitafios, monumentos, urnas, sepulcros! Ustedes son almas. Tienen corazón. Usan un idioma macabro.

¿Por qué se queja tanto el viento de noche aquí? ¿Por qué brama tanto? ¿Acaso recoge el lloro de ustedes? No. Yo sé por qué lloran. Estos sepultados vivieron siempre en la muerte moral. Ahora ocultan en las fosas odiseas malvadas y delitos. Fueron lujuriosos y ladrones. Mataron. Cultores de todas las degeneraciones bestiales, toda la vida hicieron de vergüenza palidecer al decoro. ¿Ahora saben ustedes por qué brama el viento tan las-

timero en la noche aquí? Son anatemas fulmíneos. ¡Son los castigos divinos flagelando esas barvas ignominiosas! ¡Mejor es que se abatan las cruces! Pueden coronas y rejas ser arrastradas por el vendaval, triturarse las losas y borrarse los epitafios. ¿Por qué no se pulverizan urnas, tumbas y monumentos?

¿A qué están allí conmiserando á los muertos? ¿Para qué mienten? ¿No saben que en la vida carecieron de virtud?

Gastón siguió entre las cruces, entre los túmulos. Dos sepultureros cavaban una fosa. El joven se acercó hasta el borde cerca del montículo de tierra húmeda. Las palas arrojaban más tierra...

—¡Eh! ¿Dónde va? Esto es para los muertos—dijo uno de ellos.

—Para mí. Yo soy un muerto—replicó Gastón.—Se precipitó adentro. Los sepultureros arrojaron las herramientas y huyeron. La fosa era poco profunda. El joven saltó fuera para perseguirlos.

—Conclúyanla, miserables—gritaba detrás de ellos, —conclúyanla, ¿cuánto dinero quieren? ¿Por qué disparan? ¡Prefieren morir borrachos! Yo no. ¡Ahóguenme! ¿Qué les importa? ¿Por qué no me echan una tonelada de tierra sobre el corazón?

Corre. Se apura. Tropieza. Derriba las cruces. Se da contra las rejas y tentalea como un ciego en las encrucijadas estrechas. Parece un ebrio arrebatado por el huracán, mientras detrás del fugitivo vuelan, giran, danzan los fuegos fatuos en una ronda satánica. Choca de repente contra un muro de piedra y se detiene. Se encarama;

se asoma á la sima. Es un socavón gigantesco, sombrío. De allí emana un denso vaho cargado de fetideces horribles. Hay hediondeces de sentina, de viejas gangrenas y de roñas inveteradas. Es aquello la síntesis de muchos estercoleros seculares, una ebullición de líquidos negros, mefíticos, donde se pudren y se disuelven los cadáveres amputados, destrozados, mordidos por legiones de vermes infinitas. ¡Qué famélico apuro! ¡Qué ágape grosero! ¡Qué bárbaras danzas allí en ese negro tembladeral! ¡Qué tripudio canalla, qué holgorios homicidas! En la tiniebla, llena de miedos, brillan las fosforescencias y ondulan de aquí para allá sobre la carnicería. Y sigue allí adentro la ronda de los fuegos fátuos, vuelan, giran en frenético vértigo.

¡El osario! ¡El osario!—rugió Gastón.—¡Yo soy como esos, un miserable! ¡A él! ¡A él!

Y cuando se iba á precipitar en medio del humo hediondo, sobre las puntas y las esquirlas de los huesos mondados que allí nadaban, se sintió circuído y arrojado en tierra por muchos brazos robustos. Entonces perdió la luz de sus ojos y cayó como cuerpo muerto en el seno de la noche.

* * *

Estuvo enfermo con un horrible delirio. Pasó así muchos días, abrasado por la fiebre entre visiones pavorosas queriendo huir á cada rato. Dante lo velaba con una inmensa piedad, porque como nadie conocía esa

crucifixión. Un día llegó Perdida con la bandurria en la izquierda. Quiso ver á su médico. Esa mañana cuando empezó á vestirse le dijo á Lidya:

—El no viene hace días. Está enfermo.

—¿Enfermo? ¿Quién te dijo?—contestó Lidya con ímpetu.—No puede ser.

—¡Entonces se ha muerto!—gritó la ciega.—Yo me voy. Quiero verlo.

Lidya vaciló...

—Usted no me contesta—agregó la ciega.—¿A ver? Sus manos se enfrían. Usted se cae. ¿Luego es cierto? Usted se cae...

Por la cabeza de Lidya pasó como un zumbido de inconsciencia. Tuvo que apoyarse.

—¿Se calla, señora, otra vez usted? Hable. Dígame si es cierto.

Había en estas palabras una desesperación desgarradora.

—Yo voy á ser un cadáver, como usted me dijo el otro día—balbució Lidya, casi sin querer.

—¡Oh! ¿dijo eso?—interrumpió Perdida.—¿Le dijo eso? Entonces usted ha sido mala con él. Ya me pareció. Me voy á buscarlo. Le agradezco mucho lo que ha hecho por mí. ¡Adiós! ¡Adiós! Me voy á buscarlo.

No parece enferma ya. Camina ligero á través de las calles, entre los carruajes, con un derrotero fijo, sin darse vuelta ni titubear ni desviarse. Mas al llegar á la casa del médico, tropieza en el umbral y desmayada se desploma en el zaguán. Las cuerdas de la bandurria

dieron un sonido estridente. Dante la hizo recoger del suelo y en un sofá de la sala acostaron el cuerpo inerte.

La ciega despierta cuando cae la noche. Se pone á escuchar. Mucha gente conversaba quedo á lo lejos. Empieza á caminar hacia ese murmullo, tropezando y tanteando con las dos manos abiertas. Llega al aposento de Gastón; los amigos callados y mustios le abrieron senda. Perdida dió con la mano del enfermo, extendida sobre la colcha de raso.

—No le despiertes—dijo Dante.—Necesita dormir.

Perdida obedece sin contestar. De pie al lado de la cama, con el cabello rubio en desorden sobre el pecho, aparece su rostro infantil y bello como en un marco de oro. En los ojos azules y piadosos hay una serenidad de cielo. Los amigos se retiran callados, mientras se llena el ambiente de penumbras. La ventana está abierta. A lo lejos el puerto se arrodilla bajo el Angelus que cruza las dársenas y los repiques lo anuncian en todos los campanarios en una marcha triunfal. De la huerta se desprende un sahumerio de rosas y de cedrones. Algún pájaro invisible entre las hojas canta los últimos gorjeos y en el firmamento brillan las primeras estrellas. La casa se vuelve obscura. Está triste como el Angelus de las dársenas. En el callar de todos óyese la voz de Gastón. Soñaba. Era un tranquilo delirio.

—Hay que concluir el ensalmo—decía.—¡Qué hermosa eres, pero morirá la primavera de tus ojos y quedarás marchita!

El fuego maldito quemará la tierra para que sobre tu

corazón no crezca ninguna flor. ¡Los gérmenes y la vida no brotan en el incendio! Lidya. ¡Hay que concluir!

El enfermo no habló más. Dormía.

—¿Por qué hizo eso?—susurró Perdida en voz muy baja.—Estoy asustada. ¿Por qué está maldita la señora Lidya?

—Gastón ama. No es correspondido. Es un alma sola sobre la tierra. ¿Comprendes ahora, Perdida?

—Sí: la señora lo desprecia. Entonces él sufre. ¡Pobre mi señor!

—Nunca lo amó. Eso ya dura demasiado. Aunque una piedra hubiese tenido en el pecho, se habría hecho pedazos. ¿Y sabes tú por qué? Si tú tienes que perforar una peña, la perforas. Si un enemigo te cierra el camino, tú peleas con él y lo matas si es necesario. ¿Pero cómo se lucha contra esa pasión? ¿No ves que no es una fuerza? ¿Cómo se puede vencer á esas adoradas memorias, si eso es una ponzoña, cuya embriaguez deseamos tener para acariciarla en todas las horas? Tu morirías si Tano dejara de quererte. ¿Y si nunca te hubiera querido?

—Pobre mi señor—interrumpió Perdida sollozante casi.—Si hubiera muerto; pero estamos nosotros. Yo le traeré flores. Tocaré la bandurria. Cantaré las más lindas canciones.

—Será peor. La música entristece más á los doloridos. ¿No ves que eso le hablará de los dulces quereres y de los inefables idilios? ¿No ves que eso es el lenguaje de las congojas arcanas? ¿No ves que cuando la palabra no alcanza á reproducir la armonía de la mente profunda y las inefables sensaciones del amor doloroso, las notas

son su lenguaje? ¿Para qué quieres cantarle con tu bandurria y con tus canciones su propia historia? ¿No es frotar con vidrios la sangrienta herida? No cicatrizará. Nada, Perdida. Ni bandurria, ni flores, ni cantos. Una esperanza tengo. Ella es mujer al fin, aunque la vida la haya hecho perversa.

—No, Dante. Perversa no—interrumpió Perdida bruscamente.—La otra noche lloró mucho. No acababa de llorar.

—Eh, Dante, ¿quién habla ahí? ¿Quién está?—preguntó Gastón abriendo los ojos.

—Perdida, mi señor.

—¿Tú estabas enferma? ¿Dónde estabas tú?—agregó el médico, como si despertara de un sueño. La miraba con asombro.

—Con la señora Lidya. Las dos lo esperamos muchos días.

—¡Ella, siempre ella en mi camino!—dijo con tristeza.—Dante, ven acá.

El poeta se acercó.

—Tú lo has dicho, Dante. Las mujeres sin alma son flores marchitas. ¡Ay del que pretenda embriagarse con sus aromas! Será condenado á un eterno calvario. Y tú, viejo poeta, viejo filósofo, tú debes buscar á todos los condenados para decirles: ¡No amen más! ¡No acaricien las divinas formas! Esas corolas nada perfuman. Peregrinos que lleváis la cruz, es preciso no morir. ¡Ninguna, fuera más bella que una diosa griega, tan pura como el sol; santa y honesta como los dioses tutelares, ninguna merece ese melancólico holocausto! Ninguna. Oye, mi

viejo Dante. ¡Qué contaminados están esos mármoles de Grecia! ¡Qué manchadas las sobrehumanas hermosuras! Escúchame. Nosotros mitigamos el sufrir de los demás. No hay sueño. No hay descanso. La adolescencia fué para el libro solitario, la virilidad para el apostolado sombrío. Y cuando le pedimos á la naturaleza nuestra parte de alegría se nos contesta: ¡Atrás! Antes que usted está ese noctámbulo calavera. La virgen es para él. Está acostumbrado á acariciar tríbadas. ¿Qué importa? Es un cultor del sadismo refinado. ¿Qué importa? ¡Sigue estudiando, miserable pordiosero! Ese Lovelace insomne, lúbrico enlodará tus idolatrías. ¿Y ellas? Serás su ludibrio tú, el hastío que se rechaza, el cuzco sarnoso que se aparta con el pie. Puedes ser heroico. Sigue siendo un caritativo. Esas almas podridas te dirán lo mismo: ¡Atrás, atrás! ¡Estudia, estudia, miserable pordiosero!

—Hay mucha angustia en sus frases, doctor—contestó Dante, con voz grave y solemne;—pero se olvida una cosa. Cuando llega la media noche y ellas se acuestan á descansar, ¿quién sabe si reposa la conciencia en el armonioso sosiego del universo? ¿No habrá alguna lira sollozante en esas almas solas? ¿Cuántos ojos de mujer no lloraron arrepentidos en el nocturno sosiego de las cosas?

—Sí, sí—interrumpió Perdida, batiendo palmas de alegría.—Así es, señor. La señora lloró arrepentida. Y no acababa nunca.

—Eso es mentira, Dante—exclamó el médico con los ojos extraviados y aferrándole una mano con violencia. —Es áspera y seca como un desierto. Es una fría esfinge.

Esa criatura está equivocada. Hasta con ella ha sido cruel y malvada. Está enferma. Escupe sangre; ella la arroja de su casa.

—Yo quise venir—balbució Perdida.

—Estás equivocada, te repito. Es un desierto eso—replicó el médico con voz irritada.

—En los desiertos hay oasis, Gastón—agregó el viejo con tristeza.—Hay sombras de palmeras, hay vertientes que brotan de la tierra fértil. Las frutas y las flores todo lo perfuman bajo el cielo. Y en las almas exacerbadas por largos, sordos enconos retoña de repente el oasis. Necesitan amar, ser amadas.

—Y para eso, Dante, usan el lenguaje del odio, del escarnio. ¡Para eso desgarran el espíritu de los otros!

—En las penas muy hondas la elegía parece diatriba, y usted es un ejemplo, Gastón. Su dolor tiene notas estridentes.

—No respeta nada—atropelló en seguida el médico. —Todo lo profana. Hasta la virtud y los ancianos son ultrajados. Eso no tiene remedio. Es una impenitente. ¡No es mujer! ¡Furia desgraciada! Sueñen adolescentes con esos cálices llenos de bálsamos, para retirar la mano herida en los abrojos que los rodean.

Las palabras del médico se hacían cada vez más lentas. El sueño blando, amable llegaba con sus dulzuras y sus beatas ausencias.

—Huyan—dijo después de mucho rato,—y perdonen... á esas ermitañas, sin Dios, sin afectos...

Pareció callar de nuevo. Dante se acercó más. El enfermo murmuraba:

—¡Y sin bondad!... No es nada ella. ¡No es nada!

Se durmió, mientras la ciega le besaba la mano sollozando. Dante la acompañó hasta un dormitorio. La hizo acostar.

—¿Por qué viniste tú, Perdida?—le preguntó.

—A verlo antes de morir. Yo estoy muy triste.

—Es preciso cuidarse. Duerme tú también como él. Fíjate lo que hiciste. Lidya lloró y tú la dejaste sola.

La ciega se incorporó.

—¿Qué mal he hecho?—dijo.—¿Quiere que vaya, Dante?

—Yo iré por ti.

—Llévele muchas rosas de mi parte. Pídale perdón por mí y venga pronto. No lo deje solo y enfermo á mi señor. ¡Habló tan áspero! Parece enojado conmigo. No lo deje solo. ¡Debe ser cierto ese dolor más grande que todos los dolores! Y yo quisiera...

La ciega titubeó. Estaba muy melancólica...

—Habla. ¿Qué quieres?—preguntó Dante.—Todo lo que quieras haré por ti.

—Ver al Tano. Yo me siento morir. Es muy triste saberlo. Quiero verlo antes. Le voy á decir que me visite después en el cementerio y me traiga violetas.

—¡Vamos, vamos!—replicó el Dante.—Esas son conversaciones. Es el cariño por Gastón que te hace hablar así. Los niños deben vivir. Dios lo quiere. Hacen falta para rezar. Son las únicas plegarias puras é inocentes. Tienen en el corazón las alegrías del cielo. En ninguna otra edad existen. Y para que haya cielo en este mundo, deben seguir viviendo. Dios lo quiere.

Ahora duerme para sanarte. Así podrás visitar al Tano. Yo te llevaré.

La ciega cerró los ojos cansados. Un rato después dormía al lado del Dante. Este se inclinó antes de sentarse para besarla en la frente...

* * *

Gastón empieza á mejorar. Duerme largos sueños. Se levanta, pasea por la huerta bajo los duraznos. Su amor por la naturaleza renace. Vive en el sol, con las flores del jardín, contemplando las grandes calmas del río lejano, alegre, con las cosas azules del firmamento sereno. Su alma está más tranquila. Desaparecieron las pesadillas y las fantasmagorías macabras. Aquello fué un ciclón. Barrió los negros nubarrones de la atmósfera tormentosa. Lidya sigue en su mente; pero menos diosa, menos crucifixión. En el cataclismo de esas horrible noche, ese vagabundo fantasma de la ciudad dormida, arrojó muchos fragmentos de su pasión. Es como un astro incendiado en su propio fuego. Ya no queda sino una pavesa gigantesca, próxima á extinguirse. Vuelve á ser médico. Ama sus libros y pasa largas horas leyendo. Los pobres lo visitan de nuevo. Es una romería de enfermos. Va á su hospital. Al lado de la cama de Perdida hace esfuerzos sobrehumanos para salvarla. Se encanta con la infantil ingenuidad de la ciega, sorprendido á veces por las profundas intuiciones de

aquella gran mente de artista. ¡Cuántas veces le habla de Lidyá ella y le cuenta la piedad de ese conturbado espíritu! Gastón escucha y ya no contesta con palabras acres. Las dulzuras de Perdida lo embargan, lo conquistan. Una conmiseración infinita siente por la cenobita, desea flores para ese desierto y para esa soledad armonías. ¿Qué hará la divina ermitaña en esa tebaida tan solitaria? ¿Qué harán los ojos negros tan humanamente femeninos, tan fervorosos y dominadores? ¿Dónde estará el mármol de nívea hermosura, la animada estatua del divino mármol? ¡Oh egregia! ¡Oh adorada eucaristía! ¡Oh tranquilo cariño de una entera vida!

Esa tarde Gastón abre la ventana. Se pone el sol. En occidente el cielo es una brasa y sobre el puerto, enfrente, se difunde una luz rosada en las aguas turbias y en los cascos de los barcos. En el horizonte todos los colores del iris. Algunos cirrus navegan por el éter diáfano, dorados á fuego. Abajo el violeta de la noche, aquí, allá, más allá los ópalos desvanecidos del transmonto. De cuando en cuando resuena lúgubre, quejumbrosa una sirena, y viene un vapor entrando lentamente. Silban los remolcadores, mientras algunos botes á remos surcan los canales. Hay mucha quietud. El trabajo ha concluído; los obreros se retiran á sus casas. Parecen enormes manchas de carbón, con trazos blancos y caprichosos en el rostro. Sube el olor del puerto; una hendiodez de pantano en putrefacción, dejos de alquitranes y vahos ponzoñosos de estibas. La chusma hiede. En los barcos aparecen muchas luces, en las dársenas fulguran los globos eléctricos. De las tabernas salen

roncas canciones marineras, mientras la noche se viene al galope y oculta las formas. La multitud casi indistinguible empieza á moverse lejos en las penumbras. Desde la ventana parecen espectros. La ciudad manda hacia las aguas todos los fragores, una confusa, ensordecedora sinfonía de obreros en retirada, el jadear más hondo de las cansadas fuerzas, un zumbar de almas en batalladoras colmenas, en marcha hacia el reposo nocturno, hacia la religión del descanso y el Avemaría en todas partes, los odios de la tierra perdonados, confortada la virtud difícil, confortados los caídos, los mendigos y los sufrientes. Gastón piensa todo esto y contempla el inextricable dédalo de entenas, gavias, de vergas y de obenques. Sueña. Se va lejos de su país. Desaparecen las casas, las torres y la ribera. Huye de su pesadumbre. Ya no hay costas. ¡Mar y cielo, dos inmensidades!

Mares azules, mares glaucos y grises y arriba la infinita curva, con auroras de oro, y deslumdradores ocasos en el horizonte vespertino. Luego la noche tenebrosa, las estrellas luminosas plateando las aguas inquietas y el vapor hendiendo la sombra á saltos con su mole obscura, como un cetáceo enorme, sacudido en susultos por la hélice vertiginosa y rítmica. ¡El olvidaría todo! De su profesión jamás se desvió; pero el dolor lo haría poeta. Iba á ser el cantor de las aguas con sus terribles leyendas. ¡Qué odiseas! ¡Qué idilios bajo el cielo cuajado de astros, sobre el mar quieto de los trópicos en el silencio de la media noche marina! ¡Qué borrascas! ¡Qué ira de Dios en la grupa de las amenazadoras ondas! ¡Qué naufragios escribiría ese náufrago! ¡En seguida la pere-

grinación á través de valles y montañas, á través de las ciudades, entre los recuerdos de tanto siglo muerto, entre las vetustas arquitecturas ennegrecidas y elocuentes! Eso y las estatuas, los bronces, los cuadros modelarían su alma nueva. No quería ya ser médico. Quería olvidar su pasado. ¿Y si á pesar de todo no pudiera? ¿Si el alma vieja se quedara con él en el largo viaje? ¿Si las nostalgias de la tierra lo acosaran con las hondas ternuras y las pesadumbres hondas? Adiós á los panoramas adorados, al río de la niñez, con sus toscas y con sus sauces, al peligro de las nataciones largas, á la ciudad hermosa, á la cripta de mármol de la madre muerta! ¿Olvidará su amor desventurado? ¿Olvidará el poema de su honesta adolescencia y su virilidad de médico tan útil, tan útil, tan heroica? ¿Y si esas lágrimas de su tierra tan llenas de religión, de reverencias lo acosan en el largo viaje? Aunque así fuera, lo mejor era desaparecer. Estaba solo. No tenía misión. Era una inercia.

Al llegar á este punto, el médico se estremeció. Perdida tocaba la bandurria en su dormitorio, y empezó á cantar. Era un idilio de amor, de misterio. La voz melodiosa salía por la ventana abierta como un saludo de esperanza y de triunfo. Eso lo volvió en sí. No está solo. La ciega de las dársenas canta en ese momento para hacerle recordar que es amado. Tano espera en la cárcel su redención. Dante, el viejo filósofo, necesita pan para sus miembros desfallecidos, una almohada para descansar su leonina cabeza, y en su sala de hospital un facineroso agoniza: ¡Rebel! ¿Y ella? ¿Estará llorando de veras la divina ermitaña? ¿No estará frente al puerto

contemplando como el universo nocturno reza, como en ese momento rezan los astros, por los mártires del amor despreciado y por las crueles vigilias de los desesperados, de los vagabundos? ¡Tú eres la amada mía, la novia mía! ¿Qué hace ahora la divina ermitaña? ¡Oh, pesadumbre! ¡Lidya, tú eres la amada mía, la novia mía! ¿Y yo no soy un anacoreta? ¡Mi soledad es mentira! Todas esas criaturas son mis hijos. Ellos viven de mis savias, como las ramas necesitan las suyas de los troncos añosos. ¡Sigue cantando tu idilio marino, pobre trovadora de las dársenas! ¡Endulza el encono con tus sonrisas, ilumina desde tu eterna noche el alma de Lidya la escéptica! Para eso sirven tus melodías. ¡Hacen creer en la vida! ¡A ella debes cantar tu idilio marino, pobre trovadora de las dársenas! ¡Así, ciega como eres, tal vez presientas milagros! Dime, deliciosa chiquita, ¿eres tú acaso una redentora? ¿Por qué dices tantas veces que la existencia es hermosa? ¿Acaso piensas en la resurrección de tus muertos, en el retoñar posible de los amores marchitos? ¡Todo eso dice la bandurria en sus argentinos tañidos, y tus cantos dicen todo eso en la melodiosa poesía, cuajada de sol, de esperanzas!

* * *

Perdida concluía su canción, cuando Gastón llegó. Estaba sola. ¿Y el Dante por qué no la acompañaba esa noche? Con los párpados abiertos y las pupilas fijas, la

ciega contemplaba alguna triste visión. Empezó á delirar. Recordó el Tano, y llamándolo le conversaba del alegre pasado, del presente sombrío: él en una cueva negra y sola; ella pidiendo limosna por las ventas sucias de las dársenas.

—Vamos, Perdida—exclamó el médico.—No tienes razón. Estás en mi casa... al lado mío.

—He perdido la cabeza, señor. Recién lo veo. ¿Es cierto que Rebel no ha muerto? Dante me dijo.

—Es cierto. ¿Y dónde anda el poeta?

—Con la señora Lidya. Yo le mandé un gran ramo de rosas. ¡Qué contenta estoy! Cuando yo me case con Tano, usted no quedará solo. Yo veo allá lejos, señor... Mire. Una iglesia y mucha luz. El órgano toca una música celeste. ¿No ve el humo del incienso? ¿No ve como bajan los ángeles en hileras? ¡Qué curiosos! Por el centro de las naves va usted también, señor.

—¿Qué sueñas, Perdida? ¿Yo?—preguntó con fuerte emoción asiéndola de una mano.

—Sí, usted. Y del brazo de una señora. ¿Oye la marcha nupcial? ¡Qué linda es ella! Viste un traje de terciopelo negro. Su cara es perfecta. Parece un mármol de Grecia, como dice Dante. ¿Y sabe usted lo que dicen todos? Yo los oigo. Acérquese, señor.

Un escalofrío corrió en ese momento por toda la casa. Gastón obedeció.

—Dicen: él la amó porque ella sufrió tanto y ella por caballero, por la fe en la virtud y en la vida que le hizo recuperar.

—No sigas más, Perdida—interrumpió Gastón.—No

sigas más. Porque lastimas á un hombre herido. ¿No ves que hablas de dos muertos? Hazme el favor: no delires. Cálmate. Duerme, mi pobre chiquita. Tú puedes rezar. Tú puedes amar. Bendita será tal vez la bondad de tu alma; pero ¿por qué le haces creer á los muertos que pueden resucitar? La vida es hermosa. Tú lo has cantado. ¿Para qué la prometes á los que la perdieron, si eso no puede ser, si ya no se puede recuperar? ¡Vamos, Perdida, no hables más! ¡Adiós!

—No me deje sola, señor. Tengo miedo. Pero, entonces, ¿usted no sabe lo sucedido? Dante me contó. Lo demás lo adivino. Escuche. Había dejado secar las flores de su jardín. El piano quedó cerrado para siempre.

Ningún rayo de sol penetró nunca más en su casa. ¡Nunca más! ¡El vestido de novia lo llenó de cintas de terciopelo negro y lo cubrió con un crespón! No se le oía jamás hablar con nadie. Decían que la sordomuda conversaba con los duendes de la casa triste. Dos hermanas de caridad le dijeron un día: A ese desgraciado lo cuidó el señor Gastón. La vieron á ella por su consejo. «¡Véanla á Lidya! ¡Es una santa criatura!» Ella supo que usted no lo abandonó nunca. Cuando la señora llegó, usted se había retirado aparte para dejarla hablar con su marido. A mí misma me dijo usted: ¡es una gran alma desventurada!

—Es cierto eso—contestó el médico.—Yo lo he dicho. ¡Y en recompensa ahí está la sorna, el sarcasmo, el odio y el desprecio!

—Sí; pero cuando usted se fué, lloró como Magdalena, y Dante sabe esto. La señora ha dejado entrar el sol.

Riega las flores. Ama sus huérfanos. A mí me trató como á una madre...

—Estás delirando, te digo, Perdida. Esa mujer ya no ama. Su corazón está frío. Contigo misma ha sido cruel. Te dejó salir enferma y sola. ¿Por qué no se opuso?

—Yo tuve la culpa. La perversa he sido yo. La reñí porque fué mala con usted. Estoy arrepentida porque aunque lo hubiera ofendido á usted, yo me acuerdo ahora que, con Tano, para ser felices, nos perdonábamos siempre las ofensas. Y á ella le voy á decir lo mismo...

Gastón se entristeció. Los parias y los miserables eran superiores á ellos. Para ser felices se perdonaban las ofensas, mientras ellos vivían taciturnos entre los malos consejos del orgullo herido. Eran tenaces y malvados. Cuando la ciega concluyó de hablar y la tos quintosa atropelló su garganta, el médico le impuso silencio. Eran las nueve; tocaban ánimas. Con la mano el médico saludó á la ciega, antes de retirarse para su escritorio. Allí abrió un cajón y sacó el retrato de Lidya. Y después de besarlo con frenesí, lo volvió á guardar como si hubiera cometido un delito. Mientras esto hacía llega la ciega también y se para en el vano, sobre el umbral de la puerta. Pone el índice sobre los labios y exclama:

—¡Silencio, mi señor! ¡Es preciso amar y recordar! Con Tano éramos felices. ¡Nos perdonábamos las ofensas! ¡También es preciso perdonar!

Luego se tambalea. El médico la recoge en sus brazos desmayada. No pesa nada. En su cama la acuesta de

nuevo, mientras la noche tachona el cielo de estrellas. Un suave esplendor entra por la ventana. La luna enorme asciende entre los mástiles y las jarcias desde el fondo del río dormido, ilumina con su faja de plata las dársenas, y las cuerdas de la bandurria abandonada sobre la cama, brillan como si fueran de oro...

* * *

En eso aparece el Dante. En su semblante ninguna alegría, mucha amargura en sus ojos... ¡Gastón le estrechó la mano y comprendió!

—Todo se ha concluído ¿no es cierto?—dijo.

—Sí, Gastón, todo se ha concluído.

—Luego á Perdida no le dijiste la verdad.

—Interpreté mal. Creí en una resurrección. Me equivoqué.

—Dante, nos queda ella.

El médico indicó el dormitorio de la ciega.

—Y es bueno que todos sepan—agregó—que somos hombres sin sensiblerías y sin delicuescencias.

La voz era resuelta. Su ademán enérgico.

Algo bravío conmovió toda su persona.

—¡Así sea!—contestó el viejo. Se sentó. ¡Iba á pasar la noche velando el sueño de Perdida!

* * *

Al entrar el viejo Dante esa tarde en el palacio de Lidya la encuentra en el vestíbulo, esperándolo. Está muy pálida. Los grandes ojos negros miran con infinita dulzura. No eran así antes, cuando miraban sin fe, sin esperanzas, cuando chispeaban por los rencores arcanos. Dante queda en la penumbra con la cabeza inclinada por reverencia. Honra á la estatua; su mente se arrodilla ante ese arquetipo de belleza. Recuerda también los años juveniles. Amó. Fué desdeñado. Vivió como Gastón, mártir y moribundo en su vida errante, prófuga. Como los poetas de Israel cantó sus pesadumbres en tierra extraña y la celestial gracia, la donosura sin par de esa mujer, conocieron cuantos escuchaban sus versos. Después de tantos años, guarda en su pecho ese recuerdo, como en cripta de oro, como una santa reliquia. ¡Así sobre la coraza guardaban el cendal regalado los cruzados de antaño!

Recuerda también su caída moral, arrastrando consigo á su ídolo de oro. La vilipendiaba. Quería la cárcel para ella. En sus delirios de alcoholista veía un cadalso cubierto de negros paludamentos. Luego un verdugo, un hacha, un zumbido de arriba abajo y la cabeza de la novia azulada, rodando en un torrente de sangre. Después encontró á Perdida. Lo redimió ella. ¡Pudo entonces amar de nuevo esa distinguida memoria! Esto pensó en un minuto... La vida entera tan densa, pasaba por su mente en rápidos capítulos, cuando Lidya le indicaba un

sillón de terciopelo para que se sentara. El viejo obedeció.

—Hace tiempo que no lo veo, Dante. De los desgraciados todos se olvidan. El dolor ajeno incomoda—dijo Lidya.

—No á todos. Perdida se acuerda mucho de usted. Le manda este ramo de rosas.

Dante entregó el ramo. Ella lo colocó sobre un pedestal, al lado de una Ruth de mármol.

—Estará arrepentida. Abandonó mi casa sin razón,—contestó Lidya.

—Los buenos, Lidya, se arrepienten siempre del mal hecho sin conciencia. Perdida quería venir. Gastón se lo impidió.

—¡Ah! ¿Gastón? Luego no es generoso ese hombre—replicó Lidya bruscamente.

—Sí es. Perdida está muy enferma. Y ese hombre es más que eso. Es un noble caballero. No espera el arrepentimiento ajeno para perdonar. Perdida no tiene fuerzas. Vengo á pedirle, Lidya, que usted vaya á verla.

—Yo nunca. Nunca. No iré—contestó fieramente.

Dante se puso de pie para salir.

—¿Se va usted?—le preguntó más calmada.—¿Se ha ofendido?

—No, Lydia; pero quiero que sepa esto. Yo necesito decirle toda la verdad. A eso he venido. Usted no es generosa. Tiene esa suprema belleza para emponzoñar almas. ¿Con qué derecho destruye la vida de los otros? Hay alrededor de usted mucho desierto, mucha esteri-

lidad. Gastón me lo dijo muchas veces: esa mujer ya no ama. ¡Es una muerta!

—Es cierto—replicó Lidya acremente.—No puedo mentir cariños; Gastón debía agradecer esta sinceridad. No entiende. Es un hombre ese... Ha de ser como todos. Y le repito: ¡Yo no miento!

—Usted no conoce el alma humana—contestó el viejo con la voz llena de temblor varonil.—Ha vivido encerrada. Su pesimismo se agigantó en la soledad. Sobre la base de una desgracia suya, ha clasificado á la humanidad entera. No ha permitido que la virtud de los hombres llegue hasta usted. Ha cerrado la puerta á los generosos. No ha podido conocer la abnegación, ni el dolor, ni el martirio, y el mundo está lleno de hombres así; pero usted se enclaustra en la tiniebla. No ha dejado crecer á su mente. Le negó luz, la hizo raquítica. No conoce á la humanidad, porque no ha podido observarla. La soledad no educa, Lidya. La soledad hace daño. ¡De ahí su malsano pesimismo!

El poeta había echado hacia atrás su cabeza leonina. En sus ojos brillaba una luz de inspiración y de bondad. Lidya permaneció impasible. No se le movía un músculo.

—Repito lo dicho, Dante—agregó con tono glacial. —No amo. No miento. Soy sincera. Para mi corazón ultrajado, no hay más que un tipo de hombre. Como ese á quien usted llama mi desgracia, así son todos. ¡Hemos concluído!

—No se ofenda, Lidya. No tengo esa intención. Si hablo es por esto: Yo estoy seguro de mi afirmación.

A pesar de sus palabras no todos son iguales para usted. Usted cree en la virtud de Perdida. A Gastón usted lo ha sentido grande. No niegue. No mueva así la cabeza para negar. ¿Cómo voy á pensar que su dolor y su noble altivez no han servido sino para alimentar el rencor contra todo y contra todos? Usted reza. Usted es piadosa. Ama al sol. Deja entrar en toda la casa su oriflama gloriosa; quiere á las flores. Esos canarios la conocen. Usted les da alimento. El agua es siempre transparente y limpia en esa copa de cristal. Usted merece el amor de todos cuando hace el bien. ¿Acaso un menesteroso golpeó en vano alguna vez la puerta de su casa? ¿Y por qué entonces no hace todo el bien con todos y en todas sus horas? ¿Por qué siendo tan buena hace tanto mal? Yo dije: Ella lo ama porque lo siente noble y caballeresco, y usted me contesta: No. Está usted equivocado. ¡No amo, porque todos son igualmente malvados! Vamos, Lidya. Esto no piensa usted. ¡Eso es un corolario de su espíritu, conturbado en lucha terrible entre el bien y el mal!

—No entiendo, Dante. No sé lo que usted me dice. Yo soy sincera, le repito por tercera vez. No miento, no engaño á nadie. He sido villanamente ultrajada. No quiero volver á serlo. Rechazo su afirmación: ¡Nunca hice mal por mi culpa!

—Y á Gastón lo trajeron á casa por muerto. Huyó de aquí. Se quiso arrojar al osario—dijo el viejo con violencia.—¿Y usted sostiene que no ha hecho daño?

—¿Al osario? Dios mío—gritó Lidya, acercándose al Dante.

No se pudo contener. Un escalofrío de horror corrió

por todo su cuerpo; pero en seguida se repuso. Su semblante era impasible. ¡En la lucha había triunfado el mal otra vez!

—Ese hombre no es cuerdo,—contestó la mujer.—Acaricia quimeras. Fué piedad lo mío. Amor nunca. El se equivoca y agiganta todo. Es un visionario. Irá á cualquier exceso. Adiós, Dante. ¿Qué culpa tengo yo en esa demencia?

—¡Sí, adiós; pero mucho cuidado! Yo veo el futuro. Otras desventuras graves sobrevendrán y la parte buena de su corazón, Lidya, sufrirá mucho. Yo conocí otra igual á usted. Fué amada por un talento. Sabía todo ese hombre: el alma humana, Dios y la naturaleza. En sus poemas se leían las clarovidencias superiores. Era un heroico también. Peleó por la patria. Su cabellera rubia era siempre una insignia de oro en las avanzadas. Lo hirieron y ella lo rechazó. Nada supo de esa augusta mente, de esa alma gallarda. Entonces la lira se hizo pedazos en aquellas manos ducales. No creó más. Ella era una homicida. Había muerto á un genio. Después él bebió hasta el delirio... Y yo lo veo ahora á Gastón sucio, andrajoso, con la mejilla y la nariz pavonazas y las greñas enredadas hasta la cintura, caminar sobre sus grasas, sobre sus roñas, entre los jirones de la vestimenta desgarrada y tambalearse de noche bajo su balcón, Lidya, con risotadas incoherentes... Así hizo el otro. Y mucho más. La escarneció. Aquella mujer se transformó para él en un ludibrio trivial. ¡Hasta dónde en aquel espíritu había descendido la emperatriz de augusta hermosura! Adiós, Lidya. La aconseje el ángel del bien. No

sea homicida. Los caballeros deben vivir. ¡Ame como Perdida y crea en el honor humano como Gastón!

El viejo retrocedió hacia la puerta. Con la mano la saludaba y seguía hablando en una exaltación casi profética:

—¡Adiós, Lidya! ¡Entréguese toda entera al ángel del bien! ¡No descienda! ¡Sea siempre en el alma de Gastón la emperatriz de augusta hermosura! ¡Crea en el honor humano, y visítela á Perdida! ¡Es una redentora! ¡Al Dante borracho ello lo salvó! ¡Déjese redimir! ¡Ame y déjese redimir! ¡Adiós!

La mujer corrió hacia el poeta como fascinada. Le aferró una mano y lo detuvo.

—Dante, no se vaya,—le dijo mirándolo hondo en los ojos.—No se vaya. Le voy á decir la verdad. Yo no lo amo; pero ese hombre me causa una inmensa pena. ¿Y sabe por qué? Tiene usted razón. Es un caballero. Es como mi hermano ese hombre y nada más. Quiero ser hermana de él. ¡Quiero ser la gran misericordiosa! ¡Que sea feliz! ¡Que ame á otra y sea correspondido! ¡Que no sufra! Yo no quiero que sufra. ¿Ha entendido, Dante? Dígame lo que debo hacer. No me deje sola. ¿No me cree? ¿Por qué mueve la cabeza? ¡Quiero ser su hermana, amarlo así, cuidarlo, sembrar su camino de flores y de alegría su vida! ¡Quiero ser, lo repito, la gran misericordiosa! ¿Y sabe usted por qué? Ese hombre me recuerda á mi hermano. Era su amigo. Vivió con nosotros muchas horas. Lo consideré como un hermano, porque su alma estaba saturada del honor y del alma

religiosa de nuestra familia. Me acostumbré á mirarlo así. ¿Qué culpa tengo yo, si no lo puedo amar?

—Pero entonces no sea nada—contestó el Dante.—Ni hermana, ni misericordiosa. Sus cortesías le harán daño, su amistad lo mismo. Llámese á silencio. Sea muda como una esfinge. Si usted hace lo contrario, si es afectuosa con él, esa pobre alma beberá ponzoña. ¿Por qué quiere usted que su infortunio sea mayor? Huya para salvarlo; porque mientras esté aquí, él verá sus ojos y la armonía de su persona en todas partes y pensará siempre en su pasión. Creerá ser correspondido, porque las grandes almas enamoradas son crédulas é ingenuas. Y el amor de Gastón será pavoroso y gigantesco. No, Lidya. Váyase. Huya, si no quiere que en su vida haya una tragedia.

—Tiene razón, Dante. Me iré. Y muy lejos. De todos modos, nada le debo á la tierra. Aquí no he bebido sino hiel hasta las heces. En mi camino no hay sino crespones y dolor; pero esto debe ser para mí sólo. Me iré de este país para siempre.

—¡Ojalá tenga, Lidya, esa fuerza! Antes le ruego vea á Perdida. Aunque ya no quiera amar á nadie, véala. ¿Para qué quiere tener el remordimiento de no haber escuchado la plegaria de ese ángel moribundo? ¿Por qué no desea la gratitud de los niños? ¡Perdida tiene en su vida tanto Calvario! ¿Y si su redentora se muere? ¡Véala y déjese redimir antes! ¡Déjese redimir!

Dante se retira saludando y cierra la puerta de salida. Lidya, sola ya, se deja caer sobre un sillón.

—Sí, Dante—gritó exaltada.—Sí, iré. Besaré á Perdida. Le mandaré flores. No puedo lastimar á una moribunda. ¿Por qué tendré tan malvada el alma? Es como una piedra. Todo lo angustio. Si pudiera arrepentirme, si pudiera llorar. Mis ojos están secos y fríos. ¡Dios mío! ¿Será cierto? ¡Yo soy una mujer sin alma, una pobre bestia de carga, una miserable vagabunda! Estaré condenada á no amar más sobre la tierra. No, no. ¡Yo iré, yo iré!

En ese momento la invade una sensación de espanto. Se mueve el retrato del hermano, la augusta figura del mártir toma relieve de estatua. Sale del marco, se aproxima á ella. Lidya retrocede con los brazos extendidos atrás, muy pálida y los ojos desmesuradamente abiertos. El espanto sigue frío é implacable, hasta que la estatua sonríe y extiende los brazos. Lidya cae de rodillas con el rostro en el suelo y las palmas adelante. Su hermosura es sobrehumana. Su cabello se ha desceñido. Llueve por las espaldas en abundantes ondas negras y la efigie se destaca con alburas de eucaristía... En sus ojos brillan divinas luces. Parecen resplandores de fe, de esperanza. La estatua se inclina, la besa en la boca y se despide diciéndole con voz grave y melancólica:

—¡Lidya, es necesario amar! ¡Es necesario redimirse!

Después hubo en su cerebro como un deslumbramiento y no supo más. A la media noche despertó, acercándose á su dormitorio en el silencio de todas las cosas. Acostada en su cama se durmió tarde, mientras Perdida

en el sueño tocaba la bandurria, repitiendo el estribillo:

—¡Es necesario amar! ¡Es necesario redimirse!

* * *

Dante vela, sentado en su sillón. De cuando en cuando mira si Perdida duerme y luego de nuevo á sus cavilaciones. Es la media noche. En un rincón una veladora llena el dormitorio de vagas penumbras. Por la ventana entreabierta penetra un olor de jazmines y se ve el cielo con raras estrellas. El mundo descansa en el plenilunio. A lo lejos los mástiles sobre los canales erguidos parecen obscura selva y enormes leviatanes los cascos. Algún marinero canta por ahí una canción de la tierra, un triste que habla de pampas solas é interminables, de almas eternamente andariegas. El canto cesa luego y reina de nuevo el inquieto silencio. La colmena duerme. A pesar de eso, en todas las casas se siente la vida. Reposan. Se quejan. Razonan soñando. Las camas crujen al darse vuelta los cuerpos. En el clarobscuro pasan sombras. Se acercan á las cunas. Las madres tararean en voz baja tiernas melodías sobre los hijos insomnes. A veces se oyen violentos resoplidos. Alguien no puede dormir, mientras los más roncan. Una puerta chilla. La madera suele tener sus diálogos nocturnos. Hay estallidos aquí, allá en los muebles, mientras los mineros corroen los zócalos y llega una cantidad de ruidos indecisos y apagados de cosas ó fantasmas que se movieran con cautela. Probablemente conversan las sombras

nocturnas y esos apagados rumores son sus quedas voces. Algún gallo canta en las huertas, un pájaro pía en el jardín y sacude saltando las hojas del árbol. Allí hay un nido. De día lo tejen los novios, de noche uno vela y pía. Avisa al compañero que está cuidando el santuario... Dante se había dormido en esa quietud de iglesia, cuando la ciega lo abrazó. Estaba de pie cerca de él, con los ojos llorosos. El viejo la condujo otra vez á la cama y ella narró una dolorosa pesadilla. Soñó que Tano estaba enfermo. Quería verlo.

—¿Tú me llevarás, padre mío, no es verdad?—preguntó Perdida con voz suplicante.

Dante prometió. Al rato el sueño los rinde á los dos. Despiertan, cuando la madrugada viene con su luz triunfal y con la gloriosa sinfonía de sus cantos...

* * *

Después de su diálogo con Dante, está más alegre Gastón. Trabaja más. Estudia. Parece que quiere construir un nuevo edificio sobre el escombro doloroso del pasado. ¿Será un júbilo de resurrección? ¿El atleta derribado habrá encontrado nuevos vigores al contacto de la madre tierra? Empero, una cosa lo perturba. A las doce, todos los días, cuando él almuerza, Lidya manda preguntar por la salud de Perdida. Su corazón da un salto y su mejilla se enrojece. Sacude los hombros y piensa:

—¿Qué me importa? ¡Es una muerta!

Un día, el sirviente, por la mañana, trajo un gran ramo de claveles.

—Señor—exclamó Perdida—esto es para usted. Ese hombre está equivocado. Ella sabe, señor, que era la flor amada de su mamá.

Gastón se aleja sin contestar. Toma el coche con la cabeza agachada y mucha sombra en el espíritu. Llega al hospital. En su sala, Rebel, curado de la herida, agoniza. El alcohol implacable lo devora en su obra demoledora. Su vientre de hidrópico es enorme y está surcado de venas azuladas y tortuosas como tentáculos de una medusa. Las piernas están hinchadas y cianótica la cara. Su lengua y sus encías sangran, y sobre la piel lívida se destacan manchas purpúreas en grupos aquí y allá. Son de sangre. Ahora le toca á él perderla. Es la venganza de las víctimas que, poco á poco le destrozan los órganos en batalla pertinaz hacia una muerte lenta y sucesiva. En esa cama hay olor á cadáver. Las moscas revolotean zumbando alrededor y decansan sobre su rostro seco, lívido, se alejan y vuelven con proterva saña y con una fruición de festín macabro. Lo muerden en vida, salpicándolo de larvas. Mañana, los gusanos harán presa en la carne muerta del miserable vencido, para aniquilarla. Rebel rezonga en el delirio. Recuerda sus crímenes y se debate entre un ejército de espectros que lo aplastan. No tiene fuerzas. Su voz es apagada y quejumbrosa. Los nombres de Tano y de Perdida se mezclan á la rabiosa farfulla...

—Me madrugó; pero me he de levantar. Lo voy á coser á puñaladas,—se le oye decir entre blasfemias.

Luego, una risa siniestra ilumina su cara monstruosa con luz diabólica y lasciva.

—Gritan las muchachas—dijo—y lloran. ¡Ay! ¡Ay!... Me gusta la sangre... Muy bien que después las chiquilinas me buscan de miedo...

Gastón retrocede con repugnancia ante esa ignominia. En seguida Rebel saca un brazo descarnado y amarillento fuera de las sábanas y lo llama:

—Estoy seguro que otro lo aprovechó—rezonga el bandido.

Hizo una mueca feroz.

—¿Qué está usted hablando?—preguntó el médico.

No había entendido.

—A la ciega. A la ciega—le dijo.—¡Los meses que no he dormido por ella! ¡Es una frutilla esa!...

En su semblante se dibujaron los signos de una soez lubricidad.

—Si lo tuviera cerca al canalla—refunfuñaba el moribundo.

Su mano se contrae furiosamente y de su boca sale una exhalación fétida, como de pantano. Cuando Gastón se retira, Rebel vuelca la cabeza hacia atrás, en lo hondo de las órbitas se pierden sus ojos, y los músculos se agitan en una convulsión horrenda. La cama cruje, saltan las sábanas. Luego, un estertor ronco. En su garganta paralizada, gorgotean las secreciones hediondas. Empieza la asfixia. Las orejas y la nariz se enfrían, toda su su piel toma un color violeta. Ya no habla. El ronquido es cada vez más raro. Después un espasmo violento y todo entra en el eterno silencio. Su cara se demuda, los

rasgos se afilan. Algunas gotas de sudor cubren la frente del cadáver y un poco de sangre cuela de los labios entreabiertos. Una hermana pone un crucifijo sobre el pecho del muerto y se arrodilla á rezar... La vida bestial ha concluído. Fué como maleza de abrojos, corrompiendo y secando los campos. ¿Será castigado Rebel? ¿Y si no le enseñaron otra cosa? ¡Quién sabe no sean perdonados asimismo estos espantosos mendigos, estos harapientos homicidas! ¿Será por ellos que Dios se arrepintió de haber creado el universo? ¿Y si no les enseñaron otra cosa? La hermana, arrodillada, sigue rezando por todos los moribundos, entre los enfermos despiertos y consternados...

* * *

Muchos días después, Dante pudo acompañar á Perdida, camino de la cárcel. Aparece el enorme edificio chato y gigantesco, con celdas estrechas y ventanas defendidas por enormes barrotes de hierro. Es helado y brutal. Así son las almas de esas lúgubres casamatas, sin luz de sol, como la conciencia torva de los delincuentes. Mucho delito y poco remordimiento, torsos hercúleos, jetas siniestras, un anhelo de libertad rayano en el delirio, una salvaje brama de vengar la esclavitud por el homicidio, por el incendio. Ni amor, ni plegarias, ni angustias humanas en esa depravación, y sobre toda la grey un gigantesco señor, ¡el instinto! Fueron hombres. Ahora son números. Empero, hay algunos perdidos por

un momento de locura insconciente, buenos en la esencia, honestos trabajadores en la entera vida, y frenéticos dominados un cuarto de hora por el fuego homicida. Los demás están bestializados por todas las malsanas degeneraciones.

Cuando llegan es la hora del trabajo, y Tano, con otros, cava en la huerta. Suda. El humus se esponja y se ablanda bajo la azada vigorosa; las flores huelen más, las corolas enderezan el cáliz más alto hacia la luz. Más allá duraznos cargados de frutas, pequeños bosques de eucaliptus y la hortaliza refugiada entre verdes rectángulos. A veces, Tano descansa apoyado en el mango, y piensa. Su vida fué alegre como esa huerta. Los pájaros cantaron en su camino, como ahora entre los verdes retoños y las frondas floridas. Y como los niños tejidos en las horquetas sobre las ramas, amados por inefable caricia, así fué su cuarto calentado por el alma materna y las armonías de la bandurria.

Perdida se aparece como savia en ese dolor, y su pasión crece con formidables ímpetus.

¿Dónde estará tan solita sobre la tierra? ¿Quién la cargará como á los chicos, orgulloso de su amor y de su belleza? Tiene razón. Sus manos están manchadas de sangre. ¿Cómo va á ser la novia de un matador? Antes sí. Se dormía ella bajo sus besos, si contemplaban la luz plateada del río, en las noches lunares y serenas, y cuando navegaban por los canales soñando bajo los astros. Recordó los paseos en las primaveras cuando todo retoña, canta, ama y crece, y en los inviernos solitarios entre el silencio de las arboledas. ¿Perdida todo olvidó

tal vez? ¿Ha muerto acaso? Y él queda como nicho de pobre abandonado en el cementerio. Fué entonces que Tano dejó caer la azada y lloró...

Un momento después corre un escalofrío por todo su cuerpo. Oye el tañer de una bandurria y una voz armoniosa. El muchacho mira.

Perdida está sentada en la sombra de un ombú viejo y canta como los pájaros de la huerta, un romance de los campos, lleno de alma pureza.

—¡Perdida, hermana mía!—gritó, y á saltos se acercó á ella. Se besaron entre las hojas de la hiedra opulenta que envolvía el ombú. Se preguntaron todas las cosas rápidamente, como si temiesen no verse más sobre la tierra, mientras se retiraba lejos, bajo los eucaliptus.

—Rebel mejoró de la herida, Tano, y murió de enfermedad. Saldrás pronto. Todos lo dicen.

—Nunca lo quise matar; pero cuando se pierde la cabeza la mano no obedece.

—Yo le perdoné y he rezado por él. ¿Quieres, Tano, rezar conmigo por él?

—Nunca lo he odiado de veras. Lo juro.

—Para que su alma se salve...

—Sí, para que su alma se salve...

Se arrodillaron.

—Dante me enseñó el rezo del perdón—empezó la ciega.—Señor de los buenos...

—Señor de los buenos—interrumpió el muchacho. La ciega siguió:—¡Cuando lleguen á Ti los delicuentes no los rechaces! ¡Porque Tú dijiste alguna vez: la vida es de prueba y los hombres peregrinos, perdona á los que

en ella sucumben! ¡Más si son hijos del tugurio miserable, si no aprendieron sino el vicio y el delito! ¡Perdona á las almas abandonadas, Señor de los buenos! A los caminadores de la senda difícil dadnos la luz, para que nuestras casas sean puras como la Eucaristía y el corazón sea fresco, sano como la primavera de los árboles. ¡Dadnos la fuerza para perdonar las ofensas como Tú en el Calvario y en la cruz del escarnio y del martirio, Señor de los buenos!

El viejo poeta los miraba de lejos. Estaba como hechizado en esa contemplación. Había comprendido. Rezaban la oración de perdón. La enseñó una noche, arrepentido del pasado homicida. No bebía más y se enfermó. Fué entonces que Perdida tocaba día y noche la bandurria en los figones obscuros, para sus remedios, para el hambre y los vestidos de su cuerpo. En su catre de convaleciente creó el poema de un alma redimida, un salmo de resurrección...

* * *

Luego de rezar, se sientan bajo el ombú los dos jóvenes. Se dan las manos, y cada uno cuenta su vida pasada y las esperanzas para cuando él salga de la cárcel. ¡Se dicen tantas gentilezas! Noche y día pensaron en las horas dichosas de un futuro cercano, en una casita blanca para los dos, limpia como la luz, con un aposento grande para besarse en la noche fecunda y en el pensil

pequeño, para cultivarlo en los descansos con los claveles de las primaveras floridas. El es robusto. Creará el porvenir, ella arrullará el sueño del coloso, tocando la bandurria. Se perdonarán las ofensas, concluyendo todo en una sonrisa, en un beso de amor interminable. Entonces se besaron de nuevo entre la hiedra, bajo la copa del viejo ombú, entre un concierto vespertino de gorriones cerca de los nidos y cerca, muy cerca, se narraron todo el eterno idilio en un delicioso romance. Son niños. Corren del brazo por las afueras. Juegan. Cazan pájaros, recogen violetas en las zanjas, se regalan grandes ramos perfumados. Son los dueños vivaces del suburbio, dueños del aire y del sol. El cielo es de ellos, con sus días plácidos, diáfanos, y en los días grises, cuando la tormenta atropella y devasta, ellos huyen bajo la lluvia, con intrépidas risas. Desde este tiempo se quieren. Y más tarde, cuando él gana dinero, salen en bote muchas veces por los canales... Salen río afuera, hasta que la noche los sorprende lejos de la ciudad iluminada, en el imperturbable silencio de las aguas. Todo recuerda en este momento. Una vez él le dijo: Perdida, compraré una cama, unas sillas, una mesa y serás mi mujer. Prométeme, Perdida, que serás mi mujer. La ciega se lo prometió, escondiendo su cara en aquel pecho de atleta. Ese domingo pasearon por la ciudad juntos. Hablaban poco. Estaban ya desposados, y cuando á la madre de Tano se lo dijeron, la viejecita los bendijo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Luego, Rebel, satánico, depravado, tenaz y cruel en las persecuciones, y el alma del joven, clara, abierta como la bondad, obli-

gada á ser torva en mortales odios. Después la cárcel, la madre muerta y Perdida sola, enferma, sobre la tierra. Se acercan más al recordar este dolor y no quieren separarse. La ciega solloza.

—No, Perdida, no llores. Te quiero como á mi madre. Toma esta rosa. Yo le he puesto tu nombre. La cuido más que á las otras.

La niña se secó los ojos.

—¡Qué rico aroma!—exclamó oliendo la flor.

—Cómo éste tendremos un gran rosal en nuestra casa después ¿no es verdad, Perdida?

—Sí, Tano, en el jardín de nuestra casa. Yo lo regaré todas las tardes.

—Voy á trabajar el día entero para que seamos felices, cuando salga de aquí.

—Yo tocaré la bandurria para ayudarte.

Tano frunció el ceño.

—En mi casa, sí—dijo.—En las fondas no quiero.

—Haré la comida entonces. Todo lo que quieras para ser felices. El rosal estará cerca del comedor, y el Dante, de noche, nos contará cuentos de amor y de batallas, como antes nos contaba. Ahora no quiero que estés más acá. Le voy á pedir esa gracia á los que mandan. ¡Dante! ¡Dante!

El viejo se aproximó.

—Es necesario irse, Perdida—le dijo á la niña.

—No quiero ¿entiende?—contestó la ciega.—No me voy.

En las pupilas de la ciega brilló una luz de fiereza.

—El no lo ha muerto, Dante—agregó Perdida.—Fué

en la pelea y por defenderse. Es necesario que lo dejen salir conmigo. Son injustos y malos si no lo hacen.

—Será peor, Perdida. Si no te vas ya no te dejarán verlo. Las campanas tocan el Avemaría. Es la hora de retirarse.

—¿No me dejarán verlo más? ¡Ah, no, no! quiero verlo siempre. Tano, abrázame. Ven. Toma mis besos. Toma. Así toda la vida ¿no es cierto?

Se abrazaron bajo las grandes alas del Angelus.

—¡Eh, Tano! ¿Me oyes?—preguntó Perdida.—¿Me oyes? Toda la vida así. Tendremos una casita blanca con un jardín de rosas y claveles. Allí estaremos solos. De noche tocaré la bandurria y cantaré para hacerte dormir como á los chicos. Haceme cariños, Tano. ¿Qué estás pensando?

—¡Oh, Dante!—exclamó el joven.—¡Perdida está enferma! Cúidela. Dígale á don Gastón que la cure. No hables más, Perdida.

—Si estoy mejor, te digo—contestó la ciega.—¡Bésame! ¡Bésame más!

Se estrecharon entonces los dos en un abrazo casi sollozante, y se besaron. La mejilla de la ciega quema; su aliento es ardoroso. Ella no cesa de hablar como si delirase.

—¡Bésame más, Taño; mucho, mucho!

En el crepúsculo triste de aquella mansión del delito, ellos escriben largo rato su canto de amor y de esperanzas, mientras los galeotes se retiran en grupos á sus celdas para dormir sobre los rencores vetustos y meditar las fugas ó nuevas ignominias monstruosas y villa-

nas venganzas... Luego, la ciega palidece, las fuerzas la abandonan y hacia atrás desmayada, se dobla sobre el brazo derecho del mancebo. Los rayos del sol moribundo bañan las pupilas muertas, virginales, y así cargada, Tano la lleva hasta el coche que pasa por allí cerca. La acuesta sobre los almohadones y de nuevo la besa. En seguida, con sus dos manos aferra la derecha del viejo, y le dice:

—¡Dante, pídale al señor Gastón que me la salve, por la memoria santa de la madre! ¡Dios mío, sálvamela, sálvamela!

El prisionero sufre, y la noche asciende despacio en el sereno santuario de la Naturaleza. Y mientras largo rato en el patio queda oyendo el ruido de las ruedas lejanas, las estrellas se diseminan en el azul profundo. Un guardián se acerca en ese momento. Es un anciano. Tal vez sabe compadecer, porque como él amó en la hora juvenil á alguna lacerada criatura. Estrecha la mano del forzado, lo invita á retirarse, y por el firmamento se difunde una claridad serena. Tano se deja conducir á la celda sin hablar, porque la suya es congoja sin sollozos, sin palabras. Está como los desterrados, cuando abandonan la tierra de sus amores y la casa paterna, el cabello blanco de las madres, la sombra de las higueras y los retratos de la familia medio borrados, uno de esos que en tierra extranjera oye por muchos años las cantinelas nativas, las viejas nenias al lado de las cunas cantadas y ecos de alegres risas entre los árboles, entre el frufrú de los vestidos de seda fugitivos, risas de novios, para siempre abandonadas. Y oye el

prisionero, en silencio, el tañer de una bandurria perdiéndose lejos, en lo infinito, y saluda á las melodías divinas como los desterrados á las riberas que no volverán á ver. Tano se sienta en la celda siempre callado. Le trajeron la comida. La rehusó. Pensaba en Perdida, en la bandurria adornada con las rosas selváticas de los cercos. Mira á la ciega. Sus pupilas azules, enormes, reflejan un tramo de cielo. Su mirar es de amor. Su mirar es de caridad, de pena. A través de la ventana angosta vese la luna redonda y brillante en el horizonte diáfano. Ilumina el tugurio, mientras de los ojos de Tano caen las lágrimas gota á gota y sin sollozar sobre su blusa de forzado.

Perdida empeora mucho después de esta visita. Tose más. Tiene mucha fiebre y delirio. Gastón la obliga á no moverse. De su cama ve el jardín perfumado de claveles, de madreselvas y muy lejos cerca del horizonte las puntas de los mástiles. Oye el silbido de las sirenas y los pájaros gorjean en las madrugadas desde los nidos. Por la mañana, el sol naciente inunda el aposento risueño, por la tarde la sombra refresca el comedor y las plantas. Perdida espera siempre, y cada día la fiebre devora más su enflaquecida persona. Un hombre nunca se mueve de su lado: el viejo Dante. La entretiene disimulando. Le narra alegres historias. Sus palabras son poemas de esperanza y júbilos de almas que pasan por la tierra sonriendo. Le describe á veces las chacotas de los campamentos nocturnos, la jovial indiferencia en las vísperas de los combates, las risas, los retruécanos, los desafíos temerarios del soldado

enfrente de la batalla, los sublimes apóstrofes á las granadas que zumban sobre sus cabezas, el desdén por la muerte, la carcajada homérica, el insulto al estrago sangriento y la fruición de los moribundos cayendo sobre sus banderas.

Hablaban mucho de Gastón.

—Su sonrisa no me gusta—le había dicho el poeta una noche.

—¿Sufre?—preguntó Perdida.—¿Por qué?

—Está solo en el mundo.

—¿Y nosotros, Dante? ¿Y los enfermos? ¿Y los libros? Estudia mucho. Oigo en la noche muy tarde pasos en su escritorio.

—No basta. Necesita una mujer que lo bese. Sin eso la vida no tiene fin ni las cosas elocuencia. Lástima que no se puede siempre. Ama y no le aman. Ese es su dolor. Y ahora ya no tiene ímpetus. Es una pasión acerada y continua. Es una inhumana mortificación de todas las horas. Eso me asusta. Temo por su vida.

—Pero es necesario salvarlo entonces—contestó en un grito la ciega.—Todos nos sacrificaremos. ¿Qué hay que hacer, Dante? Dígamelo y yo lo haré.

—Es inútil todo, pobre generosa—exclamó el viejo con pasión.—El amor no se manda. Debe nacer espontáneamente, como las flores del campo. Díle tú á la tiniebla que fecunde las rosas y las rosas se secarán en la tiniebla. A Lidya le dije: ¡Huya! No le quite el sol. Lidya hace lo contrario. Todos los días manda flores. ¿Será una perversa ella? ¿Por qué rasga de esa manera las heridas cruentas? A veces me pregunto si ella no es

también una desventurada. ¿Qué extraño misterio hay en ese corazón perturbado?

—Ahí viene, Dante—gritó la ciega, incorporándose, señalando la puerta.—Ahí viene.

Dante se quedó mudo. Lidya entraba, vestida de luto. La miró á Perdida con los ojos fríos y tristes, acercándose á la cama impetuosamente.

—Tú lo quisiste. Aquí estoy—dijo Lidya, besándola en la mejilla.

—¡Gracias, señora! ¡Qué santa es usted! ¡Fué tan cariñosa! ¡Qué contenta estoy!

Lidya parece distraída. Mira para todas partes. Al rato los ojos se vuelven dulces y amables. Ve al viejo parado respetuosamente en un rincón. Se arrima á él y le dice, estrechándole la mano:

—¡Oh, mi buen amigo, cómo estimo su grande alma!

Dante tomó la mano de Lidya y al retirarse del dormitorio, la besó.

—Todos vamos á agradecerle su bondad—le dijo al salir.—¡Benditos sean los hijos pródigos. La casa está de fiesta, cuando ellos vuelven!

Estupefacta sigue mirando todo. Se ha equivocado Lidya. Creyó encontrar caras duras, ceños contraídos, gestos ásperos y ha pensado tal vez que en todas partes había tormentas dolorosas como en su alma. ¡Qué error el suyo! Esa casa está llena de una tranquila, afectuosa benevolencia. Ni enconos, ni rencores, ni reproches. La reciben como á los fugitivos cuando vuelven al hogar paterno. ¡Qué paz profunda! A través de la ventana el cielo plácido y quieto derrama sobre la ciudad suaves pe-

numbras y el dormitorio está impregnado de madreselvas, mientras un himno de bondad suena en el templo de la noche sobre las dársenas iluminadas, á través de los canales sosegados, bajo las constelaciones!...

—¡Qué paz, qué paz!—exclamó Lidya.—Aquí hubo una santa madre. Por eso parece una iglesia; pero nosotras que hemos sido destrozadas, no tenemos paz, ni casas así. ¿Para qué digo estas cosas?

—Sí, sí. Dígame todo—contestó Perdida sonriendo. —¡Quiero que usted sea feliz!

—Pobre chiquita mía—agregó Lidya, acariciándole el cabello.—Yo soy estéril como un desierto. Soy una solitaria. Cuando los ventarrones pasan, la hierba se seca y los árboles son derribados. ¿Cuánto tiempo necesita todo eso para rebrotar?

—Yo no entiendo, señora; pero yo le digo en verdad, como Dante. Usted no puede vivir sola sobre la tierra.

—¿Y por qué, Perdida?—replicó Lidya con sorpresa.

—Porque los buenos necesitan besos y ser muy amados. ¿Sabe lo que dice el Dante muchas veces? Los afectuosos como el señor Gastón no se sacian jamás. Y yo le digo á usted lo mismo. ¡Usted no es feliz porque no ama!

A lo lejos contempla Lidya en silencio el panorama del cielo. Parece que sueña. Sus ojos se pierden como dormidos en lo infinito y ella empieza á murmurar en voz baja, cerca del oído de Perdida:

—Háblame más, dime todas las palabras cariñosas. Dame de tu alma generosa las deliciosas fragancias.

Enséñame á no tener rencores, á no odiar. ¿Cómo has podido ser buena tú, mi pobre chiquita, sin luz en las pupilas, sin madre, sin casa? ¿Cómo te has salvado entre las ignominias del mundo, cerca de tantos abismos? ¿Cómo has podido amar? ¿Cómo has podido perdonar?

—¡Ah! Yo no sé. Con Tano nos amamos y nos perdonamos las ofensas. Y Dante me dijo de usted muchas veces: ¡solamente una pasión puede salvarla! ¡Es una grande alma solitaria! Usted comprenderá lo que dice.

—Para eso sería necesario no haber perdido la fe y la inocencia—replicó Lidya con voz áspera.

—¿Y eso no se puede encontrar otra vez?—preguntó Perdida.

—Oh, no sé. No has vivido entre la maldad. Tu candor y tu ingenuidad no han sido manchados por los hombres. No has perdido la esperanza nunca, por eso crees que la fe y la inocencia se pueden recuperar.

—No me hable así. Me hace daño—interrumpió la ciega palideciendo en un prolongado acceso de tos.

—Perdóname. Yo aflijo á todos los que me rodean.

—No es eso, señora. No me pida perdón. Usted está equivocada. Aquí la queremos todos. ¿Ha entendido bien? ¡Todos! Venga. Acérquese. Le voy á contar una cosa. No, así no. Más cerca. Así, así. Bueno. Oiga: La otra noche había tormenta. Muchos truenos, muchos relámpagos y mucho viento. Llovía á cántaros. Estaba con los ojos cerrados sin poderme dormir, cuando oí al señor Gastón. Hablaba con Dante y le decía: Es inútil todo. Se acabó. Lidya no comprende este mundo mío. No sabe toda la inmensidad de mi pasión. Y como no

puedo amar á nadie, voy á concluir este capítulo. No volveré á abrirlo. Escribiré otros que faltan para terminar mi obra. Ahora á mis libros, á mis enfermos, á la caridad. Toda mi vida para los menesterosos. Y agregó con fuerza: nada más. Nada más. La lluvia y los truenos se iban muy lejos. Después le oí que decía:

—Viejo. Toma esto. No quiero verla. Es una muerta. Dios la condenó á errar sin amor...

Las palabras parecían lágrimas. Luego Dante exclamó:

—¡Qué admirable imagen!

Debe ser un retrato suyo, señora. ¡Cuántas veces lo habrá besado en la soledad de su escritorio!

Lidya besó la frente de la ciega, toda trémula en una intensa emoción. Cuando se retiró, Dante la esperaba para acompañarla á su casa.

—¿Volverá usted, Lidya?—le preguntó.

—Mientras viva Perdida.

—Y después...

—Me iré para siempre. ¡Yo no amo! ¡No puedo mentir! No engañaré á un caballero. ¡Viviré lejos, sobre la tierra, como un alma condenada á errar sin amor!...

* * *

Ya más tarde, como á las dos de la mañana los ruidos se atenúan y desaparecen. Reina una quietud profunda. A esa hora Gastón lee y trabaja en su escritorio. Todo

está limpio allí, en orden. Una biblioteca de nogal, llena de libros con dorso rojo y nomenclatura dorada adorna el cuarto en el centro. En un rincón una vidriera donde están apilados tersos y brillantes los instrumentos de cirugía. A un costado un esqueleto, al lado un lavatorio de mármol y más allá un sofá largo, donde acuesta á sus pacientes para examinarlos. Sobre el escritorio grandes cuadernos apilados, las historias de sus enfermos, el tubo amarillo de su microscopio bajo una campana de cristal y, en un rincón, en lo alto, una estufa de cobre, en cuyo interior viven colonias de bacterias en los caldos turbios y ponzoñosos. Todo es nítido allí. Se conoce que preside un espíritu activo y vigilante. Todas las noches lee y escribe, pasando muchas horas en el silencio de su pequeño laboratorio. Es un entusiasta de su ciencia. Cree. Piensa que lo definitivo después de mucha labor é insomnios prolongados y luchas sin cuento será el descubrimiento de la verdad terapéutica. Los sueros curarán todos los males; la humanidad podrá ser sana y longeva. En su dolor la ciencia fué casi un bálsamo. A veces soñaba en aquella soledad. Lidya era el ángel custodio. Conversaban al lado de la chimenea prendida en las horas invernales y en primavera con las ventanas abiertas, cerca del jardín, entre el susurro de los árboles en la brisa. Conversaban de la misericordia para los menesterosos. Querían darles el pan y la carne de cada día. Por ella la bendición de los hombres era más gloriosa. Pero Lidya no estaba y todo eso era un sueño. Noche á noche seguía estudiando con férrea tenacidad. No se había desviado nunca. No quiso saber nada más; por eso cayó en

la ciencia un hondo surco y la semilla brotó en ricas mieses. Un huracán se desató en su vida. Destrozó hierbas y arbustos, desarraigó arboledas; pero el humus demasiado rico produjo de nuevo y con más lujuria hierbas, arboledas, arbustos y flores. ¿Y Lidya? Transformóse en dulce, apacible memoria. El la amó asimismo como se aman los ramos secos regalados y los viejos retratos desvanecidos que desde niños contemplamos en nuestras casas. Pensar en ella lo entristece; pero no da hacia Lidya un paso más. No extiende las palmas suplicantes. ¡Y la sigue amando á pesar de todo, como en el destierro se ama el suelo de los mayores, aunque ingrato haya sido!

Esa noche el roce de un paso leve lo arranca de sus lecturas. La ciega se ha detenido anhelante en el medio del estudio.

—¡Albricias, mi señor! ¡Albricias!—dijo Perdida, batiendo palmas.

—Vamos, Perdida, acuéstate. Estás enferma.

—No puedo dormir, señor.

¡Ah! tú también—replicó Gastón impetuosamente.

—Pero yo sueño. Disculpe. Me voy á sentar aquí

Gastón dejó hacer, bajando la cabeza tristemente.

—Sueño que usted es feliz, señor.

—Ya te he dicho, sueños y nada más—agregó el médico.

—Pero salen ciertos. Escúcheme. Si no se aburre se lo voy á contar: Es en un campo grande. La gramilla y los

trebolares estaban altos entre las margaritas y la flor morada. Es de tarde. El sol entristecido quiere acostarse á dormir y la noche viene á taparlo con sus grandes mantas obscuras. En el rancho tocan la guitarra, cantan las vidalitas y pasan las armonías entre el aroma del pasto.

Hablan de amor allí todas las cosas, la Pampa, el cielo, el alma de los hombres, la luz del sol muriente, los pastos y la flor. Las arboledas susurran el lenguaje de los nidos. Bajo el sereno cielo los amantes, de la mano, caminan la infinita verde pradera. Dios los acompaña.

La ciega cantaba. Su voz era melodiosa y cálida, llena de emoción con las vibraciones prepotentes de otros tiempos. Aquello parecía un delirio. Su fatiga creció. Un numen agitaba la entraña de esa pobre lira moribunda. ¿Quién le enseñó á Perdida los trenos que glorifican á Dios y saben de angustias? ¿Por qué á veces suavemente murmura su canción, como el manantial de la roca? ¿De qué fuente escondida en la cordillera solitaria vienen las cristalinas aguas narrando poemas arcanos con arrullos deliciosos de monótonas melopeas? ¿Dónde encontró Perdida las cuerdas doradas que suenan de amor y de poesía? ¡Cómo en los poetas de Israel brotaran los salmos bajo los sauces de Babilonia, en las horas del cautiverio, así nació trovar en esta peregrina de paso para los cielos y enferma de sus nostalgias! Y seguíase oyendo en medio de la noche la melodía límpida y murmurante como el manantial de la roca. En ese momento llega el viejo poeta.

—Ayúdame, Dante. Llevémosla—dijo Gastón.—Esta criatura se va á morir, si sigue con estas cosas.

Cada uno cogió á la ciega de un brazo; pero ella no se movía. Siguió cantando. Los dos hombres se miraron. Les faltaba energía para obligarla, mientras los versos fluían á raudales de su alma inspirada. La leyenda contaba que los enamorados triunfan por la constancia. Por la lealtad y el perdón se aman hasta la vejez extrema y el corazón de la mujer cae al fin vencido. Así como la gota horada al pedernal, la adoración subyuga á las almas frías y dolorosas. El torrente pugna, brega, muerde por siglos la tierra para excavar su cauce y se desliza al fin sobre plácido lecho, por las arenas doradas, y el amor muerde el pan de la congoja que es savia, polen y carne. De eso se hace la victoria. Luego es necesario sufrir, viviendo con el corazón traspasado por siete puñales como el corazón de María, más ardiente cuanto más herido. ¡Dante, Dante! Si Tano me rechazara, más lo querría. En rosas convertiría mi corona de espinas para hacerle una cama en el calabozo, en rayos de sol las sombras de mi alma para iluminarlo. Y tú dijiste muchas veces: ¡Oh, jóvenes, es necesario perseverar á pesar del desdén con todos sus martirios, porque el amor es alma del universo, sin él la creación fuera inútil y Dios no tendría misión en el mundo! ¡Adiós, mi señor! ¡Yo le pido perdón, porque á pesar de todo es necesario amar!

La ciega empieza luego á retirarse hacia su dormitorio, seguida por los dos hombres. Al llegar al umbral se dió vuelta y dijo:

—¡Quiero besarle la mano, mi señor! ¡Perdón, perdón!

—Dios te bendiga—contestó el médico, presa de un fuerte sobresalto.—¡Tú eres buena como mi madre! ¡Adiós, santa criatura!

Gastón había palidecido, mientras del dormitorio llegaban hasta su estudio las notas del piadoso estilo, suave como murmullo de escondida fuente y plácido como la noche del puerto. Y mientras Dante más tarde vela el sueño de Perdida, sentado allí cerca, Gastón en el vano de la ventana abierta enfrente de la naturaleza dormida, bendice la inefable ternura de la pobre cantora de las dársenas. Entonces Lidya se le aparece como un blanco y divino mármol. Siente el calor de su rostro, se embriaga en la acre fragancia de su persona. ¡La garra lo ha herido implacable otra vez. Ese vencido ha vuelto á colocarse como Jesús sobre su frente pensativa, la corona de espinas!

* * *

Después de esa noche, Perdida se levantó de la cama. Las cosas van mal á pesar de los cuidados. Gastón examina, consulta, da remedios, deja que todo el aire embalsamado del jardín entre en el cuarto de la ciega. Nada vivifica la planta marchita y amarillenta. Se va cada vez más. Delira. El médico desconsolado se retira muchas veces con la frente agachada al dormitorio. Dante

interroga con los ojos y el médico mueve la cabeza melancólicamente.

Afuera, los árboles florecen, se llenan de retoños. Las corolas están olorosas, frescas, y los pájaros tejen gorjeando sus nidos. Allá abajo en el puerto, canales y barcos sonríen en las matinales tinieblas entre la luz del sol y se oyen canciones á cada rato de alegrías, de esperanzas. Entre este júbilo suena ronca y húmeda la tos de Perdida. La muerte bate allí su funerala pertinaz y fría, precede con los tambores enlutados, llenos de sordos redobles y detrás camina, paso á paso hacia ella Perdida, resignada, tranquila, esperando vivir. Pide á veces su bandurria y empieza á tocar. El instrumento parece más armonioso, más hondas sus notas, cuando tañe de amor, de misericordia y cuando canta. En esas trovas, la pasión vibra prepotente, como si el universo condensara allí sus amorosas palpitaciones. Y cuando Gastón quiere oponerse, ella le suplica no le quite su bandurria y la deje cantar. Lidya la visita todos los días. Pasa horas con ella. En el diálogo tan lleno de dulces resignaciones su alma se ha transformado. Ya no odia, ni usa palabras de encono, ni cóleras, ni protestas. Gastón en ese tiempo nunca quiso verla; pero ella sentía por todas partes á esa alma gallarda y en el silencio de su casa sola á Dios la pedía le permitiese amarlo. ¿Por qué no creía? ¿Por qué no amaba? ¿Estaría su corazón endurecido como los peñascos? ¡Qué atroz tortura la suya! A veces fuera de sí, aferraba un crucifijo de marfil y le pedía con lágrimas y gritos esa gracia.

—Yo quiero amarlo, Señor, y no quiero mentir. No. No quiero mentir.

El crucificado levantaba la cabeza, coronada de espinas. Sus labios se contraían en una risa sardónica y parecían decirle:

—¡Estás condenada! ¡Tú no amarás ya sobre la tierra!

Ese día la desesperación se apodera de su espíritu. Corre por los cuartos ululando. Su largo vestido de terciopelo roza rápido las alfombras, crujen las sedas que rodean su persona. En la luz se destaca blanquísimo su rostro marmóreo como un hermoso camafeo, y los ojos negros se abren asustados sobre sus angustias, sobre la duda implacable: ¿Será inútil todo? ¿El amor, la plegaria, Dios y la vida?

Y cuando aterrorizada se prepara á penetrar el enigma, vuelan de nuevo por su casa, por el cielo lleno de estrellas y por el gigantesco bregar de la ciudad entera las palabras del viejo Dante:

—Lidya: ¡Perdida es una redentora! ¡Déjese redimir! ¡Déjese redimir!

Todos los días llega Lidya á casa de Gastón. Manda ramos de rosas y canastas con claveles. La ciega bate palmas. A pesar de todo está alegre, ríe y conversa. Sabe que Tano va á salir. Y se casará con ella. Tendrá su vestido de novia, regalado por Gastón, su velo de tul, la corona de azahares y el órgano, cuando entre en la iglesia, tocará las marchas de siempre.

—¿Usted cree que me querrá?—le preguntaba á Li-

dya.—Como muy mal. No duermo. Estoy flaca y pálida. ¡Cómo sufriría si ya no me amara! ¿Estoy muy fea?

—No. Al contrario, Perdida. Tú eres siempre muy hermosa. Tus ojos son como el cielo, tu pelo como el oro.

Lidya la miró. Su mejilla era demacrada, lívida, hundidas las órbitas y los ojos extrañamente brillantes. Fuera de la colcha extiende la ciega una mano, delicada y pálida. Sobre el dorso serpean muchas venas azules y las últimas falanges han engrosado debajo de las uñas de ágata.

—¡Quién sabe!—contestó la ciega en seguida—Dante dijo: La muerte tiene los ojos azules y el pelo de oro. Y además me repitió muchas veces los versos de un poeta desdichado:

¡El amor y la muerte son hermanos!

Y después, señora, los que no son amados, deben morir.

—Vamos, Perdida. Es desesperación eso. ¡Te olvidas de Dios!

—Pero no se puede amar y vivir sin ser correspondida. El día necesita el sol, la noche las estrellas. El rosal no vive sin tierra negra, sin el rocío de las madrugadas. Y sin sol, sin estrellas, sin rocíos mueren el día, la noche y los rosales. Yo no podría vivir sin el amor de Tano. ¿Usted cree que eso no hace sufrir? ¿Nunca le ha dolido el corazón á usted, señora? Y sabe usted lo que sucede cuando ese dolor tiene muchos años, y no hay más esperanzas, cuando la crueldad con él llega á ser peor

que un delito, se cansa el corazón, no quiere martirios y pide que lo dejen morir.

La ciega calló bruscamente, mientras Lidya temblaba en el horror de un homicidio posible. Mientras tanto, á fuera en el silencio cantan los pájaros y el céfiro primaveral susurra en las frondas. Era la agonía de la tarde con misteriosos crepúsculos, con ópalos de cielos occidentales y más aromas de pastos y de flores. Por los canales llenos de mástiles y de chimeneas empiezan á apagarse los ruidos del trabajo y los obreros se retiran sudorosos, en momentos en que una luz rosada se difunde y colorea las aguas terrosas. El puerto está tranquilo. Ni choques de remo, ni resoplar apurado de remolcadores. La tarde reza por todas partes sus salmos religiosos, á través del éter gris, en las naves ancladas, entre las gaviotas que rozan el agua con el pico y luego alzan tan alto el vuelo, en el callado moverse de los marineros sobre cubierta y en la zona violeta que en oriente se eleva, anunciando la noche.

—Tú no hablas de ti—repitió Lidya al rato.

La ciega la besó una mano y no contestó.

—Tu callar me lo dice—agregó la mujer con más vehemencia.—Tú hablas de tu señor. Tú hablas de Gastón. Y el verdugo soy yo. ¿No es eso? Contéstame. ¡Ah! ¿No lo haces? ¡Luego yo soy un reptil inmundo! ¡Qué cruel villanía la de mi conducta! Ya basta. Ahora me voy á castigar.

Lidya quiere salir; pero la ciega en un supremo esfuerzo, salta de la cama, se para en el vano de la puerta y se lo impide. Las dos mujeres respiran con gran ansie-

dad. Hay luz de santidad en los ojos virginales de Perdida y en la frente de Lidya, la sombra de un siniestro designio.

—Si usted se castiga—exclama Perdida cerca del oído de Lidya, haciéndola temblar,—él se morirá más pronto. ¿Por qué le quiere quitar la fe y la esperanza? Viva. Viva, señora. Viva, señora. ¡Si usted supiera! Hasta su voz ha cambiado. ¡Qué dulzuras afectuosas y qué gentilezas tiene! Esta casa se llena de pobres enfermos y el señor es bueno con ellos como Jesús. Me da miedo el señor Gastón. Dante me dijo: Las ternuras de ese hombre no me gustan. Parece un desterrado. ¿Por qué mira así tan fijo, con esos grandes ojos melancólicos? Ahí lo siento, señora. Ahí está. Ahí está.

Y mientras se vuelve á su cama, pálida, Lidya aferra el espaldar de una silla para no caerse. Se eriza todo su cuerpo, su corazón late hasta salirse del pecho. Los grandes ojos melancólicos de Gastón la miran fija, cerca de su frente con una extraña é inefable dulzura.

* * *

—No me mire así, Gastón—exclamó Lidya, cerrando los ojos como heridos por un fulgor vivísimo.—Yo sé por qué lo hace. Usted quiere que yo implore perdón. Lo he herido. Soy una fiera. Si no fuera por Perdida, ya me hubiera ensangrentado toda. De esta pasta, ve usted—y la mujer se golpeaba el pecho con los puños,—están

hechos los lobos de la estepa. Déjeme morir sola, como una leprosa, pero no me mire con tanta bondad. No me perdone. No puedo amar. No merezco ser perdonada.

Unas tras otras rompían de su pecho casi sollozante las palabras y las frases. ¡Qué hermosa y pálida desesperación la de su rostro! ¡Qué suplicas en todo su cuerpo arrodillado! Gastón avanzaba siempre hacia ella con los brazos abiertos y los ojos trémulos de amor y de misericordia, y le decía:

—¡Levántese, Lidya, levántese!

Y Lidya se levantó fascinada por aquel sereno mirar, por aquella voz suavísima.

—Usted es para mí, Lidya, tan sagrada como la eucaristía, como el sacerdocio. Usted y mi madre son las dos gratitudes de mi corazón, inefablemente profundas.

Había en la palabra del médico una sinceridad severa.

—¿Luego usted no me odia, Gastón? ¿No quiere que yo muera? ¿Quiere que le pida perdón?—agregó la mujer sollozando.

—Yo la amo á usted infinitamente—contestó Gastón estrechándola contra su pecho.

Luego al oído le murmura los cantos de su pasión sin esperanzas y sus palabras son fuertes y tranquilas. Le dice cómo ha colocado su querida memoria sobre todas las cosas y cómo ella es la inspiradora de su entera vida.

Poco á poco, la fué llevando abrazada hasta su estudio y ella dejaba hacer. Dejaba que Gastón la arrullara con la voz acariciadora y cálida.

—Mis pobres la bendicen, Lidya. Mis enfermos la bendicen. En esta casa su nombre es tan hermoso, como si fuera cosa divina. Todos aquí la respetamos por sus dolores y la adoramos por su virtud. Yo estoy seguro que Perdida reza en este momento por su alma, que es tan honesta, como más honesta no fué creada ninguna alma sobre la tierra. No. No muera, Lidya—agregaba el médico, estrechándola más contra su pecho.—¡No nos abandone! ¡Acuérdese! ¡Acuérdese! ¡Si eso sucede, quedaremos tristes nosotros también, hasta la muerte!

La sigue acariciando y besa su frente y la negra cabellera sérica. La noche llena de estrellas y el jardín de perfumes contemplan el idilio tan henchido de alma, tan sin deseo humano, mientras los astros beatifican los celestiales ojos de Lidya, húmedos y abiertos hacia el infinito; pero fríos y tristes. Lidya no ama. Su corazón es un desierto. Tiene durezas de pedernal. Gastón se dió cuenta entonces que Lidya estaba condenada á no amar ya sobre la tierra.

—¡Lástima—exclamó con desesperación,—que haya tanto dolor en esta dicha tan grande!

Lidya apoyó más su cabeza sobre el pecho del médico. No quería separarse de él.

—Más, Gastón—exclamó.—¡Béseme más! Dígame todas las cosas. ¡Quiero sollozar así, cerca de usted! ¡Gracias! ¡Gracias!

Quiero todas sus noblezas. ¡Démelas por Perdida y por la memoria de su santa madre! No me abandone, ni me desprecie. ¡Siento tanta salud de alma al lado suyo, Gastón! No quiero odiar, ni ser torva. Eso enluta. Quie-

ro amar. Yo se lo suplico por todos los ensueños de su espíritu. ¡Hágame buena, Gastón! Hágame buena.

—Sí, Lidya. ¡Si usted es santa! ¡Usted es mártir! ¡Su calvario está lleno de piedad y de lágrimas! ¡Usted tiene derecho á la vida! ¡La alegría de todas las cosas: la huerta, el sol, el alma de los niños deben rodear su camino!

—Más, Gastón, más—sollozaba la mujer en una desesperación sombría.—¡Por su santa madre, hágame buena! ¡Hágame buena!

Gastón sigue acariciándola, la mueve suavemente en un vaivén de cuna y susurra cerca de su oído:

—¡Míreme siempre así, Lidya, con sus pupilas de tan dulce mirar!

—¡Más, Gastón, más! ¡Hágame buena! ¡Déme todas las noblezas de su alma!

—¡Y hábleme siempre así, Lidya, con la armonía de su voz tan afectuosamente humana!

—¡Oh, Gastón! ¡Si yo pudiera y no tuviera un sepulcro en el pecho! ¿Pero no ve que estoy muerta? Déjeme. Me hace doler la conciencia. Esas flores de su jardín mándelas al cementerio. ¡Quiero esos aromas para mi cuerpo!

—No, Lidya. Las flores serán para su vida. No se aleje. No me quite el perfume de su persona y el calor de su mejilla. ¡Déjeme besarla! Yo daré todo para su resurrección: lo que pienso, siento, amo y espero. ¡Lidya! ¡Oh, Lidya! Déjeme embriagarme y delirar ahora que la tengo cerca... aquí... cerca... apretada sobre este corazón mío. Estos retratos de mis muertos son testigos.

¡Nadie la venera más que yo: pero alguna vez debía saber cuál es el arcano misterio de su alma! Sea buena. ¡Dígame que va á resurgir! ¡Se lo suplico: dígame que va á resurgir! ¡Qué esplendores de sol entonces! ¡Qué cánticos en la entera naturaleza! ¿Ya no se acuerda, Lidya? Fuí amigo de su hermano. Desde niño la sigo. Le regalaba flores. Corríamos por las carreras floridas entre las plantas. Usted como una mariposa y yo detrás de las cintas de faya que rodeaban su cintura y rozaban la hierba. ¡Cuántos años de adoración! ¡Qué tontera sublime, tan llena de angustia y de seducciones! ¡Y usted cada vez más fría arrojándome al Calvario sin querer y sin culpa!...

—Sí, me acuerdo—interrumpió Lidya.—Todo eso fué sin querer y sin culpa. Hábleme, Gastón. Enséñeme mucha virtud humana. Hágame creyente. ¿No ve que yo no soy de este mundo? Estoy helada, helada. Déme luz. Déme amor y caridad. Quiero quemarme en su fuego: ¡Y vivir, vivir mucho! Porque si esto no sucede, si su alma no penetra en la mía y yo no dejo para siempre aquí estos tétricos despojos de vorágine tétrica y este odio á todo lo que ríe, ama y reza que guardo como adormecido en las entrañas, si de aquí no salgo redimida... ¡Ay de nosotros, Gastón!... ¡Ay de nosotros!... ¡Si usted viera la tiniebla de mi espíritu en este momento y las remezones de esta desesperación inhumana! ¿Cómo contesto yo á ese esplendor suyo tan puro, como no puede haber en el cielo mayor pureza? ¡No, Gastón! ¿Por qué es así usted? ¿Por qué es tan noble caballero? Déjeme con mis losas, con mis sepulcros, con los cipre-

ses, que siguen creciendo en mi camino. ¡Adiós, Gastón!

Se quiso desvincular suavemente de aquel brazo ardoroso. Gastón la retuvo.

—No, Lidya. No quiero—le dijo con violencia.—Sus ojos brillan con luz siniestra. ¿Por qué, Lidya? ¿Me oye? Venga aquí. Acérquese á esta ventana. Venga.

Con dulzura la llevó hasta el balcón. La emoción hace un largo silencio. A fuera también callan las cosas. Las constelaciones flotan sobre la paz nocturna, sobre las barcas quietas y ancladas y las luciérnagas vuelan en chispas entre los céspedes fragantes... Un grillo canta por ahí entre la hierba, y los dos taciturnos bajo el dosel de la noche se buscan las pupilas en la penumbra.

—¿Por qué me mira usted así, Lidya?—dijo el médico,—con esa dureza que hace mal. ¿Qué piensa? ¿Qué lóbregos panoramas pasan por sus ojos? ¿Quiere usted tal vez que yo también la mire así? ¿Piensa que no adivino? ¡Usted está imaginando cosas crueles contra sí misma... un revólver... la atracción ponzoñosa de las aguas quietas de la dársena y luego la ausencia sempiterna! ¡O sino, huir... huir lejos en una peregrinación sin fin, como un alma condenada á errar sin amor hasta el fin de los siglos! ¿Por qué se estremece? ¿Por qué llora? Luego yo he adivinado. No, Lidya. No. ¡Usted no está sola sobre la tierra!

Gastón ha abierto los brazos, mientras pronuncia estas angustias. Eran como gritos intermitentes que se dilataban por la sombra.

—¡Usted no está sola! ¿No ve todo esto? ¿Las estrellas, el puerto, la ciudad entera? ¿Sabe por qué vienen?

Porque el amor los crea y los fecunda. ¡Por eso refulgen y crecen! ¡Detrás de todas las inciativas está una mujer, casi siempre una madre, una familia! ¡Cuánta gloria conquistaron los hombres por eso! No, Lidya, no. Viva. ¡Sea una inspiradora! ¡La muerte no quiere su belleza suprema! Sea una inspiradora. No medite catástrofes. ¡Ame como todas las cosas! ¡Viva! ¡El destierro es para los cenobitas, el desamor para los espectros! ¡No enlute esta pobre casa que la quiere tanto!

En esto, Perdida empieza á tocar en la bandurria una música tan alegre como el canto matinal de los bosques, mientras la noche entra más profunda en el universo y Lidya empieza á retirarse hacia el aposento de la ciega. Su cara era torva, su pupila apagada, como sin vida. Gastón la retuvo.

—¿A dónde va usted?—le dijo.

—Perdida nos llama, Gastón.

—No. No nos llama. Oiga. ¿No oye? Está cantando la vida, la esperanza y es una moribunda, y nosotros, sanos como robles, cantamos la muerte. Venga, Lidya.

La volvió á estrechar contra su pecho.

—Tome mis labios. Déme sus besos.

—Todavía no, Gastón. Todavía no.

—¡Beba en esta copa de cedro el zumo sagrado!

Gastón buscaba en la penumbra la boca de Lidya.

—Todavía no. Quiero merecerlo. No puedo amar.

—¡Entrégueme, Lidya, su alma y toda su divina esencia!

—Después. Después. ¡Quiero merecerlo! Yo admiro su alma de caballero; pero á mí déjeme hacer peniten-

cia. ¡Arroje cenizas sobre esta pobre cabeza de náufrago!

La mujer se esforzaba por desasirse. Gastón la circuía. Sus brazos eran como tenazas.

—¡Eres una diosa tú, una triunfadora!—exclamaba el médico contemplándola extático.—¡Oh, si tú creyeras en el sol! ¡Si tú cantaras la vida!

La arrastraba poco á poco hacia un diván rojo. Enfrente el esqueleto los miraba con el hueco de la órbita blanca y la mueca siniestra de sus mandíbulas, y parecía acercarse para aferrarlos, mientras la bandurria seguía tocando más quedo, la canción de la esperanza. Se enfriaba por momentos el cuerpo de Lidya. Su cara se puso muy torva; dos lágrimas rodaron por su mejilla. Gastón la miró. Parecía desmayada y cuando la acostó en el diván, ella le dijo con una extraña voz:

—¡No quiero mentir! ¡Déjeme hacer penitencia! ¡Ya sé ahora que usted no es como todos! ¿Por qué me abraza tan fuerte? ¿No sabe que estoy muerta? ¡Usted es tan generoso; pero quiere destruir al destino! ¡Ojalá pueda!

Luego se levantó, en momentos en que Gastón abría los brazos abandonando el cuerpo de Lidya. Estaba más fría, más torva. El médico comprendió. Había abrazado un cadáver. Todo su ardor, toda su fe, fueron estériles y murieron en aquella incapacidad para querer y en aquella pobre alma suicida.

Cuando se allegaron á la cama de la enferma los ojos del médico tenían una desperada elocuencia. No pudo contenerse:

—¿No ves, Perdida, lo qué dice?—exclamó.—Yo

quiero oponerme al destino. ¿Entiendes tú eso? Yo le ofrecí la vida, Lidya, y usted me contesta: no. ¡Déjeme con mis losas y con mis cipreses! ¡Resurja! ¡Resurja! ¡Ser un alma! ¡Ah! ¿Mueve la cabeza? ¿No puede? ¡Pero entonces sea una carne siqüiera, la carne de los bosques y de los humus! ¡Brote! ¡Caliente los nidos trenzados en la maleza! ¡Sea corola! ¡sea tallo! ¡sea linfa! ¡Cuaje las cortezas y los carpos! ¿Para qué quiere el aire y la luz? La sangre y los músculos ¿para qué le sirven? ¡Y la ánfora caliente que usted guarda en su vientre está mirando en la más estéril tristura como todo el universo fecunda y se deja fecundar! ¿No puede ser alma? ¿No puede amar? ¡Sea la carne de los bosques y de los humus! ¡Viva! Eso le pido. ¡No muera! ¡El mundo quiere adorar su sobrehumana hermosura!

Un sollozo contestó á las palabras desordenadas é impetuosas. La ciega lloraba al lado de Lídya que bajaba la cabeza con el ceño contraído y sin hablar.

—Venga, mi señor. Acérquese—dijo Perdida.—¡Cómo merece ser usted amado! Y usted también, señora. Venga á mi lado. Usted ha sufrido. Por eso el cielo le pertenece. Quiero contarle esto antes que se retire: Una vez yo quise morir. Caminé hacia el puerto con un luto negro en el alma. Tano me agarró de la cintura, me besó en la boca y sus besos me parecieron una misericordia de Dios. ¡Me salvó y yo bendije á la vida en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

La ciega tosió roncamente, cayendo sobre las almohadas. Su fatiga era dolorosa, el corazón latía con una velocidad mortal. Los jóvenes se acercaron á la cama tan

cerca el uno del otro, que se tocaban sus manos, y la ciega abrió los ojos, tomándolas entre las suyas, teniéndolas apretadas mucho tiempo. El médico y Lidya se miraban hondamente con una dulzura de arrepentimiento y perdón. Luego Perdida dijo:

—Ya viene Tano. ¿Quiere ver, señora Lidya, si viene con Dante?

Y mientras Lidya salía al patio obedeciendo, la ciega se incorporó bruscamente, atrajo hacia su boca la cabeza del médico y en el oído le dijo estas siniestras palabras:

—No se fíe, señor. No la abandone. La señora quiere morir.

Gastón se puso lívido. El remordimiento le apretó el corazón como una garra. Había ultrajado á una moribunda. En eso el pulso de Perdida se hizo más rápido. Parecía delirar, mientras sobre sus labios vagaba una triste sonrisa, se oían estertores en su garganta y las manos estaban frías y obscuras. Y cuando Tano entró precipitándose de rodillas al lado de la cama, Perdida lo besó en la frente, diciendo:—Te quería ver antes de morir. ¡Dios me ha hecho esa gracia!

—¡Perdida, mi santa! ¡Dios ha de curarte porque sos tan buena!

—¡Qué tarde has venido, Tano! Quiero tus besos, y calentarme con tu cara; déjame ver si estás triste.

La ciega besó la mejilla del mancebo y le dijo:

—No llores. El señor Gastón me va á sanar. ¿No es verdad, señor?

—Sí—contestó el médico, volviendo la cabeza y se-

ñalando el cielo con el índice. Tano comprendió. Se le caían las lágrimas sin sollozos entre las caricias de Perdida. Y cuando Lidya iba á retirarse hacia su casa acompañada por Dante, Perdida le habló con voz sofocada:

—La Virgen la acompañe, señora.

—Te pido perdón, mi pobre amiguita—repuso Lidya.—No he podido ser buena.

—Sí es. Sí es—exclamó la ciega con voz desgarradora.—Infinitamente buena es usted. ¡Dante! ¡Dante!

El viejo se acercó. Perdida le hablaba al oído con inusitada vehemencia. Después cayó sobre las almohadas con una mortal fatiga. El médico hizo una inyección en medio del terror de todos y cuando se fué calmando, Lidya aferró al poeta de una mano y salió á fuera, rostro á su casa, por la calle desierta. Caminan los dos cautelosos bajo los globos eléctricos. Su casa es tétrica en ese funesto silencio. Flota por allí algo como un lúgubre presagio, prólogo tal vez de una catástrofe irreparable. Entran, Lidya estrecha al viejo entre sus brazos para despedirlo.

—Ruegue por mi alma, Dante—empieza la mujer.—Estoy condenada. No puedo ser buena. Ha sido inútil todo. Ha querido ese generoso darme su noble espíritu.

—Acuérdese de sus pobres, Lidya. Se pueden quedar sin madre. Acuérdese de Gastón. ¡Vive porque espera!

Lidya no contestó. Una sombra de sepulcro se extendía sobre su divino rostro.

—Yo lo comprendo—siguió el viejo animándose.—Usted quiere irse. Se siente más sola que la noche. La luz no puede calentar su corazón aterido. Y yo pensé en

esta mansión tan llena de abandonos y desamparos y dije comó podía transformarse en risueño vergel. ¡Si hubiera niños suyos aquí, Lidya! ¡Si usted los hubiese alimentado con la sangre de su sangre! ¡Cómo atan esos pequeños á todos los tristes! ¡Cómo aconsejan la vida!

—Es inútil, Dante. ¡Yo estoy condenada ferozmente!

—La soledad le ampare, Lidya, con su buen consejo y el recuerdo de Perdida proteja su descanso.

—¡Yo les pido perdón á todos! ¡Bendiga, Dante, á esta condenada! ¡Usted es para mí como un sacerdote!

La sombra del sepulcro se hace más densa sobre su divino rostro. Arrodillada á los pies del viejo, sus ojos brillan con extraña luz, algo de demencia y de delirio. Tiemblan sus dedos como agitados por la desesperanza.

El viejo puso sus manos sobre la frente de la mujer y la bendijo, porque amó y fué lacerada y para que Dios le dé fuerza, porque todos respetan su alma honesta y sincera.

—Adiós, Lidya. Acuérdese que con usted pueden morir muchos niños. Usted puede ser el principio de una familia. No la destruya. Adiós.

Con el espíritu entristecido y la frente hacia abajo, se retira despacio el viejo; pero no se atreve á salir. Algo espera. Desciende algunos escalones. Titubea, quiere volver. En eso alguien abre la puerta de la calle con violencia y Gastón se presenta en el vano con el rostro desencajado de pavor.

—¿Por qué se va. Dante? ¿Por qué la deja? ¿No sabe que quiere morir? ¿No le dijo eso Perdida? ¿A dónde

está? ¡Hable, hable! ¿Qué tiene? ¿Por qué se calla? ¡Pronto, pronto! ¡Maldito infierno!

—Corra. Sálvela. ¡Vuele, vuele! ¡Apure, apure!— replicó el viejo, subiendo detrás del médico.

Gastón grita, trepa á saltos, escaleras arriba. Llega al vestíbulo.... Todo quieto... Traspasa la sala. Todo quieto. En el fondo una luz: el dormitorio de Lidya, y en el mundo un mortal silencio. Ve la cara de la mujer desde la tiniebla. Reza, pero en sus ojos no hay unción, ni plegaria, ni éxtasis. Hacen mal esas pupilas sesgadas, en cuyo lago negro brillan las furias. Luego un frío de muerte espeluzna el cuerpo de Gastón. Ha visto fulgurar un revólver sobre el pecho de Lidya. Su corazón se hunde y se levanta en el tórax; por su cerebro corre un estridente zumbido y un sol de fuego lo deslumbra. Grita con horrendas tonalidades. ¡Grita, grita! Toda la casa se despierta en aquel áspero fragor.

—No, no. Ahí está su hermano, Lidya. ¡No lo manche! ¡No destroce tantas almas!

No eran palabras, sino una carraspera brutal y salvaje. Se oyó un estampido. Gastón no alcanzó la muñeca suicida, quedando de pie al lado de ella en medio del humo, mientras Lidya se tambaleaba para caer á largo sobre un sofá, con la cara exangüe y en las pupilas dilatadas un furor de loca...

El médico, sombrío, la cura sin hablar.

Dante lo ayuda. Debajo del pezón, á la izquierda, hay una mancha negra. Es el carbón del fogonazo y más lejos, cerca de la axila, salió la bala por una desgarradura roja de sangre. Gastón venda la herida, mien-

tras los viejos sirvientes de la casa corren de aquí para allá desatinados. Lidya deja hacer sin quejarse, y cuando Gastón pone el oído sobre su pecho para auscultarla exclama sin contener su alegría: «No ha penetrado, no ha penetrado». Lidya estrecha fuerte la mano del médico. Los sirvientes desaparecen callados y el joven se sienta á la cabecera para velarla en medio de la noche.

La madrugada lo sorprende despierto y vigilante. A cada momento toma el pulso y mira á Lidya en la luz que á raudales se entra por los balcones, con el fragor de la ciudad.

Un rayo de sol baña el pálido semblante de la mujer, brillando sobre el negro terciopelo de su cabellera. Entonces abre los grandes ojos negros velados de tristezas.

—Yo no quise mentir, Gastón. Perdóneme—dijo Lidya, é intentó incorporarse. El dolor se lo impidió.

—No se mueva. Le hará mal—interrumpió el médico, inclinado sobre su frente.— Quiero pedirle una gracia—agregó.—Dante ha venido á avisarme. Perdida está muy grave. La dejo un momento; pero...

El médico titubeó. No proseguía. Tuvo miedo de la soledad de Lidya. ¿Y si otra vez quisiera morir?

—Cuando yo no esté, acuérdese de mí—acertó á decirle.—¡Yo quiero que viva, Lidya!

La joven lo miró con una gratitud inefable.

—¡Usted me mira como mi madre! Diga, Lidya, que es cierto. ¡Usted me mira como mi madre!

—Es cierto. Usted merece todas las bienaventuranzas. Ha invocado una sagrada memoria. Vaya. Sálvela á Perdida.

Gastón besó la mano de Lidya, y cuando llega al vestíbulo se dió vuelta... Aquella mano hermosa y blanca lo saludaba de lejos, cortando los rayos de luz como un ala de eucaristía...

* * *

Dante y Gastón llegan al dormitorio de Perdida. La ciega, apoyada en muchos almohadones, duerme y medita delirando, el poema de su niñez errante. Habla de amor á ratos, de esperanzas, y canta muriendo las últimas estrofas del eterno idilio. Conversa con Tano. Tendrán su casita blanca, el árbol de cedrón, sus macetas de claveles. Tendrán hijos y una linda cuna de bronce para mecerlos. Tano es fuerte. Puede ganar mucho dinero para que los chicos no tengan que cantar en las fondas y no sufran el denuesto de los miserables y de los truhanes. ¿Por qué lloró tanto ella en la vida? ¿Qué mal hacía ella tocando en la bandurria las músicas de su alma? Se quedó callada, mientras dos lágrimas resbalaban por sus mejillas. Dante las seca. Entonces la ciega conversa con el poeta. Le habla de Italia, le recuerda las riberas nativas pobladas de olivos y de azahares. El le ha contado tantos hermosos cuentos de batallas y de heroísmos y le narró la sublime agonía de su despedida para siempre, cuando abandonó para el destierro sempiterno las adoradas montañas, los poemas y las inmortales grandezas.

—¡Adiós, Dante, adiós! ¡Fué como mi padre! ¿Por qué no me contesta? Cúidelo á éste—y señalaba al Tano arrodillado y mustio.—¡Vení, Tano, vení! ¡Hacete el nombre del Padre!

El muchacho se acercó.

—Dame la mano—agregó la ciega. Y tomó el índice y el pulgar y los colocó sobre su frente, luego sobre el pecho y los hombros y dijo:—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Luego habló con Gastón. Cuando estuviera sana, cortaría un ramo de rosas para él y en la bandurria iba á tocar las melodías más celestiales. ¡Y amor era su música y las flores eran amor! ¡Por muchos años Lidya llenaría su casa de alborozos y de belleza! Y los humildes hablaban de él como de los sacerdotes y los pobres lo bendecían. ¡Y eso siguió después lloviendo por muchos años sobre la cabeza rubia de sus hijos! ¡Amor era su música, las flores eran amor!

Un rayo de sol, penetrando por la ventana abierta, calentó su rostro en ese momento.

—¿Has venido, sol, eh? Sabías que te quiero—exclamó.—¡Yo te veo, sol! Espérate. Voy á tocar la bandurria. Quiero saludarte. ¡Alcanzá, Tano, la bandurria!

Y cuando la tuvo en sus manos, la acariciaba.

—Tomá, compañerita de mi alma, tomá—murmuró Perdida y besó las cuerdas de bronce muchas veces.

—Cuando esté sana, voy á tocar muchas músicas. Ahora tomá.

Y de nuevo besaron sus labios las cuerdas de la ban-

durria. Estuvo un rato en silencio. Y luego agregó al oído de Tano:

—Si me muero, poné la bandurria al lado mío, al lado de mi corazón.

El sol entra en ese momento en el dormitorio más grande y más luminoso. Gastón de pie toma el pulso á la ciega. Dante solloza en un rincón y el muchacho con los ojos atónitos mira el rostro de Perdida. El sol se hace todavía más fulgurante, como si el espíritu de Dios trajera sus rayos. La moribunda empieza á respirar menos... Algún estertor... Mucho frío en todo su cuerpo. Al rato silencio y más silencio... Sus pupilas se abrieron enormes como para penetrar en lo infinito y se fué al cielo con los rayos de luz el alma de Perdida, la vagabunda trovadora de las dársenas. Un concierto de bandurrias la acompañó en el largo viaje, con una sinfonía llena de humano dolor y de virtud humana, significando cómo es posible el crecer de las rosas en el lodazal, cómo pueden morir sin contaminaciones y al cielo volver de donde derivan, sin la congoja de las caídas irreparables, puras como el cielo mismo!

Después la enterraron en el sepulcro de Gastón. Tano y Dante iban todos los días á visitarla, hasta que una mañana el viejo poeta no pudo salir. Estaba enfermo. Muerta la ciega, ya no tenía nada que hacer sobre la tierra. Resolvió seguirla. Se empezó á secar como los árboles y su tez á ponerse amarillenta como las hojas de otoño. Vivía sin quejarse entre las rosas y los claveles, conversando con ellos como si tuvieran alma y persona. A pesar de sus desdichas no dijo una palabra acre y su

conocimiento de la humanidad tan soez y sórdida le inspiró en esos momentos una compasión profunda. Una mañana, en que la muerte vino para convidarlo al eterno viaje, dijo adiós á su patria, á los poemas, carne de su carne, á las criaturas amadas y ya desaparecidas. A Gastón, que le secaba el sudor agónico con un pañuelo de seda, y á Lidya, convaleciente, dijo:

—Acuérdense de los desterrados después en las horas felices. ¡Crean en la vida! Crean en la religión de la belleza. De Perdida, acuérdense. Ella nos redimió con su martirio. Siempre sucede así. ¡Los parias, los miserables redimen á los grandes de la tierra! ¡Para eso se sacrifican!

En seguida á la Muerte que estaba cerca, le dijo:

—¡Eh! ¡Compañera! Vamos. ¡Ya no tengo nada que hacer!

Se dispersaron los dos en lo infinito. Italia se estremeció. Las viejas ruinas llenas de sangre y de glorias se estremecieron. Fué un desfile de batallas y de espectros cerca del féretro. Todos los poetas irredimidos cantaron un cancionero heroico, de rodillas reverenciando. Es que veían sobre el cajón de ébano la espada, la camiseta roja y las medallas de Milazzo y del Volturno... Ha muerto un símbolo... Los mártires del mundo entero lo cubrieron de flores... Había sido un redentor ese gran muerto y por las dársenas en esa hora nocturna liras invisibles cantaban el cantar de las ancianas leyendas, cuando existían cruzados, cuando era honra de caballeros morir por las patrias esclavas, por la escarnecida fe,

envueltos los despojos en los jirones de las banderas bajo la metralla...

Tano todos los días visita el sepulcro de Perdida. Se queda horas. Al atardecer los guardianes le indican la puerta. Obedece con triste resignación. A veces al salir bebe mucho ajenjo. Una mañana llegó borracho y lo arrojaron fuera. Bebió más y se entró de nuevo para caer como muerto sobre la losa funeraria. Desde entonces parecía haber perdido la conciencia. Una noche cerca de la casa de Lidya, se tambaleó delante de Gastón como un espectro. Gastón lo recogió en el soportal, para trepar escaleras arriba. Era muy tarde y no se atrevió á penetrar en el dormitorio de la convaleciente. Estaba solo en la sala. Poco á poco sus párpados se cerraron. Dormía. A la media noche una mano suavísima le acariciaba el cabello. Gastón abrió los ojos. Lidya lo miraba... Y fué aquel un beso ardiente é interminable, la revelación de todo su profundo arcano. Ella le dijo las repugnancias de sus primeras horas y su crueldad en el diálogo hiriente y sarcástico. Luego vió que todos lo amaban y que de su persona emanaba una fascinación de viril bondad subyugadora. El mantuvo su decoro. En presencia del desdén fué un taciturno severo. Y ella, antes que mentir, prefirió la muerte, pero los gritos de Gastón desviaron el arma y el suicidio fecundó el alma despierta y desconsolada. Una nueva primavera germinó en todo su ser. Brotaron las flores, las hojas y los matorrales se llenaron de aromas y de nidos. Y todo eso le dijo entre inefables caricias, besándolo en la boca, en la frente, en la negra cabellera, apurada, frenética, en un ímpetu

desordenado de resurrección. Luego lo llevó por la sala, por el comedor, por toda la casa rápidamente y le decía con acariciador acento:

—¡Todo esto es tuyo, tuyo! Y yo también. Bésame más. Tenme contigo. ¡Perdón, perdón! ¡Yo te amo! ¡Lidya la perversa, ha muerto! ¡Cuántas noches insomnes pasaste al lado mío! ¡Cómo adoraba entonces tu abnegación fuerte! ¡Tenme contigo! ¡Bésame más, más! Has triunfado. Canto la vida. Quiero beber en la copa de cedro...

Se abrazaron de nuevo, bajo el lamparario de bronce, en el vestíbulo solitario ¡y los dos se olvidaron del universo!...

Llegó la boda. Esa noche trinaron las bandurrias el delirio de los epitalamios largo tiempo soñados y se inició una nueva vida en la alcoba fecunda, en los besos nupciales... ¡Y porque el dolor está en todas partes, los dos jóvenes vieron en la tiniebla á Perdida, la ciega, con las alas extendidas, seguir volando detrás del tentalear inseguro de un borracho para redimirlo y oyeron los novios la voz del Tano bajo los balcones, entonando una vidalita de la tierra, tan dolorida, como el alma sola, tan melancólica como la vida!...

FIN